



LA CUESTIÓN DE EGIPTO
Y DEL CANAL DE SÚEZ
Ó CUESTIÓN DE ORIENTE.

Á LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

DARA nadie será dudoso que las cuestiones de alta política internacional, como cuantas se refieran á intereses colectivos, ó de una ó de muchas ó de todas las naciones, entran de lleno en la región importantísima de los estudios propios de esta Real Academia de Ciencias Sociales. Por tal razón ha osado el que esto escribe, formar, con sentido constante de serena imparcialidad, un como resumen conciso de la *cuestión de Egipto*, que hoy requiere con viveza la atención del mundo entero, y á manera de juicio recopilado del valer y calidad de los términos primordiales, que concurren en el cálculo de ese otro problema superior y más comprensivo, que se apellida *cuestión de Oriente*.

Y dado que estas páginas, escritas al compás de los sucesos desde los primeros días de agosto del presente año, vienen á ofrecer como las primicias de interiores trabajos, consagradas por su autor á la docta Academia, no ha de pare-

cer mal que sean sencillas y lacónicas, ni que de intento traten acerca de un asunto, que en sí mismo lleve el palpitante interés, que la pluma del que escribe no sea poderosa á prestarle.

Madrid, 26 de septiembre de 1882.

I.

LA CUESTIÓN DE EGIPTO.

Hoy la cuestión de Egipto, como ayer la de Constantinopla, de Grecia, de Chipre, de Armenia, de Rumanía (ó Bulgaria y Rumelia), como antes la de Servia y Valaquia (principados danubianos), la de Bosnia, la del Montenegro y la de Hertzegowina, es ni más ni menos que una faz de la cuestión de Oriente; cuestión que tocaba antes en tres continentes, ó mejor en las tres partes del mundo antiguo, y que hoy se extiende á las cinco del mundo nuevo. Veamos si no en qué consiste esa temerosa cuestión, que viene agitando, con hervor latente de continuo, y á gruesos borbotones de tiempo en tiempo, á todo el continente europeo y á una parte de los de África y Asia juntamente.

Al mayor punto de sencillez puede llevarse la explicación de lo que es la cuestión famosa de Oriente: se reduce á «la pugna constante del islamismo con la cristiandad.» Si se analizan los hechos que á tal cuestión le han dado vida y fama, no se hallará otra cosa.

Antes del siglo XVI no había cuestión de Oriente, porque extendido por Occidente el poder agareno, la cuestión de entonces llamábase, con su nombre genérico, lucha entre la *media luna* y la *cristiandad*. Pero la rendición de Granada, la conquista de Orán, dieron punto á la pelea en la Europa Occidental, y el poder agareno, agresivo y conquistador de suyo, y más concentrado hacia el Oriente, surgió por aquel lado con rudos empujes. Y ya hubo para Europa cuestión de Oriente, que en aquel siglo XVI producía la gigantesca batalla naval

de Lepanto y la gloria del Príncipe español D. Juan, y en el siguiente siglo daba ocasión al apretado cerco de Viena y á los inmarcesibles, aunque hoy olvidados lauros del antes Generalísimo y luego Rey polaco Sobiesky. Aquel predominio, que la media luna perdía en el codiciado Mediterráneo, aquel audaz avance en el corazón del continente, por fortuna detenido con el esfuerzo de otra nación heroica como la española, la Polonia, eran la cuestión de Oriente de entonces. En el presente siglo esta cuestión se ha transformado. La imperfectísima civilización mahometana, esfuerzo violento del sensualismo pagano enfrente de la sublime idea cristiana, no lleva en sí núcleo de valer permanente. Ha podido en manos de la astucia producir ardientes exaltaciones; mas no puede producir en las sociedades vida normal, vigorosa y duradera. Los estados musulmicos se descomponen; sus naciones se extenuan; la *media luna*... llegó á su menguante y palidece. Cada día brilla menos al través de aquella *Sublime Puerta*, otro tiempo tan poderosa y temida. Y á llenar el vacío, que ha de dejar, y va dejando, el poder otomano, principal baluarte de los hijos de Mahoma, son impulsadas con fuerza irresistible las ambiciones de los demás Estados. Y ora se llame testamento de Pedro el Grande, como en Rusia; ora navegación del Danubio, como en Austria; ora política de Bismark, como en Alemania; ora caminos de la India, como en Inglaterra; ora condominio del Mediterráneo, como en Francia y en Italia; en todas las naciones europeas hay propensión notoria, y no infundada, á acechar lo que pasa en esos decadentes Estados de la Turquía, que desfallecen y se disuelven, lo mismo en las márgenes del Nilo, que en las orillas del Bósforo de Tracia.

Así, en lo que va de siglo hemos visto una vez y otra reproducirse la siempre temida y nunca resuelta cuestión, hasta que hoy, apenas adormecidos los ecos de la angustiada Bizancio, ocupada por los tenaces moscovitas, se levantan gemidos de ira y dolor en la incendiada Alejandría, presa del furor exaltado de sus propios hijos y del ambicioso y previsor cálculo político del Gobierno británico. Todo es *Cuestión de Oriente*, lo mismo á la diestra que á la siniestra del Líba-

*

no, lo mismo camino de Suez y del Mar Rojo, cuya llave de acá es Alejandría, que camino del Eúfrates y del Ganges, cuyo punto de apoyo es Chipre.

Pero, si hasta hoy hubo en la *Cuestión de Oriente* un carácter *européo* de reivindicación ó de herencia, ó de pugna y equilibrio de poderosas ambiciones, en la faz que hoy presenta con el nombre de *Cuestión de Egipto*, hay un elemento más, y de suma importancia, que le da carácter *universal*: tal es el canal de Suez.

Taladrado el istmo por la ciencia y empeño de Lesseps; abierto el fondo del Mediterráneo y comunicados los mares, la cuestión que antes les interesaba á las grandes potencias de Europa, interésales hoy á todas las de Europa, grandes y pequeñas, y á las de África y Asia y América y Oceanía. El comercio universal pasa por ese canal precioso, y todas las naciones tienen que ver y que esperar y que temer en esa gran vía, uno de los portentos del siglo XIX. Y, si ayer en la cuestión de Oriente llamada *Constantinopla*, solamente los poderosos aspiraban á la herencia del decadente Imperio turco, hoy las primeras y las segundas naciones tienen intereses que defender y desarrollar, y perjuicios que temer, en la cuestión de Oriente que se llama *Egipto*.

Y véase cómo en la gestación cauta y laboriosa de la diplomacia, se han ido señalando los grados del común interés; y á la astucia británica, tan sabia en el preparar y prevenir como rápida en el obrar, respondió la conferencia europea, señalando y distinguiendo dos cuestiones en la cuestión de Egipto. La intervención en este país, de la cual, sin condenar ni aprobar, se abstienen las demás naciones; y la navegación del canal, en la que todas se declaran interesadas.

En este proceder hay mucho que notar. De un lado, Inglaterra, la gran nación marítima y colonial, adelántase y asegura su presa para todo evento, aprovechando enérgica la ocasión de ir eslabonando una cadena de Gibraltares en la nueva vía del Mediterráneo y del Mar Rojo para el mar de las Indias y el gran Pacífico equinoccial. De otro lado Rusia, Alemania y Austria (unidas estas dos en común espíritu) aguardan, sin duda, de las probables complicaciones del ar-

duo problema succulentas compensaciones por el lado que les convenga. Italia, recelosa de posibles represalias en contra suya, anda con cautela á la zaga de las potencias del Norte. Francia, debilitada y aislada por su política interior cada día más pobre y azarosa, no repuesta de su postración en lo exterior á causa de sus funestas empresas de ayer, y vigilada siempre por Alemania, muévase á duras penas, y no se atreve, flaca ya de espíritu y sin norte en su gobierno, á empeñarse en otra lucha más recia y onerosa que la de Túnez. España y aun Holanda, acuden á representar sobre el istmo los intereses de sus colonias. Acude la Unión americana en nombre del comercio universal. Y Turquía, voluptuosa y demacrada, recelando tanto ó más de sus protectores que de sus enemigos, reclina la marchita frente sobre el lecho de sus delicias y sus dolores, no atreviéndose á exhalar ni un quejido; mientras que, mirándola y mirándose cautelosos los implacables herederos, acércanse cada vez más á su lado y espían los síntomas de su lenta y consuntiva fiebre.

Hé ahí, á grandes rasgos trazado, el diseño general de la cuestión de Egipto.



II.

EGIPTO Y FRANCIA.

Cuando suena para las naciones la hora de la decadencia, parece como que en ellas se precipitan los infaustos sucesos, fracasan infecundas las más propicias ocasiones, y la duda y vacilación reemplazan á la enérgica voluntad y pronta iniciativa. Todo lo cual acaece amenudo en pos de brillantes períodos de empresas audaces y avasallador predominio, ¡como si la *historia*, hermana tan íntima de la lógica, cual la mecánica y la astronomía lo son de las matemáticas, se propusiera enseñar prácticamente á hombres y sociedades, que ni se logra sin la moderación (ritmo necesario de las humanas ac-

ciones), el éxito de las empresas, ni sin la moral y el derecho (oxígeno de las almas y ley de gravedad de los espíritus), se fundan y mantienen los pueblos y los Estados.

Francia, la Francia de ayer mismo (sin hablar ahora de la de Luis XIV en el siglo XVII, ni de la de Francisco I en el anterior); esa Francia, cuyo suelo, abierto á dos mares, es emporio de producción por sus inmensas llanuras y caudalosos ríos; cuya población semeja incansable enjambre de abejas laboriosas; cuya pública administración fué hasta aquí, por su inteligencia, perseverancia, sencillez y acierto, un modelo honroso en el corazón de Europa; la Francia de los Napoleones y de Luis Felipe, de las Pirámides, de Jena, de Crimea, de Solferino, fuente inagotable de gloria militar y de valor y riqueza; esa Francia, envidia y temor de las naciones, cayó por faltas de sus Gobiernos y Asambleas, de sus ligeros escritores y de la ardiente fantasía de sus hijos, en la tentación funesta de ambiciones sin término, en la injusta soberbia de avasallar al mundo, y en la locura al par, de ir renegando cada vez más de Dios y de la ley cristiana, envanecida con tener en París los seductores encantos y el brillo sin igual de una moderna Babilonia, que atrajese con sus frívolos y refinados placeres, los opulentos ociosos de todos los climas, y, como en turno de homenaje, los Príncipes y Reyes de todas las naciones.

Con plétora de sangre, que le daba su material riqueza, y falta de inervación bastante á causa de la pobreza espiritual y casi moral miseria de su corte y grandes ciudades, de sus sensuales magnates y literatos de oficio, de su *ejército* y *proletariado*, tocados de cuncupiscencia y molicie, estrellóse arrogante y ciega en Sedán, y rodó y rueda todavía hacia ignorados abismos. El genio de un hombre, por más que se diga, la detuvo un tanto, el genio del único francés que le había dado con intuición clarísima la voz del *alerta patriótico* en el álgido colmo de sus brillantes locuras. Pero ese genio se eclipsó primero, desapareció después, y nadie le ha reemplazado. No parece sino que Thiers haya sido (con sus defectos y todo, muy inferiores á sus servicios), el último francés de la gran Francia. Y en verdad que es síntoma fatal y

nota característica de las sociedades decadentes la ausencia de grandes hombres.

En mal hora surgió, pues, para Francia, la cuestión compleja y ardua de Egipto, nueva faz de la tradicional cuestión de Oriente. La decadencia de Francia se ha hecho notoria. Sin intuición para discernir, sin seguridad para juzgar, sin alientos para obrar, ni impulso para prevenir; ella, la autora y dueña primitiva del Canal de Suez, punto de enlace de las cinco partes del mundo, acude, ceja, fluctúa; y en desairado y subalterno papel, deja pasar los días y los meses sin lograr siquiera en mucho tiempo ver votados por sus Asambleas los créditos necesarios para movilizar con rumbo á Egipto una parte de su ejército. Entretanto, su aliada Inglaterra, adversaria del Canal en su origen, y dueña luego de su mayor parte (gracias á su astucia incomparable y á la imprevisión de los Gobiernos franceses y de los Virreyes de Egipto), invitando á Francia á la magna empresa, mas sin curarse de aguardar el fin de sus vacilaciones, avanza segura y pronta, utiliza sus prestas escuadras, su metrópoli, sus colonias, sus estaciones navales de todos los mares; y á la faz del mundo, enfrente de la conferencia europea, sin titubeos ni punto de reposo, saliendo sus fuerzas y refuerzos como por encanto y á una voz convenida, ora de la Gran Bretaña, ora de Gibraltar, de Malta, de Chipre, de Aden, del Cabo, de la India, ocupa ayer á Alejandría, hoy á Suez, mañana á Port-Said é Ismailia, y en breve al mismo Cairo. Reducida Francia, la otra gran Nación occidental, al gárrulo clamoreo de sus discordes partidos socialistas, hoy tan en auge, y tomando, cuando á tomarla llegue, tan secundaria y tardía parte en la alta empresa de la organización definitiva del Egipto y ocupación de la zona del gran Canal, al llegar el ineludible día de la intervención de las potencias en tan magno asunto, y por ventura el del reparto de pingües despojos á un lado y otro del Líbano, Inglaterra dirá, sin poder ya ser contradicha: «A cada uno según sus obras, á cada cual según sus merecimientos.» Y como en todo caso el problema, por guerrero que se hiciere, sería (tocante al Egipto) guerrero en guerra de mar, para la que no tiene Albión á

quien temer, resulta que los tantos hállanse puestos por el poder británico, no sin gran conocimiento de los actores y del escenario, ni sin gran descuido y mengua del inquieto y enfermizo Estado francés. Esto aparte de que por recientes causas, que todos conocemos, nacidas de su infausta guerra contra Prusia, y otras causas de hoy mismo, que nadie ignora, hijas de su desatentado proceder en el Gobierno, las más de las naciones de Europa, y sobre todo Alemania é Italia, hállanse predispuestas á ver con buenos ojos cuanto le haga decaer á esa Nación irruptora contra el famoso equilibrio europeo, tan maltrecho en nuestros días por sus ambiciones y las de otros Estados.

¿Qué le sucederá, pues, á la Francia con motivo de los transcendentales acontecimientos de Egipto? De inmediato, lo que ya estamos viendo, quedar rebajada y sin prestigio en los áureos estrados del concierto internacional, y reducida á un papel secundario en aquella cuestión misma en que de hecho y de derecho, como patria de Lesseps, tocábale el papel principal indubitavelmente. Ahora, en definitiva, no es tan fácil augurarle. Dependerá lo que haya de sucederle, de aquello que les suceda á otras varias naciones. Habrá refluencia grande y compenetración múltiple de causas y efectos. Los Gobiernos todos están al habla, y más aún, están al acecho, detrás de esa cuestión gigantesca. El drama es de los trágicos; apellídase en este siglo *Cuestión de Oriente*; pónese en acción con harta frecuencia, y esta vez lleva una loa, que se llama *Egipto*. En ella, por lo visto, le tocó actuar á solas á un personaje único, cuyo resonante nombre es Albión, personaje resuelto, que con una tormenta de cañonazos comenzó la loa en Alejandría. Detrás de la escena están los futuros interlocutores. Ya irán saliendo. Primero, Turquía; después, Rusia; y acaso haya luego algún coro de gran efecto.

Alemania y Austria parece que tienen la unión que debieron estrechar Austria y Francia, si ésta se hubiera mantenido monárquica; y cuando entren en acción, si su turno les llega, aparecerán, es de esperar, con sus papeles convenidos y sus intereses coordinados. Rusia, joven coloso, aguar-

da su hora de recaer sobre Constantinopla y la Armenia. Á Italia le importa mantener su nueva investidura de primera potencia y su condición nativa de potencia mediterránea; pero recela de toda complicación general, que la traiga á tener que dar cuenta de sus *cuentas* pendientes, que ni son pocas, ni leves, ora con Rusia, ora con Austria, ora con Francia, ora con Alemania. La peninsular y colonial España y aun la marítima Holanda, aguardan penetrar esta vez dentro de los umbrales del Consejo europeo, como dijimos.

Y al concurrir personajes tales con intereses é inspiraciones tan diversas, podrán los coros no ser muy acordes; podrá también haber nueva pausa, después de otro avance sobre las vastas fronteras del caduco Imperio otomano; acaso á un nuevo tratado casi *unilateral* como el de San Stéfano suceda un tratado colectivo, á la manera del de Berlín; pero de todas suertes, dado el apartamiento y flojedad de la política de Francia en los actuales importantísimos sucesos del Egipto, antójasenos que no han de lucir para ella en esos futuros tratados horas muy refulgentes, y que por hoy, y mientras no vuelvan á sanearse y recomponerse sus interiores fuerzas nativas, ha de resignarse á sufrir la postergación en que, con gran contento de la pensadora Alemania, se va poniendo.

III.

INGLATERRA Y EGIPTO.

Y «¿desde dónde ha venido Inglaterra á la cuestión de Egipto? ¿Á dónde va Inglaterra con la cuestión de Egipto?» Hé ahí lo que sumariamente quisiéramos esclarecer en los renglones, que tócanos ahora escribir sobre este asunto.

Se ha dicho que la historia de Europa ofrece el ejemplo de tres Senados, modelo de intención, tenacidad y previsión política para el engrandecimiento de su respectiva Patria: el Senado Romano en la edad antigua, el de Venecia en la Edad

Media, y el inglés ó Cámara de los *Lores* en la edad moderna. Y en verdad que quien esto ha dicho díjolo con harta razón. Notorio es el espíritu profundo y perseverante que guió en su pensamiento político á los Senados de Roma y Venecia; y no es menos patente la manera siempre reflexiva, con que el Gobierno inglés (hasta ahora impulsado y dirigido primordialmente por la Cámara de los *Lores*, en la cual se han formado los grandes políticos de esa Nación) lleva adelante su plan gigantesco de universal comercio, unido á la necesaria dominación, para apoyar ese comercio mismo en todos los confines del globo. Como en camino de semejante plan, ha ido viniendo el Gobierno inglés de etapa en etapa á la cuestión de Egipto. Observemos si no sus pasos.

Por lo dicho en anteriores páginas, se habrá ya convenido en que la cuestión de Egipto no es más que una faz de la cuestión de Oriente. En esta cuestión antigua palpitaban, de un lado las concupiscencias británicas sobre el Egipto, porción valiosa de los dominios de la *Sublime Puerta*, llave de continentes y mares, como palpitaban de otro las concupiscencias cosacas y slavas sobre el Asia Menor y el Bósforo, y las húngaras sobre el Danubio.

Todas las potencias enlazadas con Turquía y con sus vastos Estados, por mar ó por tierra, tomaron mucho ha su actitud, ora expectante y celosa, ora impaciente y agresiva, ora, en fin, defensiva y neutralizadora, en torno del acervo inmenso de la pingüe herencia (tan de antemano codiciada y disputada) que ha de dejar el moribundo poder otomano. Sabidos son los gráficos *dichos* de Pedro el Grande, y nadie ignora los elocuentes *hechos* del Gobierno británico. Rusia, coloso del continente, Inglaterra, gigante de los mares, son los dos herederos más solícitos que le han salido al postrado enfermo, el cual, en sus agitadas postrimerías, tiene á las veces que apoyarse en uno de ambos, para librarse por un momento de las fieras acometidas del otro. Pero hablemos más especialmente de lo que atañe á Inglaterra.

En lo que va de siglo, la cuestión de Oriente ha tenido sus apariciones y sus eclipses. Cuando el curso infatigable, Napoleón Bonaparte, hizo temblar la tierra con dura planta de

conquistador, llevando sus armas á toda Europa, y al Asia, y á las Pirámides, sucedió que ante el fulgor de su aureola guerrera cayeron humillados tronos y naciones. Pero la firme y serena Inglaterra hizole al cabo frente, y le venció. El norte de la política inglesa era entonces librarse de tan terrible enemigo. Pero esto no impidió que, después de varias vicisitudes diplomáticas del tiempo de Luis Felipe, renaciendo en Crimea la eterna cuestión de Oriente, con motivo de un nuevo empuje de Rusia contra Turquía, acudiera Inglaterra á defender á ésta, aliándose para ello sin reparo al entonces poderoso Napoleón III. Contener al arrogante moscovita debía ser, y fué á la sazón, la política británica; y el tratado que puso fin á aquella lucha, no hizo sino limitar dentro de sus antiguas fronteras, más allá de Valaquia y Servia, el Imperio ruso, y encerrar dentro del mar Negro su naciente escuadra.

La persistente diplomacia rusa halló más tarde ocasión de romper sus ligaduras, cuando vió estrechadas en arduos empeños á las otras potencias continentales; y roto el tratado de París, libre ya de humillantes trabas, encendió otra recia lucha; y salvando el Pruth, el Danubio, los Balkanes, puso la férrea planta sobre la rica Stambul, al tiempo mismo que invadía y sojuzgaba las fuertes plazas otomanas del Asia menor. Todos exclamaron: ¡Inglaterra llega tarde! ¡Perdió su partida esta vez! ¡Castigo de su egoísta aislamiento!... E Inglaterra velaba en tanto, acechaba el momento de su acción, negociaba, avanzaba, en fin; y mientras se dictaba por Rusia el tratado de San Stéfano, cubrió ella el Bósforo con sus escuadras. Y *protegiendo* temporalmente á Turquía (é invalidando en mucha parte aquel tratado con el de Berlín, en unión de Austria, Alemania, Italia y Francia), quedóse con cierto *protectorado* permanente de Armenia, camino continental del Asia y de la India, y se posesionó de la isla de Chipre, estación para sus flotas, punto de enlace, al Oriente, con aquel camino terrestre y con el marítimo de Alejandría y Suez, y al Occidente con Malta, Gibraltar y la Gran Bretaña.

Y no se olvide lo que el Gobierno inglés había verificado en Abisinia, á saber, una guerra para quedarse con Aden,

otro Gibraltar en el mar Rojo, cerca del istmo, ni lo que al par había hecho con el canal de Suez: dificultarle, primero; comprarle, después. Por sus grandes intereses coloniales del Cabo de Buena Esperanza, no le convenía que el Canal se abriera; abierto, le convenía poseerle. Y dejándole á Francia, autora de la obra gigantesca, una participación y representación, que era imposible negarle, con prontitud y astucia incomparables adquirió del Gobierno egipcio todas las acciones que á éste le correspondían, y encontróse de repente Francia sujeta y dominada en aquella nueva vía por su cautelosa y enérgica rival. En pos establecióse la intervención europea en la Hacienda egipcia; y brotaron conflictos graves, y surgió la actual cuestión de Egipto, nuevo paso en la magna cuestión de Oriente; cuestión de Egipto en que Inglaterra tenía siempre los ojos fijos; á la que ha llegado de etapa en etapa, según hemos visto; y para la cual hallábase tan preparada y resuelta, como puede notarse en su modo de obrar. Buques de Londres y Gibraltar á la primera señal del Gobierno van á Alejandría y la espugnan y rinden. Acuden en pos refuerzos de Malta y Chipre. Llegan en su punto á Suez fuerzas de la India, que la ocupan. Y como el telégrafo terrestre y submarino, red de nervios acerados y temblorosos, envía á todo instante la voluntad de la metrópoli á los ámbitos del globo entero, hemos presenciado uno de los más grandiosos espectáculos del adelanto humano (aparte los horrores de la guerra y las sombras de la injusticia, en que el ánimo no puede menos de contristarse), á saber: de los extremos más apartados de las cinco partes del mundo acudir rápida y concertadamente en breves días al fondo del mar Rojo y al del Mediterráneo, sobre las clásicas márgenes del sagrado Nilo, gigantescos elementos de poder, no soñados siquiera en otros tiempos, que la soberbia y opulenta Albión, la Roma moderna, esparce, distribuye y acumula á su talante por donde quiera, movidos como con hilos y resortes misteriosos, sabia y poderosamente. Con ellos llegó Inglaterra, astuta y sagaz, pero imponente y resuelta, á la *cuestión de Egipto*, á la cual ha venido desde donde acabamos de explicar en términos concisos.

¿Y á dónde va con esa cuestión? Por lo ya dicho, no es difícil comprenderlo. El Mediterráneo es todavía, y será por siglos, *el lago de la civilización*. Cortado en su fondo el istmo, crece su importancia para todos, y más para Inglaterra. Es su camino abreviado de la India. Inglaterra ha comprendido que en nuestro siglo, el comercio universal es ley de vida; que el comercio universal reclama el dominio de los mares; y que quien tenga el dominio de los mares, tiene el dominio del mundo. Para ello, es menester mucha y muy práctica ciencia; labor incansable de raza persistente y vigorosa, acumulación de enorme riqueza y poder; y como alma de todo esto, indomable espíritu de orgulloso patriotismo, que mantenga con enérgico brío y vivo sentido político, la *unidad de raza*, y la *unidad de empresa*. Y aplicóse á formentar y poseer aquella *ciencia*, aquella *actividad*, aquella *unidad* patriótica, y con ellas y por ellas, esa *riqueza y poder*, que nos asombran. Y viendo hoy en Egipto el punto de enlace de la vida universal del comercio y de la civilización, á ese punto acude resuelta, para coger y tener en su mano la *llave* del istmo, que es la llave del *comercio universal*, cuyo cetro á nadie le cede.

Hé ahí por qué, ni perdió momento, ni esquivó dispendios, ni excusa fatiga, en la ardua y colosal empresa. Esta vez, como otras, no es modelo de Estados leales, pero sí de naciones viriles.

IV.

EGIPTO Y RUSIA.

Para quien haya examinado con atención los términos y el rumbo de la cuestión de Oriente, no será dudoso, que el gigante del continente europeo, Rusia, y el gigante de los mares, Inglaterra, son, según ya dijimos, los dos aspirantes más enérgicos y temibles á la herencia del moribundo poder otomano. De Inglaterra hablamos ya; hablemos ahora de Rusia.

Estado joven, nación dilatada, formó en breve tiempo un poder robusto, que, llevado de ambición y movido por aquella fuerza expansiva é irruptora, que se echa de ver en las transmigraciones de los pueblos primitivos, de Oriente á Occidente, y de Norte á Mediodía; tiene por constante objeto en nuestro siglo, desde que se organizó en cuerpo vigoroso político y gran potencia europea, el avanzar hácia Constantinopla, el Bósforo y el Mediterráneo, con su fuerte raza slava. Tal se asegura que fue el testamento de Pedro el Grande. Y, como si ese león, que apoya una garra en el Báltico, llegase á extender la otra desde el mar Negro hasta el archipiélago griego, podría oprimir á Europa, y alarmar con sus rugidos al Mediterráneo, de ahí que las demás potencias de esta parte del mundo, y más Inglaterra, vigilen á todas horas sus movimientos de avance, para ponerles coto, siempre que pueden, con unas ú otras alianzas y combinaciones. Pero Rusia, ni ceja en su propósito, ni desmaya en sus fracasos. Después del descalabro y la paz de Crimea, cuando vió á Francia decadente y vencida por Alemania, volvió á nuevos empujes; recobró lo perdido; y avanzó hasta el punto de ocupar á Constantinopla. Y si bien no le dejó el tratado de Berlín, todo cuanto le diera el de San Stéfano, al cabo al retirar su garra del Bósforo aseguró pingües adquisiciones sobre el Danubio y la Armenia, ora á título de *conquista* ó *reconquista*, ora á título de cuantiosa indemnización de guerra.

Aún no liquidada ésta, renace ahora la fecunda cuestión de Oriente; pero esta vez asoman sus lozanos retoños por el lado más remoto de Rusia, por Egipto. ¿Qué interés podrá tener allí el colosal moscovita? ¿Cuál proceder se propondrá observar? Vamos á procurar indagarlo.

Si posiciones hay político-geográficas parecidas en el mundo hoy día, estas son la de Alejandría y la de Constantinopla. Los dos sumos imperantes, que les dieron nombre, supieron bien el punto de mar y tierra que elegían: punto de enlace de Asia y África y de Oriente con Occidente, la primera; punto de enlace de Asia y Europa y de Oriente con Occidente también, la segunda. Pero hoy la semejanza

es mucho mayor; dado que el moderno canal Egipcio intermarítimo viene á ser como una especie de Dardanelos artificiales. Son de notar, sin embargo, estas diferencias: el Bósforo de Tracia enlaza el Mediterráneo con un mar interior, el Ponto Euxino, hoy mar Negro; y el canal de Suez, une el Mediterráneo con el mar Rojo y con todos los mares. Constantinopla es la llave de comunicación terrestre de Europa con Asia; Alejandría, la llave de comunicación terrestre de Asia con África, y de comunicación marítima de Asia, África y Europa con América y Oceanía. Así, el gigante *continental* tiene más intereses y mayor poder en aquellos continentes, por sus ejércitos y su vecindad; y el gigante *marítimo*, tiene más intereses y mayor poder en estos mares por sus escuadras y sus navales estaciones. Mira, pues, Rusia con serena calma lo que en Egipto pasa (una vez hecha y aceptada en la conferencia de Constantinopla la solemne protesta en pró del interés universal del istmo) y sigue atenta primordialmente á lo que pasó ayer y pasará mañana en el Bósforo. Sus intereses principales están por ese lado, y ahí sobre todo los busca y vigila. El interés de Rusia en Egipto consiste en la libertad y neutralidad del Canal, y en tal interés hállase mancomunada con todas las potencias, que de consuno aceptaron y revalidaron su protesta. Ha podido, pues, estar tranquila; y bien se ve que lo estuvo ciertamente; pues ni inquietudes ni afanes se notaron en esta ocasión por parte del imperio Moscovita. Es más, sin que sea menester gran perspicacia, bien puede advertirse que los éxitos y adelantos de Inglaterra en Egipto no contrarían ni hieren los intereses políticos ni de otra clase del ártico imperio; antes bien pueden favorecerlos no poco. Véase por qué.

Si Inglaterra toma posición ventajosa del lado de Alejandría, si afianza allí su poder y adquiere en el punto que más le conviene parte de la herencia otomana tan codiciada de todos, no es dudoso que con tal proceder, autoriza y justifica otro proceder semejante; y como en reclamar esa compensación hállanse interesadas y conformes otras potencias, que apoyarán sin duda á Rusia, de ahí que ésta mire sin

gran recelo aquello que el leopardo inglés pueda desgarrar del manto imperial otomano, dispuestas como están sus negras águilas á romper y arrebatarse otro tanto por el lado que á ellas les interesa. Este lado es el ya referido Ponto Euxino y Constantinopla y Armenia. Ciertamente que Constantinopla, la princesa de Oriente, es demasiado importante por su historia, su población y su situación geográfica, para caer como añadidura en pro de otra potencia sobre el platillo de la balanza, cuando se hagan los ajustes de las futuras compensaciones; cierto que parece predestinada á capital de un gran reino sobre aquel clásico suelo de Grecia, Tracia y Macedonia, pero con eso y todo, sus compensaciones podrían darle á Rusia las orillas del Ponto y el protectorado del nuevo gran reino, si llegare á formarse. Ciertamente también, que en el Asia menor ejerce hoy Inglaterra otra especie de previsor protectorado, que mira á los caminos de la India y puede ponerla enfrente de los intereses de Rusia por aquellas partes; pero Inglaterra, con previsión siempre admirable, tomó hace poco á Chipre, desde donde puede eslabonar sus estaciones navales del Mediterráneo con el gran ferrocarril continental asiático, que en lo futuro vaya á terminar en el Indostán; y por tanto, puede ya ceder algo por el Asia menor, es decir, por la Anatolia y la Armenia.

Á Rusia, pues, le es dable aguardar sus apetecidos engrandecimientos en torno del mar Negro, los cuales hácese más fáciles y probables merced á los de Inglaterra en Egipto. Los intereses, por tanto, de ambas naciones, las principales entre los presuntos herederos de la Sublime Puerta, no están reñidos, si bien se mira, en el campo de la presente lucha; y el de Rusia, más que en otra cosa, consiste en dejar hacer y estar preparada con sus fuerzas propias y sus inteligencias con Austria y Alemania, y acaso con Italia, para el día no remoto en que después de un tratado especial de Inglaterra con Egipto ó con Turquía, en interés de la primera, venga á hacerse otro colectivo en interés de todos, á la manera que se hizo en pos del de San Stéfano el de Berlín, según ya llevamos dicho.

De aquí resulta que el proceder que Rusia se propone se-

guir, está señalado por ese interés mismo, hoy pasivo y expectante; y lo confirma su actitud ante la lucha y ante la conferencia. «El canal de Suez, ha dicho, es de interés de todas las potencias, y á la libertad y á la neutralidad de su navegación todos tenemos que contribuir. Ahora, en los asuntos interiores del Egipto nos abstenemos de mezclarnos.»

Hé ahí el *dejar hacer*, que antes mencionamos: hé ahí al descubierto la política actual de Rusia en la *cuestión de Egipto*.

V.

AUSTRIA, ALEMANIA É ITALIA ANTE LA CUESTIÓN DE EGIPTO.

De intento unimos estas tres naciones al hablar de ellas por lo tocante á la cuestión de Egipto, ó mejor dicho, á la cuestión de Oriente. Y no porque los intereses de Austria no sean primordiales, ora por su vecindad con la Turquía, ora por sus dominios sobre el Danubio, que va á desembocar en el mar Negro, y ora, en fin, por sus históricas é importantes luchas fronterizas con aquella corona de principados apetitosos, que ciñen su Imperio desde el Montenegro y la Hertzegowina hasta Servia y Valaquia; no porque Alemania carezca de títulos importantísimos para figurar como Inglaterra y Rusia, y más tal vez que Francia, en capítulo aparte, sino porque la acción política de Austria, tocante al Oriente, hállase hoy día complicada con la de Alemania é Italia á tal punto, que ciertamente no es dable separarlas.

No há muchos años que vióse Austria acometida, derrotada y desmembrada por Francia y su protegida Italia. Á poder de ésta pasó al fin el Milanesado, y luego el Veneto; y desde entonces aspira Italia á dominar como en otro tiempo en el Adriático, para seguridad de sus hoy dilatadas costas de Norte y Levante. Y es más, sus sobrado ardientes hijos intentan con perenne clamoreo mantener vivo el espíritu de invasión hacia lo que llaman *Italia irredenta*; es decir, el Tren-

tino y la tierra de Illiria. Prescindamos ahora de Saboya y Niza, que, aunque hablan lengua francesa, son cuna de la misma dinastía del Piamonte, que las entregó á su aliada á cambio de los despojos de Austria; pues, aunque á Saboya y Niza dirigen también sus miras los *redentistas*, esta región tiene que ver con Francia y no con Austria. La acción, pues, de Italia en el Mediterráneo, su predominio ó decadencia, rózase de inmediato con el Austria, ayer mismo dueña del mar Adriático, y poseedora aún hoy día de Trieste, de Dalmacia y casi del Montenegro. Y como son tan recientes las adquisiciones de Italia, y manan fresca sangre las mutilaciones que recibió el Austria, de aquí que una y otra nación, al avanzar sobre el Mediterráneo para una empresa común, como la de Suez y Egipto, se miren de soslayo, recelando que surjan de nuevo y reverdezcan querellas no extinguidas y aspiraciones de reivindicación ó de represalias, tan tenaces y peligrosas entre patrias vecinas y antagonistas razas, como son la tudesca y latina.

Contra el Austria misma alzóse también Italia, no há mucho con Alemania, para seguir despojando á aquel vasto y poderoso Imperio, ora de sus posesiones latinas por parte de Italia, ora del protectorado y la egemonia germánica por parte de Prusia; hasta que al fin ésta, y en su nombre el Rey Guillermo, procurada y conseguida la decadencia del poderío austriaco por el lado de Venecia, preparada y afirmada con arte sumo la victoria de Metz y Sedán, y puesta al cabo la orgullosa planta sobre el voluptuoso Versalles y el engréido París, coronóse allí mismo, entre inmenso aparato de bélicos trofeos, Emperador de Alemania, conculcando al arrogante francés, al par que humillaba á su rival tudesco, y arrebatando las ricas márgenes del Rhin al primero, y el suspirado cetro imperial germánico al segundo. Por donde viene á suceder ahora, que, solícita Prusia de consolidar su predominio, interesada Alemania en mantener y aumentar su grandeza, no puede olvidar la honda herida y los daños sufridos por el Austria, ni ésta puede vilmente acomodarse á ayudar y bien querer á sus enemigos de ayer mismo, autores de sus desgracias, á menos que oportunas compensaciones y desagravios vinieran

á saldar las recientes y aún vivas cuentas de ásperas guerras internacionales. Austria (que no ignora cuáles sean sus intereses, ni renuncia á ser gran potencia en el Mediterráneo) quiere costas y puertos; y Alemania poderosa, é Italia menos influyente, ambas en busca del equilibrio de la paz europea futura, que les deje disfrutar y afirmar su recién conquistada grandeza, quisieran proporcionárselos, sin perjuicio, por de contado, de su medro particular respectivo. Italia podrá encontrar acaso el suyo por la parte de Trípoli, con que la ocasión le brinda, ya que no es fácil que Austria ni Francia consientan que adquiera en Grecia islas ni costas. El de Alemania hay que verle, ó mejor preverle, en un segundo horizonte un tanto más lejano; por ejemplo, en algo de la marítima región de Bélgica y Holanda, amenazada de continuo por la ambición de Francia hasta la caída de Sedán, y amenazada desde entonces por la ambición de Alemania, que no tiene puertos, ni puede sin ellos ejercer sobre el mundo la influencia á que su pensamiento, su carácter y su fortuna vivamente la llaman. Y ¿quién sabe si la adquisición de esa misma histórica Flandes podría ser el fruto de íntima alianza entre Prusia y Austria y el premio de las adquisiciones de ésta sobre sus extensas fronteras desde el archipiélago y la Dalmacia hasta el Danubio? Y cuenta que además impórtale á Alemania la amistad y recíproco acomodamiento con Austria antes que con Italia, tanto por tradición política, cuanto por situación geográfica; aparte aquel renombre que ha ido adquiriendo Italia, tocante á ciertas aficiones maquiavélicas, á cierta *fe púnica* y cierta gratitud dudosa, de que podrían dar testimonio Monarcas destronados como el de Nápoles, Pontífices despojados y escarnecidos en vida y en muerte en su propia Sede, y protectores como Francia, abandonados luego en sus conflictos. Lo cual va á la larga mermando la facilidad para esa Italia misma de nuevas alianzas con los Estados expertos y previsores.

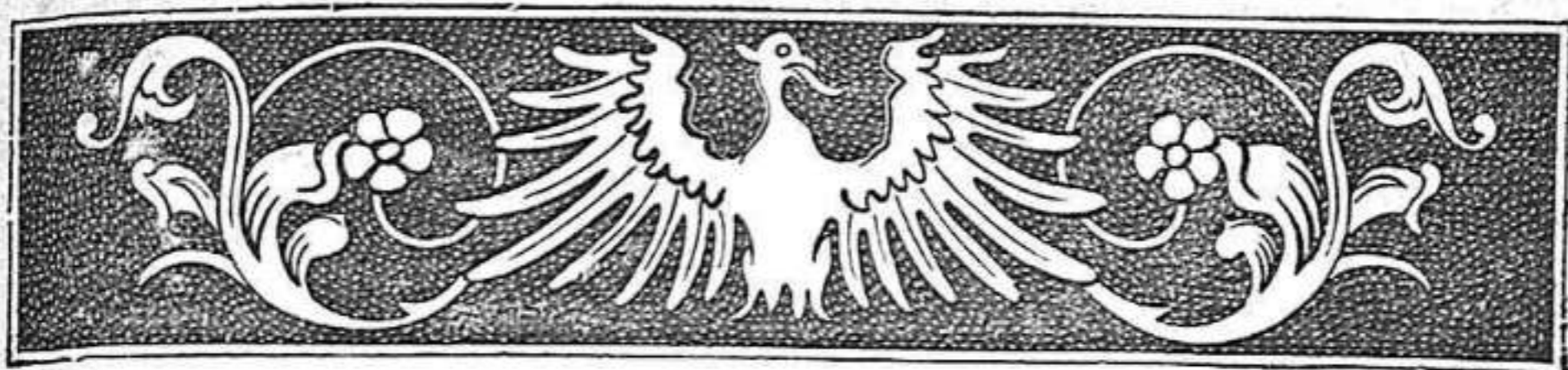
Con todo lo dicho, aun sin lo mucho que se pudiera añadir, demuéstrese bien á las claras que entre las tres naciones hay cierta complicación de términos políticos, de antece-

dentes históricos y de compatibles ó contradictorios planes, que es menester tomar en cuenta, al intentar un juicio sereno, imparcial y claro sobre los elementos de influencia y poder, que gravitan hoy sobre la cuestión *de Egipto*, y han de gravitar más todavía mañana sobre la general *de Oriente*. Y de todo lo dicho infiérese también, que ni Austria, ni Alemania, ni Italia, tienen como Turquía y Francia un interés tan directo é inmediato en la cuestión de Egipto, que les deba llevar al campo actual de la lucha. Le tienen, sí, en la independencia y neutralidad del canal; y hállanse, por tanto, en situación análoga á la de Rusia. Mas como en ese punto de universal interés, unas con otras han de apoyarse y componerse casi todas las naciones, por más que Inglaterra lleve ya gran ventaja (y tratará de adquirirlas mayores) para su preeminente *protectorado* del canal y posesión acaso de las fecundas riberas del Nilo, aguardan á la segunda parte de la conferencia ó congreso europeo, que ha de ser, á no dudarlo, si á verificarse llegare, más ardua y empeñada que la primera. Y entretanto *dejan hacer*, y se *preparan* en silencio, cada cual según sus fuerzas, ni más ni menos que lo hace Rusia. Sobre que el haber intervenido activamente, dado el casi completo y poco airoso apartamiento de Francia, la forzosa ó connivente, pero humillante en todo caso abstención de Turquía, y el poder marítimo incontrastable de Inglaterra, tan preparada de antes y tan empeñada de ahora, no era empresa tan fácil para cualquiera de esas naciones, ni aun para todas reunidas.

De suerte que el cálculo de interés propio de las tres de que hemos tratado, para el día próximo de la liquidación general de la cuestión de Oriente, unido al justo aprecio del firme poder y resolución de Inglaterra y de la oportunidad del momento de obrar, las lleva también á las tres, como á Rusia, á *dejar hacer* por hoy, y *prepararse* para mañana.

CARLOS MARÍA PERIER.

(*Se concluirá.*)



EL SUCESO, Ó NOVÉLA,
DE
D. JUAN DE PERALTA
CABALLERO INDIANO,
CONTADO POR ÉL MISMO (I).

AL EXCMO. SEÑOR DON PASCUAL DE GAYANGOS.

HACE dos ó tres años, mi muy querido y respetado amigo, que en una temporada de las muchas en que perentorios é importantes trabajos le ocupan á V. todo su tiempo, me dió V. á leer un manuscrito de su rica librería, con encargo de que le diese cuenta circunstanciada de su asunto, aunque V. ya sabía que éste no andaba lejos de las Indias.

Llevémele á mi casa; abríle, apercibí los ojos, comencé á pasearlos por sus páginas, y... á Dios prometo que si no hubiera sido cosa de V... y de América, no llego á la mitad del viaje, con ser éste sólo de unas treinta hojas en cuarto. Porque V. recordará aquel papel amarillento y manchado, aquella tinta desvanecida, aquella letra enrevesada, aquella orto-

(1) Esta narración comenzó á publicarse en la *Revista Hispano-Americana*, pero sólo pareció en ella la parte que reproducimos en el presente número.

grafía de mozo de mesón; pero lo que no recordará—gracias á no haberse metido en todas las honduras del manuscrito— es su pícaro lenguaje, donde todo desacato gramatical parece lícito; su estilo, plagado de idiotismos, que no dudo serían para el que los empleaba y para los de su tiempo modismos familiares corrientes; y el menudear de las elipsis tan holgadas, que cualquiera las tomaría por verdaderos eclipses del sentido de una frase ó de un período. En fin, yo acabé como pude la jornada, y como supe le hice á V. un resumen verbal de la pieza, conviniendo V. conmigo en que, si bien en bruto, encerraba una narración curiosa, de mucho color, con caracteres de verídica y animada de ese *no sé qué* que comunica siempre á sus relatos el que refiere de sí mismo, hágalo discretamente ó con libre franqueza, como nuestro autor; el cual viene á declararse hacia el fin de su cuento, y es un hidalgo natural de Toledo, por nombre don Juan de Peralta.— En lo que sobre todo y á pesar de todo nos pareció excelente fué en la pintura de costumbres, siendo su desaliño en esta parte testimonio de exactitud, sin perjuicio de la frescura y atractivo del cuadro.

Pero, ya al cabo de las andanzas de don Juan y concluido nuestro diálogo, cerró V. el tomito, volvió el hidalgo al nicho de su estante y no hubo más en el caso por entonces. Por entonces digo, que después en más de una ocasión hemos hecho memoria de él, y ahora yo le confieso á V. que cada vez que la hacíamos me crecían las ganas de leerlo de nuevo y copiarlo é imprimirlo (con las licencias necesarias). Así como así, se me antoja que don Juan tuvo cierta ambicioncilla de que fuese sabido su suceso, al menos entre los amigos; y como suele acontecer que lo que en tiempos pasados interesa á pocos en los presentes es curiosidad de muchos, por todo esto me resolví en darle gusto, y otro tanto al que lo leyera, aunque fuese á costa mía; y pedíle á V. el manuscrito y lo estudié y copié concienzudamente, y aquí se lo presento en letra de molde y bautizado con el título mejor que se me ha ocurrido y de que carecía.

Por supuesto, no va con todo el *pelo de la dehesa*; mas le queda, según creo, el bastante para ser conocido de su due-

ño, si resucitara. Tampoco le daré al toledano, ahora que le conozco de más trato, cédula de creencia en absoluto. Dos renunciados de cuenta comete, por la mía, en la de los años que estuvo ausente de España y en el que dejó su gobierno de Jalapa, los cuales explico en las notas correspondientes; y además, como se verá por otra en llegando al capítulo de las fiestas con que se celebró la entrada en Madrid de doña Mariana de Austria, es dudoso que permaneciera en la corte días después del 15 de noviembre de 1649, y que pudiese, por lo tanto, dar remate á la aventura de la dama del coche en los términos que muestra su epístola; acerca de la cual opino definitivamente, no que sea una pura invención de nuestro hidalgo, pero que está tejida de cosas que realmente le sucedieron, recortadas aquí y añadidas allá, de arte que se encadenen y sean verosímiles en el tiempo y lugar más acomodados á su propósito, que parece haber sido convertirlas en argumento de comedia á la moda, desarrollado en forma de novela.

Sea como fuere, yo desearía que no le pareciese á V. del todo mal, y que estimase de algún provecho este mi humilde trabajo.

M. JIMÉNEZ DE LA ESPADA.

I.

Señor don Juan:

Así como salté en tierra, os dí aviso de cómo había llegado á España con salud, y os prometí que en hallándome desembarazado de cierto cuidado que traía, os daría noticia de mi suceso desde el día en que salí de España, que habrá cuatro años (1); y si por cumplir con mis obligaciones y acu-

(1) Y cerca de tres más, si el autor, en efecto, pasó á Indias con el virrey de Nueva España conde de Salvatierra, y estaba ya de vuelta en Sevilla por septiembre ú octubre de 1649.

Don García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra, marqués del Sobroso, etc., Asistente de Sevilla desde 24 de abril de 1634, fué nombrado

dir á la ley de la amistad y daros por muy menudo mis sucesos, fuere largo, perdoná, que bien entendido estoy de vuestra amistad y que os habéis de holgar aunque os cansés de leer.

Bien sabés, don Juan, que don Lope de Avellaneda, que eramos tan grandes amigos y que posaba en mi casa cuando os fuiste de Toledo, y que cara fuera la cosa que me pidiese que no la hiciera yo por él; y fué tanta nuestra amistad, que dejé por él padres, parientes y amigos y patria; y bien sabés que se retiró á Toledo por el disgusto que tuvo en el Prado de Madrid y que de la pendencia resultó la muerte de aquel caballero; que todo el tiempo que estuvo en Toledo no se apartó de mi lado ni de la mesa de mi padre, y en mi casa era respetado de todos como mi misma persona, y haciéndose con él todo lo que se podía hacer; y era tanta la voluntad que yo le tenía y mis padres, que me parecía que no se cumplía con él según era mi deseo, y su término y trato merecían que se hiciese con él esto y mucho más, porque el proceder y gallardía que tenía eran muy grandes y yo le había cobrado mucha voluntad y amor si se puede decir desta manera. Mas como el mundo todo se rueda y no hay cosa fija en él, el negocio de Madrid porque estaba ausente no tenía acomodo, por ser la parte tan rica y tan noble y tener tantos parientes principales, y estar averiguado que si bien don Lope no había sido el matador, había promovido la pendencia, aunque fueron muchos los que en ella se hallaron.

En este tiempo Su Majestad dió al conde de Salvatierra, Asistente de Sevilla, el virreinato de Mexico. Su padre de don Lope era mayordomo de la condesa vieja de Salvatie-

virrey de Nueva España en 1642, y se embarcó para su destino, como dice Peralta, el día de la Magdalena (22 de julio) de ese mismo año, y tomó posesión de él en México el 23 de noviembre siguiente. Dejó el virreinato de Nueva España por el del Perú el 13 de mayo de 1648, y entró en Lima el 20 de septiembre inmediato. Gobernó en este país hasta el 24 de febrero de 1655, en que hizo entrega del cargo á su sucesor don Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alba de Liste; pero hallándose viejo, y con muchos achaques, quedóse en Lima, donde falleció á 26 de junio de 1659.

rra (1), que era camarera mayor de la Reina; pidióle, que pues el conde se iba á Mexico por virrey, que se llevase á su hijo consigo, por no verse con él en algún aprieto. La condesa se holgó mucho, que le quería bien á don Lope y le traía con mucho cuidado; díjole que procurase avisarle adonde estaba, que ella escribiría al conde, y que también el conde le conocía y bien sabía que no tenía criado de más obligación que á don Lope. Con esta buena confianza le escribió su padre de lo que se trataba y que le avisase de su gusto; enseñóme la carta; yo le dije qué era su propósito; él me respondió que él había de ser hijo obediente al mandado de su padre y que se quería quitar por cuatro ó seis años de España. Dióme mucha pesadumbre por el amor que le había cobrado y entender casara con doña Feliciana, mi hermana; aunque no era el mayorazgo de su casa, que tenía hermano mayor y casado y no tenía sucesión.

Fué tanto lo que cavó esto en mi pensamiento y la melancolía que traía, que mis padres lo echaron de ver y mis amigos. Mi padre me cogió en una sala y me dijo que le dijese qué cuidado tenía, pues andaba tan triste. Yo le dije la ocasión, y que sentía en el alma la ausencia de don Lope, y que el cuidado que traía no era otro. Dando y tomando en el caso, me dijo que me fuese con él; yo le respondí que eran menester muchos dineros y que no los tenía para un camino tan largo y para ir como hijo de su merced. Visto mis honrados pensamientos, me respondió: «Aunque no tengo muchos dineros, tengo, por la misericordia de Dios, crédito, y todo lo ha de remediar Dios. Lo que se podrá hacer es ver lo que te cabe de la parte de hacienda de tu madre y eso te podré dar y á la mano de Dios y con mi bendición.»

Quedé, amigo, tan contento, que no sabía lo que me había sucedido, deseando ya ver á don Lope para dalle tan buenas nuevas, que bien sabía yo que se había de holgar. Salí de casa con este cuidado; hallé á don Lope en la santa iglesia en un corro de amigos; estuvimos hablando de di-

(1) Doña Leonor Sarmiento de Luna.

versas cosas, que es la ocupación que los mozos de Toledo tienen. Siendo ya hora, nos despedimos, y quedando solos, le dije que traía unas buenas nuevas que dalle; él me respondió que al instante que me vido me había conocido que venía contento, y que estaba con cuidado de verme tan melancólico aquellos días, y que se lo dijese, que lo deseaba saber. «El caso es que tenéis ya en mí un camarada.» Echóme los brazos muy apretados y díjome: «¡Cómo, amigo!; decíme lo que hay, porque es tanto lo que me decís, que no lo creo; no me pudiérais decir cosa que más estimara en mi vida, y que he estado rehusando el viaje sólo por dejaros; y aunque os había dicho que había de obedecer á mi padre, hasta agora no le había enviado la resolución de mi voluntad.» Díjele lo que había pasado con mi padre, de que tornó á abrazarme; y luego puso por obra de escribir á su padre su resolución y envióle á pedir las cartas y dineros para el viaje, y en la carta le avisó que iba yo con él y que viniese la carta encomendada á mí para el señor conde.

Dentro de muy pocos días vino el despacho muy ajustado y letras para don Lope que el dinero se lo diesen en Sevilla y otro además que gastar en Toledo y comprar lo que hubiese menester muy cumplido; porque su padre de don Lope era muy rico y lo pudiera hacer muy fácilmente; y su padre procuró con la mayor brevedad que pudo su despacho, porque los contrarios hacían muchas diligencias de buscarle, y no faltó soplón que avisase estaba en Toledo; y tenía noticia que habían sacado requisitoria para buscarle. Por lo que á mí hace, ajustó mi padre lo que me tocaba de mi legítima, y todo el demás dinero que me pudo dar me dió, y el resto, de la mercadería que yo me informé que era más gastable, me lo dió; que como mi padre tenía crédito, fué muy fácil el buscalla y hallalla del modo que yo la quería.

Cuando esto estuvo dispuesto, tratamos de sacar galas y nos hicimos tres pares de vestidos, uno de color y dos negros, de una misma manera su color y labor, y guarniciones y cabos de una misma suerte, sin que hubiera diferencias. Valonas y ropa blanca la dejamos de hacer la que era me-

nester y necesita la navegación, que lo ordinario y bueno teníamos en Toledo.

Fué tanto el sentimiento que los amigos hacían de nuestra ausencia, que cierto que á veces era tanto lo que decían, que los ánimos nos hacían perder, y con todo esto no lo creían, hasta que un día antes que nos ausentásemos nos vestimos de color, y era día de fiesta y fuimos á la iglesia. Aquí fueron los pesares de suerte, que por partido diéramos no haber ido á la iglesia, y más que era día festivo, en que concurrió mucha gente y damas, y algunas tenían noticia de nuestro viaje, y por no vernos se echaban el manto. Todas estas acciones nos daban pesadumbre, y más á mí que dejaba mi patria y mis amigos. ¡Tal puede la amistad de uno que arrastra la voluntad de otro, sólo por haberle cobrado afición! Y aunque yo lo diga y hay ocasión que alabarse á sí propio no es de los lances que no piden perdón, don Lope era muy galán y muy bien agestado y de honrados respetos, ya conocido en Toledo por tal; pero yo os prometo, que para vos no era menester decir esto, que á su lado no deshacía el juego. En fin, fuimos muy galanes á la iglesia, y preguntaban las damas: «Esos galanes ¿á dónde van tan lindos?» Y decían: «¿Esto se ha de comer la mar?»—Como si la tormenta hubiera venido y nos hubiera tragado el mar.—«¡Qué lástima tengo!»—añadían.—Iban muy desconsoladas. Yo aseguro que era el primer plato con que comenzaban á comer el contallo á sus padres ú maridos. Sus padres ú maridos dirían: «¡Qué lastimadas vienen! Ellos se van á holgar; llegan á las Indias mozos tan galanes; en viéndolos una criolla, se muere por ellos y se casan, que en viendo á un castellano de por acá, y más ellos que son buenos mozos, los padres les dan sus hijas y toda la plata que han podido recoger toda su vida, que tanto se enamora el padre como la hija, y por meter un yerno de las partes que estos son, no repara en darles mucho.» Estas y otras cosas dirían.

II.

Otro día salimos de Toledo con nuestros criados y mancebo del camino y por nuestras jornadas contadas llegamos á Sevilla la Grande, que con razón la llaman la Gran Sevilla y de forasteros madre, día de el Señor San José; y en apeándonos, como día de fiesta, fuimos á la santa iglesia á ver misa. Ansí como entramos en la iglesia, pusieron los ojos en nosotros como forasteros y vestidos de color. No faltó quien conoció á don Lope por ser de Madrid y á mí por de Toledo; juntóse corro de galanes, de suerte que allí hallamos amigos, y tan amigos, que nos pareció que estábamos en Toledo. De la conversación hubo convite de coche para la tarde; hablamos de diferentes materias. Uno, natural de Sevilla, me tentó, como de Toledo, en alabar la iglesia; yo se lo concedí que era más grande; mas, mirada con cuidado, no me pareció ansí; más altas las naves sí son, pero la grandura no me asustó, porque la iglesia de Sevilla es cuadrada, aunque no es tan ancha como larga; la de Toledo es redonda, y todo aquello que toma la redondez parece más corta. Yo metí otra plática, con lo cual lo dejamos, que para los sevillanos no hay peor pesadumbre que ponelles comparación en su iglesia, no teniendo ninguna curiosidad, como la de Toledo, y más á donde asiste mi patrona Madre de Dios del Sagrario, que con esto se dice todo, que ella sólo basta á engrandecer á Sevilla, Toledo y Madrid, corte del gran Felipe el cuarto, que Dios guarde.

No os quiero cansar con alabaros á Sevilla; es el mejor lugar de España; tiene cinco cosas tan juntas como los dedos de una mano: la iglesia, la lonja, el alcázar, la Comedia, la Contratación, todo tan cerca, que las mismas paredes compiten unas con otras; el río y su Arenal, donde el invierno salen las damas á coger el sol; su Audiencia. El es tan grandioso, que no hay que decir más; pues el Potosí le rinde plata á sus pies, la Nueva España sus platas, Flandes sus

puntas y olandas, Francia sus ruanes, Inglaterra sus paños, Milán sus telas, Nápoles las medias, Génova sus sedas; de suerte que todo el mundo le rinde parias y en recompensa se lleva el oro y la plata, el mejor metal que crió Dios en el mundo, y van diciendo mil bienes, pues se llevan de España todo el bien, engañándonos como á negros. No es para aquí esta materia. Todo extranjero halla acogida y bienes: es patria común para todos.

Y como he dicho, llegamos día de San José, esposo de Nuestra Señora, que lo tuve por buen agüero; oímos misa; luego se hizo un corro, adonde las damas que había en la iglesia hacían reparo de nosotros, y como don Lope era muy airoso y galán, que apenas tenía veinte y dos años (yo no los había cumplido) y os certifico que íbamos galanes y bien vestidos y buenos cabos, que es la gala del vestido, hubo el preguntar á los criados de dónde éramos y cómo nos llamaban, que es la primera pregunta para tomar de memoria posada y nombre. Despedímonos de aquellos señores y fuímonos á la posada, que era la que llaman de la *Reyna*. Apenas habíamos comido, cuando el coche estaba á la puerta de la posada, que como es tiempo de ir á el sol, se ha de ir temprano. Entramos en él y fuimos adonde los amigos nos llevaron, á la Alameda; dimos la vuelta al Arrenal, y yo os prometo que os eché menos, porque hubo cosas de gusto: hubo colación, de suerte que aquellos caballeros cumplieron con sus obligaciones muy principalmente; y lo que tuvo de bueno, que esta amistad quedó tan asentada, que todas las veces que habíamos menester coche, le hallábamos, que no es poco en Sevilla tenelle, porque sus calles son tan penosas, que no se puede andar á pie.

Dejáronnos en nuestra posada, que os certifico que teníamos necesidad de descansar, porque aquel día habíamos salido de Carmona, y por ser día de misa y llegar á hora de oilla, madrugamos, y cierto que yo estaba bien rendido y al cabo de ocho días, que eso nos duró el camino;—cuando Dios y norabuena nos entran á visitar dos damas de las más hamponas de Sevilla, con sus criadas, diciendo que en la iglesia habían sabido que veníamos de Toledo y si conocía-

mos á su padre; diéronnos su nombre, cosa que en los días de mi vida tal había oído. Les dije: «señoras, este caballero no es de Toledo, que es de Madrid; yo soy allí criado y nacido, y en toda mi vida he oído tal nombre.» Hicieron grandes melindres; en fin, la plática se vino á concluir que fuésemos con ellas á su casa. Yo me descarté que venía cansado, que nos dijese su posada, que á otro día iríamos. Ellas se fueron bien parladas; no faltó el pedir para colación; lleváronse uno de ocho y fuéronse, y nosotros nos pusimos á cenar. Cuando estábamos cenando, llaman á la puerta del aposento dos muy abroquelados, y dándonos la bienvenida, sin más hablar, tomaron sillas y empezaron su arenga muy larga, preguntándonos por «don Fulano, ¿cómo queda? Fué de los mejores amigos que tuve; estuvimos en tal parte; prometo á vuesa merced que tuvimos una pendencia, que, por el Hijo de Dios, que allí valió la chica. ¿Y don Fulano, cómo queda? Es un honrado caballero; en Madrid nos amparó, que si no fuera por él, me viera en gran trabajo.» Y metiendo la mano en el plato, y al mozo, «echa vino; ¡á su buen viaje de vuesa merced!» Todo esto vino á resultar en pedir ocho reales. Fuéronse, y nosotros quedamos que no sabíamos lo que nos había acontecido.

Tratamos de descansar, que harto lo habíamos menester, que á cabo de ocho días de camino y de aquel día que llegamos á Sevilla, nos hallábamos más cansados que del camino. Amaneció otro día, vestímonos de negro con un vestido excelente y muy curioso, que el que llevaba don Lope y el mío eran de una labor y hechura; fuimos á la iglesia y oímos misa; no vimos á nadie que nos pudo detener. Desde allí nos encaminamos en casa del Asistente, porque ya tenía noticia de que íbamos á Sevilla, y por salir de este cuidado y dar las cartas fuimos allá. Hallámosle que se acababa de vestir; dimos las cartas y recibíonos como conde de Salvatierra, que es el más galante señor que de su casa ha salido. Diónos asiento; preguntó de la corte, y como don Lope había días que había faltado, á lo que le preguntaba no le supo responder; dióle su disculpa, con lo cual le satisfizo; él se agradó de nuestras personas y nos respondió que haría todo

cuanto pudiese, y que se holgara tener dos gobiernos muy lucidos y de mucho aprovechamiento que darnos, pero que lo mejor que tuviese en su gobierno que nos lo daría, y que nos quedásemos en casa. A esto se replicó hartó, dándole excusas bastantes, mas no pudimos dejar de comer aquel día con él, porque su padre de don Lope había muchos años que á todos estos señores los asistía, y le tenía mucha obligación, y esto y mucho más le debían, y el conde era muy reconocido á todo.

Quedámonos á comer, y ya sabéis cuánto se come en casa de estos señores, y con el oficio de Asistente, que tiene mucho á qué acudir, vinimos á salir bien tarde. Venimos á la posada, adonde nos contó la huéspeda lo que nos habían buscado de galanes y entre ellos algunas damas; dimos disculpa á los amigos de lo que había sucedido, y que mientras estuviésemos allí acudiríamos á servillos. Desde este día todo fué gusto y paseo y galantería; jugar, ni yo ni don Lope éramos tahures de naipes; alguna vez íbamos al truque, mas rara vez era la que se jugaba; de suerte, que todo nuestro entretenimiento era damas y amigos y acudir á la iglesia, que aquí son todos los conciertos y adonde se ha de hallar la dama y los amigos; que os prometo, que como estaba tan enseñado á aquella rectitud de Toledo, me daba pesadumbre; mas, como mozo, me dejaba de llevar; que cuando me desembarqué en Cádiz y me dijeron de la desdicha que había sucedido en Sevilla (1), eché de ver cuán grandes son los decretos de Dios, de que le dí mil gracias por los beneficios que me había hecho.

III.

Ya se acercaba el viaje y en Sevilla hacía mucho calor, y enfadados de las damas y de que un hombre se había de encerrar en una casa de tablas, y que su vida iba en tres dedos

(1) Alude á la terrible peste que la affigió el año de .649.

de madera, pedimos licencia á el conde para irnos á Cádiz, que es lugar más fresco, y aguardar allí la embarcación y disponer las cosas y componer el alma, pues en aquel riesgo la ponía. Dióla y fletamos un barco con nuestros baúles y ropa, y por ropa del señor Asistente pasó, que para ello nos dió cédula que fuese obedecida en cualquier parte.

Llegamos á Cádiz, que es el mejor lugar que tiene el rey en España, que es muy rico, y desde que los galeones entran en él se ha hecho muy poderoso. Es la mayor fortaleza que tiene el rey; es imposible que ninguna armada, por poderosa que sea, la gane, sino es que el gobernador la venda, que para esto no hay fuerzas humanas que la defiendan. Tomamos posada de asiento, como personas que no se habían de ir dél hasta embarcarnos. Dispusímonos lo mejor que se pudo, tratando de hacer una confesión general, y para esto escogimos un Padre del señor Santo Domingo, docto y santo, que son las propiedades que ha de tener un confesor. Estando en este cuidado y diciendo cuando habíamos de ir, entra un criado diciendo que dos damas nos buscan; digámoslas que entrasen; y si no lo habéis por mal, eran dos damas de Sevilla, que así como supieron que nos habíamos venido, se determinaron en un barco á venir á Cádiz, con resolución de que las llevásemos á las Indias. Deciros los lances que nos pasó con ellas es cansaros; yo me encomendé muy de veras á Ntra. Sra. del Sagrario, á quien llevaba conmigo y siempre la he traído al pecho, y como me oyese, y ella sabía bien mi pensamiento, otro día amanecieron en Cádiz sus amigos de las damas escapadas. Tenían ya ellos noticia de nosotros y nos conocían muy bien; no les fué dificultoso el hallarnos, que como no veníamos empeñados de nadie, no rehusábamos de salir á la calle Nueva, que así se llama, á donde todos los capitanes y soldados asisten al tiempo del despacho del armada; y más con el favor que halló don Lope en un capitán, grande amigo suyo, natural de Madrid, que se llamaba Adrián Pulido, y es uno de los más valientes soldados que tiene Su Majestad, que el cargo que tiene se le dieron por sus hechos, que en Fuenterrabía él solo defendió la muralla, y metió socorro en la plaza cuando el enemigo la tenía tan

atacada (1); en fin, es hombre de valor y capitán de galeones, el mejor oficio que da Su Majestad de honra y provecho.

Fué grande el favor que en Adrián Pulido tuvimos, pues nos llevó á su posada y mientras estuvimos en Cádiz no nos dejó gastar un cuarto. Siempre andábamos juntos, y aquel día, estándonos paseando los tres en la calle Nueva, vimos que tres hombres nos miraban mucho, y era tanto lo que éstos insistían en mirar, que Adrián Pulido, como tan baquiano en aquella tierra, reparó y nos dijo que le aguardásemos. Fuese para los sevillanos y díjoles que les quería hablar; llevólos fuera de la puerta de la Mar, y allí les dijo: «He reparado, señores, que vuestras mercedes nos han mirado mucho á mí y á aquellos señores que estaban conmigo; si se les ofrece algún disgusto, yo les llevaré á la Grúa y allí se podrán ver con ellos, porque son mis camaradas y amigos, y me pesaría que con ellos se usase algún mal término, que hombres son que podrán dar cuenta de sus personas.» Ellos empezaron á dar sus disculpas; el capitán les dijo que no anduviesen por rodeos, que le habláesen claro, porque si no les pesaría. Uno de los tres tomó la mano y empezó de decir el sentimiento que tenían de nosotros y cómo les habíamos traído sus damas; él les respondió que no tenía noticia de tal cosa, que posábamos con él, y que mientras habíamos estado en su compañía, no lo había echado de ver; mas que personas éramos que á él le diríamos lo que había acerca desto, y que entendiesen que lo que nosotros dijéramos era la verdad. Dejóles en la playa y vínose á donde estábamos y

(1) Así es la verdad, ó poco menos. En la relación del *Sitio y socorro de Fuenterrabía y sucesos de 1638* (Madrid, 1639), escrita por don Juan de Palafox y Mendoza antes de ser obispo de la Puebla de los Angeles, consta que Pulido fué á dicho socorro con el Almirante de Castilla don Alfonso Enriquez de Cabrera, el cual, al llegar á Tolosa, ordenó que don Miguel de Ubilla, nuestro capitán, y otro, por nombre don Martín de Sepúlveda, procurasen entrar en Fuenterrabía. Lograron felizmente su objeto. Quedó Pulido en la plaza, y en la salida que hicieron los sitiados el 8 de agosto, en la defensa de las ruinas del baluarte de la Reina, volado el 1.º de septiembre por una mina, en cuyo lance peleó seis horas, y en el tercer asalto de 6 del mismo mes, llegó á distinguirse entre los más valientes, y fué herido en el primero de estos combates de arma blanca, y en el último de un mosquetazo en la cabeza.

contó todo lo que le había pasado. Nosotros le respondimos que lo que había acerca de lo que decían era verdad, pero que nosotros no las habíamos traído, que á cabo de dos días que llegamos á Cádiz, vinieron esas damas con intento de pasar á las Indias, y que la mayor merced que pudiéramos recibir, es que se las llevasen, porque ninguno teníamos empeño con ellas, y que antes nos servían de disgusto que de gusto; y que en una casa las teníamos adonde las sustentábamos, y que no había otra cosa; mas que estas mujeres se habían favorecido de nosotros y que mientras ellas no quisieran irse, que no las habían de llevar, que bastaba ser mujeres y haberse valido de nosotros, para defendellas; mas, como ellas gustaran de volverse, que no lo habíamos de impedir, que en tal parte posaban, que fuese el señor capitán y las hablase y les dijera que por ninguna cosa nos las podíamos llevar á las Indias, y lo demás que él sabría bien acomodar; que la mayor merced que nos podía hacer era quitarnos de ese cuidado; mas que había de ser con la voluntad de ellas, y que de otra manera no lo hiciese.

El capitán fué y lo negoció de suerte, que ellas tuvieron mucho gusto de volverse á Sevilla y más cuando los galanes echaron de ver que nosotros no hacíamos empeño de ellas y supieron que habían venido solas de Sevilla y que su propósito era de pasar á las Indias, que ellos lo creyeron y se las llevaron muy contentos, que antes que se partiesen de Cádiz nos vieron y fueron muy agradecidos de lo galantes que habíamos andado con ellos y con ellas. Dimos infinitas gracias á Dios y á Adrián Pulido se lo agradecemos mucho cuán liberal anduvo en la disposición de todo, buscándoles pasaje y dándoles buen matalotaje, que no consintió que diésemos un solo maravedí, de que en parte estábamos corridos; de que dándole las gracias nos satisfizo y nos dijo, que la gente de la tierra amigos de los que venían de Sevilla estaban aunados, y que fuera imposible, si no se hubiera metido de por medio, que dejara de suceder una desgracia; y así lo entendí después que vide lo que vide en pocos días que estuve con él. La gran Nuestra Señora del Sagrario nos libró muy cono- cidamente, á quien estoy muy agradecido.

IV.

Como nos vimos libres de este embarazo, determinamos, supuesto que nos habíamos de embarcar, tratar de confesar-nos, lo cual hicimos muy despacio, que para todo había tiempo; dispusimos la materia, hízose muy bien; compramos algunos regalos y otras cosas que la navegación pide. Ya toda la gente se juntaba; sólo faltara el conde, que aunque su ropa estaba embarcada, por no saber como nos había de acomodar, no teníamos avío hasta que llegase de Sevilla. Fué Dios servido que llegó con buen tiempo; hizo su posada en las casas de don Antonio de Oquendo; fuimos á dalle la bien venida; preguntónos si nuestra ropa estaba embarcada; respondimos, que por no saber en que navío habíamos de ir, la teníamos en la posada; diónos una cédula para que el contramaestre de la capitana la recibiese y nos dijo que á donde él iba habíamos de ir, que iba por general de flota don Luis de Córdova, hermano bastardo del de Ayamonte, más aprovechado que servidor de su rey (1). Luego lo pusimos por obra, llevando á la capitana toda nuestra ropa y baúles, sin que nadie nos preguntase qué se llevaba, que con decir que era ropa del señor virrey lo dejaban pasar. Llegamos á la capitana, que estaba una legua de Cádiz; entramos en ella y dimos la cédula al contramaestre, que es la persona que lo recibe todo; metiólo en la cámara; volvímonos á Cádiz, no quedando más de con un vestido y dos camisas, por lo que se ofreciere.

Á cabo de ocho días, día de la bendita Magdalena (2), se embarcó el conde y todos fuímos con él. Otro día de mañana

(1) Don Francisco Manuel Silvestre de Guzmán. Conspiró con el duque de Medina Sidonia y el de Braganza, para constituir la Andalucía en reino independiente del de Castilla; y acusado por el de Medina de reo principal en la traición, fué degollado en su misma cárcel de Segovia en diciembre de 1648.

(2) 22 de julio.

empezó á alzar áncoras la capitana de galeones, á quien todos siguiendo, en menos de dos horas perdimos de vista á Cádiz; porque tuvimos un viento muy fresco y le llevamos cuatro días arreo, en que dimos vista á las Canarias; y luego entramos en el *Golfo de las Yeguas*. Aquí, aunque de ordinario corren recios vientos, nos calmó algo, que como siempre vienen por este paraje los vientos á popa, la navegación hacia allá es muy buena. Pasamos este golfo y entramos en el de *Las Damas*; aquí fué menester desviarse la armada de los galeones, porque los unos iban á Tierra Firme y la flota iba á Nueva España. Mi flota tomó por avante cargándose al Poniente y los galeones al Sur; mi capitana disparó una pieza y respondió con otra la capitana de galeones, señal de despedirse; ellos tomaron su camino y nosotros el nuestro; en menos de tres horas ya no parecía, porque aquel día llevábamos un recio viento.

Desde este día no tuvimos cosa que os pueda avisar, sino que comíamos á la mesa del conde, porque la condesa (1) comía aparte. Yo estaba maravillado, que en Toledo ni en Madrid no pudiera haber más regalos ni en más sazón guisada la comida. Nuestro albergue era un camarote con dos *cadarchos* (2), que á esto llaman la cama, con nuestra puerta y llave, á donde teníamos algunos regalos, de suerte que pasábamos muy bien el viaje sin echar menos los de tierra.

Con esto llegamos á 15 de septiembre (1643) habiendo gastado en este viaje en la mar cincuenta y tres días naturales, hasta que dimos fondo en la Vera Cruz, puerto no muy bueno por los vendavales que de ordinario allí corren; y así siempre procuran de desembarcar lo más breve que pueden. Luego que se dió fondo, el conde y toda su casa salieron á tierra, y yo y don Lope, y luego le mandó á don Lope que previniese postas, que le había de despachar á Mexico para

(1) Doña Juana de Isasi, condesa de Pie de Concha, que murió de sobreparto en 1645.

(2) Así: *cadalechos*, literas.

hacer saber á la Audiencia y presidente cómo había llegado y que le remitiese carruaje. Es cosa que vale á el que lleva la nueva de llegada del virrey y de la flota. Dentro de cuatro horas que saltamos en tierra, ya mi don Lope iba camino, dejándome encargado la ropa y lo demás que traía. Yo lo recogí todo á mi posada, que el virrey me lo mandó dar, y yo era de los criados más allegados.

Don Lope puso tal diligencia, que dentro de tres días entró en Mexico, que hay poco menos de cien leguas desde el puerto hasta Mexico, y es lo mesmo caminar por aquella tierra que por España; que por eso la llamaron la Nueva España. Remitió en breves días todo el carruaje. Llevaba coche de España el conde y literas; mandó armallos, y con las mulas que trajeron llevaron el coche y literas, con que nos partimos para Mexico. Á mí me dió oficio de pagador, de que dí buena cuenta. Entramos en Mexico á 15 de octubre (1), habiendo gastado un mes en el camino y estada en el puerto. Fué muy bien recibido de todos aquellos señores, porque el de Salvatierra era muy agradable y gran cortesano y muy agasajador, con que en las primeras vistas agradó á todo el pueblo y quedó muy pagado.

Empezó el conde á disponer las materias de gobierno y á ocupar sus criados. Dióle á don Lope un oficio de capitán de su guardia, y prometo que lo representaba extremadamente, que era oficio de honor y provecho. Á mí me dió un oficio de contador, porque entró tomando cuentas á todos los que tenían haberes, en que me aproveché de alguno pesos, de que había bien que gastar. Siempre yo y don Lope estuvimos juntos, que entre los dos no había cosa que no fuese de entrambos, que del modo que salimos de Toledo, con esa conformidad, siempre que estuvimos juntos, nos habíamos conformado.

Como hombre y mancebo y de mi edad, me enamoré de una señora que se llamaba doña Prudencia; que muchas veces me acordaba de una comedia que, si no me engaño, lla-

(1) Véase la nota primera.

man *Las flores de don Juan* (1); y este caballero era criollo, y enviábale su padre dineros de las Indias, y decíale que los gastase con prudencia, y la dama que tenía se llamaba Prudencia; y decíale el criado que gastaba su dinero mal gastado y que se hallaría sin ello: y enseñábale la carta y decía: «Si mi padre me manda que lo gaste con *prudencia*, ¿hago yo más de lo que me manda?» Yo era diferente, que lo que daba á esta dama se lo daba con prudencia, que echaba de ver que estaba de mi patria dos mil leguas, y que había de volver á ella, y sé lo que es el mundo, que no estima más de cuanto tiene; y así me iba con templanza, no embargante que en la ocasión que se ofrecía, lo andaba muy liberal; y más que se ganaba para todo, que como era negocio de cuentas, había bien en qué meter la mano, que si este oficio me durara el tiempo que fué virrey en Mexico el conde, viniera yo bien rico y poderoso y no me sucediera lo que me sucedió.

Duró esto cosa de ocho meses, en que ahorré y gasté bien largo más de cuatro mil de á ocho. Acabóse el oficio, quedéme animado por algunos días con buenas esperanzas que el conde me daba, y como yo tenía que gastar y la mercadería que había traído de Toledo no se había llegado á ella—que como los que vienen con mercaderías en la armada procuran despachar, se venden barato, y esta es la ocasión de no haber tratado de venderla, y yo había de estar despacio,—el tener tanto dinero no me daba mucho cuidado, y más no teniendo el vicio de jugar, que esto es lo que más destruye á los hombres; y era mucho, pues tenía la ocasión en casa, porque como don Lope era capitán de la guardia, tenía garrito público y esto le valía mucho, porque en aquella tierra los juegos son muy grandes y al paso que es el juego son los baratos. Mas yo huía de ello, no por no jugar, sino por no ponerme en la ocasión y empeñarme; y así rehusaba el pecar; y me fué de provecho, porque allí se usa dar barato y es des-

(1) Se engañaba. Pero no conozco nuestro teatro del siglo XVII lo bastante para ayudar á la flaca memoria de Peralta.

cortesía el no tomallo, y muchas veces me lo daban, y había algunos castellanos que se andaban de garito en garito y yo les socorría con partir lo que me daban, y por esto me decían que castellano no había pasado á aquellas partes como yo. Y es gente que por menos de un peso mataron á uno.

V.

Con esta galantería me conservé en Mexico. Don Lope, con el oficio, se hizo soberbio, mudada en otra su condición, que era todo poco para contentarle. Con esto se hizo aborrecido de algunos y aun del virrey, por cuentos y chismes que le iban componiendo más de lo que era; al contrario, un hombre bien recibido olvidará muchos si algún descuido tiene, y sabe Dios que es verdad que más de cuatro cosas compuse porque no lo supiera el virrey, y si se lo contaba á don Lope, reñíame y decía que lo componía de mi cabeza, no dándome crédito á lo que él sabía que era verdad. Ya deseaba que el virrey me diese alguna cosa, por salir de su compañía; que cierto que os estoy escribiendo esto y no lo creo, del modo que su condición mudó.

Fué Dios servido que el conde me dió el gobierno de Jalapa, que es de los mejores que tiene que dar, que está cerca de la Vera Cruz y no lejos de Mexico y en lugar donde todo lo que criaban y labraban los indios tenía valor, y entraba moneda fresca cada día, y era muy abundante. Besé la mano al conde por la merced que me hizo, y dándome el título, me dijo que se holgara darme el gobierno que él tenía.

Dispuse mi viaje lo mejor que pude, dejando á doña Prudencia lo que un hombre de bien pudo. Ella se quiso ir conmigo; yo se lo quité de la cabeza, que sentía mucho esconder estas cosas, que un hombre forastero no puede gobernar bien, si al que ha de castigar le ha menester contentar para que le encubra sus faltas; y así determiné de ir sin embarazo, que lo fuera muy grande para mí aquello. Dejé á don Lope encomendada á doña Prudencia—que dejarla encomendada á mi amigo, no hay más que decir que era á mí mismo

—con acuerdo que la socorriese en lo que hubiere menester, y con un empeño con ella de que decía que quedaba preñada; razón de estado de las... tales para más encarecer el amor. Yo por el presente lo creí, que mientras tuve su amistad no entraba ni salía persona en su casa, de suerte que yo estaba bien satisfecho de esta verdad, porque puse particular cuidado, y en más de seis meses que duró nuestra amistad no vide sombra de nada. Y ya os digo, que en esta parte estaba bien satisfecho, ni don Lope apenas lo sabía, hasta que fué fuerza el darme cuenta por el ausencia que yo hacía; y así se la encargué. ¡Ojalá no se la hubiera encargado, pues tantas pesadumbres me costó!

En fin, vino el día de la partida; hubo desmayo y esto de: «¡no me verá nadie; no me lavaré la cara; la pared y mi cara ha de ser toda una!» Cartilla que las de tal trato tienen. Verdaderamente, que en parte me daba lástima, y si entonces me dijera que se quería venir conmigo, lo tomara de partido en lugar de no verla hacer tantas ansias tan aparentes á la verdad; y así me salí muy mohino. Y apenas había llegado á mi posada, que ya las mulas estaban prevenidas, cuando la veo en el portal con mil sollozos, de suerte, que por ninguna razón que la decía, la podía aplacar; y al ruido salió don Lope, que hasta entonces no la había visto; sí que sabía que tenía una dama, mas nunca yo le llevé conmigo, por no cumplir aquel refrán que dice: *¿Lleváis al amigo fiel á ver la dama que amáis?* etc. Son refranes que son ajustados á la condición de no buenos sujetos.

Yo me fuí á mi gobierno con satisfacción que dejaba á mi dama encomendada á quien miraría por ella como mi misma persona. Fuí recibido con mucho aplauso de todos; teníanme hecha la casa en la que posan todos los gobernadores. Mi antecesor había muerto; tocábame á mí tomar la residencia; harto hubo que averiguar, pero á un difunto basta la cuenta que ha de dar á Dios sin que aquí se la tomen. Yo hice lo que pude por una mujer que dejó y cuatro hijos, que cierto, que si otro mal intencionado fuera, que bastante paño había en que cortar; siendo yo el juez, fuí el medianero y lo compuse y ajusté, que le dí por buen juez. Entré á tomar

la posesión; juntóse cabildo y yo mostré papeles que traía del conde de Salvatierra. Después de haberme recibido, hice una plática á aquellos señores, que había muy buena gente de Castilla, muy entendidos en todas materias, y fué bien salir de entre ellos con opinión de entendido. Yo empecé mi arenga con decir, que habiendo tantos hombres en Mexico para ocupar aquel lugar, de más capacidad que la mía, el señor virrey me había escogido y me enviaba en nombre del rey, mi señor, y de su teniente el conde de Salvatierra y virey de aquellas provincias, á administrar justicia, y que mis deseos eran acertar, y que pedía y rogaba á aquellos señores, que como chapetón en aquellas partes, me advirtieran en lo que fuere errado, que mis deseos sólo eran servir á mi rey y dar gusto á todos con justicia, que era lo que venía á hacer y no á quitar la sangre á nadie. De aquí dije lo demás, que lo llevaba bien estudiado, que es á donde echan de ver la capacidad del gobernador. Todos me dieron la enborabuena y alabaron mi estilo y el modo de hablar.

Empecé mi gobierno con tanto aplauso de todos, que muchas veces me hallaba confuso de ver lo que hacía y cuán acertado procedí. Hallé en él algunas imposiciones que echaban los gobernadores, que eran cargas muy pesadas para los vecinos y la jurisdicción, cosa que llevaban muy á mal; desto tuve noticia; no dije nada hasta que me empezaron á contribuir; yo pregunté que por qué razón se daba aquello; respondieron que todos los gobernadores lo llevaban. Yo dije: que no siendo cosa que era puesta en razón, que se lo volviesen, que no lo había de tomar; y mandé por auto que aquel tributo no se me debía y que no se cobrase; y despaché por toda la provincia á hacer notorio á todos que no se repartiese ni se cobrase. Con esto no faltaba más que traerme en andas; y dello tuvo aviso el virrey y me lo agradeció mucho cuán desinteresado era. Y por otra parte me valía más; pues saqué mi mercadería, y aunque no se vendía en mi nombre, bien sabía el lugar que era mía, y sólo por saber que era mi hacienda la compraban. Esto tiene un hombre bien recibido y que procura ajustarse á la razón y vivir como cristiano.

Gobierno era este del cual todos los gobernadores que habían sido el más mínimo trienio sacaban cincuenta mil pesos horros. A mí me valió horros diez y seis mil pesos en dos años y tres meses que estuve en él; y de lo que hice de mi hacienda y lo que yo llevaba, que era cosa de consideración, treinta mil reales de á ocho y muchas curiosidades de importancia. Pero tenía una persona que con mi dinero trataba, y como tenía cerca la Vera Cruz, al tiempo de venida de flota y despacho á España, tenía compradas muchas gallinas y terneras y otras cosas para su despacho, de que se hacía mucho dinero; que el gobierno, sin tener alguna granjería, no es cosa para juntar plata.

Yo me porté del modo que os he dicho hasta que vino otro gobernador, que como al conde le hicieron virrey de Lima (1), era fuerza que el que vino había de poner sus criados. Yo no lo pretendí, porque luego vino gobernador y empezó á tomar la residencia.

Úsase en las Indias hacer un regalo de plata á el tal gobernador; mas como yo me hallaba tan bien quistó en la tierra y satisfecho de no haber hecho mal á nadie, lo que hice fué mudarme de la casa é ille á dar la bien venida y de jalle que obrase. El traía en su capricho que le había de dar yo cuatro ú cinco mil pesos, y como veía que empezaba á

(1) Como dejo apuntado en la nota primera, el conde de Salvatierra cesó en el gobierno de la Nueva España el 13 de mayo de 1648, hasta cuya fecha no pudo nombrar su sustituto, don Marcos Rueda y Torres, obispo de Campeche, el gobernador de Jalapa sucesor de Peralta. Si éste gobernó, como dice poco antes, dos años y tres meses, tuvo que ser nombrado hacia febrero de 1646, y transcurrir tres años largos desde su llegada á México hasta su nombramiento para el cargo expresado; lo cual no está conforme, en mi concepto, con lo que de su relación se deduce. Por otra parte, cuando Peralta vuelve á México, todavía es virrey el conde y continúa siéndolo durante los sucesos del desafío y sus consecuencias; y aunque esta contradicción quiera explicarse entendiendo que nuestro indiano, al decir *que hicieron* al de Salvatierra virrey de Lima, se refería sólo á su nombramiento, queda en pie, sin embargo, aquella contradicción y se le añade además la de que gobernando aún de hecho y derecho el de Salvatierra en la Nueva España, tuviera influencia bastante su *futuro sucesor* ó sustituto para quitar oficios á paniaguados del conde y dárselos á los suyos.

hacer la diligencia y que nadie le hablaba, perdía el juicio. Hizo lo que pudo y aun más. Acabósele el término de la visita y remitió á la Audiencia lo escrito, con lo cual me dieron por buen juez y el tal gobernador se quedó sin blanca y yo más bien recibido en el lugar, porque me estuve algunos días hasta traer cierto dinero que aguardaba. Trajéronmelo y despachéme á Mexico, adonde de todos mis amigos fuí muy bien recibido.

VI.

Don Lope ya no tenía casa, porque en la que tenía sucedió en juego una muerte de un caballero, y el conde le mandó que fuera á Palacio y le dió cuarto; de manera que yo no pude asistir con él. Fuíme en casa de un amigo que ya de esto tenía noticia, con intento de buscar otro día un cuarto de casa, como lo busqué y aliñé lo mejor que pude, y fuí á besar la mano al conde, que me recibió como siempre, dándome las gracias de lo bien que había andado y el poco ruido que había dado á los jueces, como suelen algunos gobernadores, dándome palabra que si Dios nos llevase á Lima, que lo mejor que hubiera en el reino me había de dar.

Beséle la mano por la merced, y como había andado de prisa buscando casa y acomodando mi negocio, no había estado despacio con don Lope ni hablado con él de ninguna cosa aquel día, pues cuando salí de Palacio de hablar al conde era tarde. Quedéme á comer con don Lope, pensando que nuestra amistad era como siempre, que no vive el leal más de lo que quiere el traidor. Comimos, y después de comer hablamos en diferentes materias y que no estaba muy sobrado, porque la muerte del caballero le había costado mucho desasosiego y quitádole el garito; que había gastado como si aquello hubiese de ser eterno. Yo le ofrecí lo que traía y que para entre los dos no tenía cosa propia. Agradeciómelo mucho. De lance en lance vinimos á tratar de doña Prudencia, que sabido que había venido, no había tenido un recado de ella; y como yo andaba tan ocupado, que primero

es cumplir con las obligaciones que con el gusto, no había podido ir á vella. Díjome que muchos días había que no sabía de ella desde mi postrera carta; que el recado que con ella envié se le dió, y que la criada que vino por él le había dicho que con estas naos que había venido de China, había llegado un hermano suyo que era muy celoso; y que no sabía otra cosa. Con esto cerramos la plática.

Dióme en el corazón que era mentira todo, y ansí propuse de ir aquella tarde á ver á doña Prudencia. Despedíme y fuíme derecho á su casa. Halléla muy alhajada, más criados que antes y algunas cosas colgadas que me pareció haber visto en otra parte. Recibióme no con aquel agrado que solía ni mi correspondencia merecía,—porque mientras estuve en el gobierno la socorrí mucho más que la daba en Mexico,—cosa que extrañé, diciéndome entre dientes que había venido un hermano suyo de la China y que era imposible entrar en su casa; que la mayor merced que la podía hacer era no acordarme de ella, y otras sequedades muy libres á que no hice reparo, sino desde aquel tiempo la hablé en otro lenguaje y la dí palabra de hacer lo que me pedía, que ya no estaba yo tan enamorado, que el ausencia es gran medicina para esto. Con todo eso tuve una sospecha, porque me vine á desengañar en ver un escritorio que tenía don Lope; no lo tomé entonces por mal, porque pudiera habersele dado con gentileza, que cosa tan vil no había yo de entender del término de don Lope. Despedíme yendo con más confusiones que el mar tiene gotas de aguas, haciendo mil desámenes conmigo y con don Lope, y más, cuando llegaba á entender que éste pudiera haber andado conmigo tan ruinmente. Fuíme á mi posada muy melancólico; no quise cenar, y todo era pensamientos, que en toda la noche no pude dormir, acordándome del modo que me respondió, habiendo yo gastado con esta dama cosa que no lo quiero decir; pero, al cabo, ellas son... tales y como tales han de hacer.

Acordéme que una criada que tenía doña Prudencia cuando teníamos amistad, estaba casada y que la casé yo de mi mano con un criado que llevé de España, y entonces hice lo que pude, de que estaba bien agradecida. Pregunté á perso-

na que me dijo dónde vivía, fuíla á buscar; halléla y que su marido estaba fuera de la ciudad. Así como me vido, me empezó de abrazar y hacer aquellas garambainas que suelen, de llamarme su padre, su remedio y su sólo bien. Yo la pregunté de su salud. Estuvimos en pláticas hasta que ella salió y me dijo que si había estado en casa de su señora. Yo la respondí: «Como ha venido un hermano suyo de China, dice que ya no hay lugar; que le haga merced de no visitalla, y yo le dí palabra.»—Ansí como yo dije esto, se empezó á santiguar y darse una palmada en la frente y decir: «¿Hay tan grande bellaquería?» Y se quedó muda. Yo haciendo del no entendido la dije: «Pues, que hay?, dímelo.»—«Habrá vuesa merced de saber que aquel caballero adonde vuesa merced posaba, que delante de mí le dijo vuesa merced tuviera cuenta de doña Prudencia, que desde aquel día le dió en regalar y dalle muchas galas y envialle muchas alhajas, de suerte que él entraba y salía muchas veces, comía en casa y se quedaba á dormir como si fuera su marido, porque con aquel oficio tenía mucha libertad y era respetado. Que hartas veces decía yo, cuando enviaba vuesa merced los trescientos y cuatrocientos pesos, ¡triste del que está ausente! Y Manuel quiso algún día ir á visitar á vuesa merced; mas temiendo no le sucediese algún trabajo, lo dejó de hacer. No se le dé á vuesa merced nada, que en el lugar hay ángeles, que aunque era muy hermosa mi señora, tenía algunas cosas que la afeaban.»

Yo no me dí por entendido por entonces, despidiéndome de ella hecho un veneno. Fuí á buscar á don Lope; no hallándole en casa, dejé dicho que le buscaba, que me viese; en aquel día no le pude dar alcance. Otro día le vide en un corro de caballeros, alleguéme á él; estuve haciendo conversación hasta que uno á uno se fueron; quedamos solos y le dije: «Don Lope, yo os quisiera hablar y quisiera que no fuera en este sitio.»—Dijo él: «Pues vamos á casa.»—Respondíle: «No es asunto de casa.»—Respondió: «¿Qué negocio tenemos entramos que aquí no se puede decir?»—«Yo os lo dijera, mas no quisiera parte tan pública como es esta.»—«Bien lo podés decir, que bien secreta es esta.»—Ya mi cólera no

lo podía sufrir y le dije: «¿Es de honrados caballeros dejar un amigo como yo he sido para vos encargada su dama y haber hecho lo que habés hecho? Yo estoy desto muy sentido y si dello no me dais bastante satisfacción, soy hombre que la sabrá tomar.»—A las primeras razones me dijo que mentía, y metiendo mano á la espada y yo á la mía, nos embestimos. Acudió tanta gente, que nos desviamos y se puso de por medio, y se envainaron las espaldas, dejándome con un mentís cargado y quitándome la dama de la manera que os aviso.

(Continuará.)





ESTUDIOS SOBRE LONGFELLOW ⁽¹⁾

(VIDA Y OBRAS.)

XXII.

HAN corrido los años: los acadianos desembarcaron en diferentes playas, «siendo desparramados como los copos de nieve, cuando el viento del Nordeste sopla oblicuamente á través de las nieblas que oscurecen los bancos de Terranova... Iban buscando amigos y albergue, pero perdida la esperanza y penetrados de dolor ya no pedían á la tierra más que un sepulcro; ya no le pedían ni un amigo ni un hogar. Su historia está escrita en las lápidas de los cementerios.»

En medio de las ciudades, campamentos y hasta desiertos que han habitado, vaga una joven de facciones abatidas y meditabundas. Busca entre los vivos, descifra las inscripciones de las tumbas como si en ellas quisiera encontrar un nombre; después vuelve á emprender su peregrinación solitaria por el inmenso continente. Algunas voces se elevan para disuadirla de tan infructuosa pesquisa, aconsejándole que olvide á Gabriel y que tome otro marido. «No puedo, responde, es preciso que yo siga la inspiración de mi corazón, lámpara cuya luz ilumina mi camino.—Valor, hija mía, le dice su

(1) Véase la pág. 18 de este tomo.

director espiritual, el P. Feliciano—cumple tu obra, obra de amor, de resignación, hasta que tu alma purificada, fortificada, se aproxime á la perfección y sea digna del cielo.» Sosteneda, acompañada por este noble apóstol, Evangelina vuelve á descender el Mississipí con sus compañeros de destierro, mutuamente unidos por los lazos de la desgracia, del recuerdo y de la esperanza. La pintura del Mississipí, verdadero Océano, que vuelca majestuoso sus ondas, entre márgenes ora risueñas, ora lúgubres, es, aun después de la descripción hecha por Chateaubriand, una de las más admirables que leerse puedan.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto algunas de las octavas, en que á la sonora lengua de Cervantes ha vertido el ya citado Sr. Morla Vicuña esta descripción, una de las más soberbias que conocemos.

Ya los engolfa rauda catarata
entre islas verdes, por pasaje estrecho;
ya corriente veloz los arrebatada
de albos algodones bajo techo;
ó ya entre arenas, cual bullente plata
que en remolino surgen de hondo lecho
al resplandor de diamantina luna,
desembocan en plácida laguna.

Así corre la intrépida barquilla
por el seno del río turbulento,
sobre las selvas que atraviesa, brilla
sereno el azulado firmamento,
y noche á noche en la breñosa orilla
reposan en abierto campamento,
al resplandor de vívidas hogueras,
que con su luz espantan á las fieras.

Albo como el armiño, y elegante,
sobre la onda el pelícano se mece;
vegetación soberbia, exuberante,
del ancho río en las orillas crece,
y como entre esmeraldas el diamante,
entre cañaverales resplandece,

al lado del hogar del Africano,
la mansión luminosa del Sudiano.

Engolfándose van por las regiones
do el ardiente verano hincó su rueda;
en donde de naranjas y limones
se carga la aromática arboleda;
donde embriaga nuevas poblaciones
con su rico perfume el aura leda;
y del Missisipí la honda corriente
dobla en curva magnífica, al Oriente.

Tuerce también su rumbo el débil barco
y entra en un abra plácida y serena;
tenebrosos cipreses hacen marco
á aquella triste, misteriosa escena;
inclinado el ramaje, forma un arco
que de solemne pompa el cuadro llena,
y cuelgan de la copa los festones
como del cenotafio los crespones.

Allí silencio sepulcral se asienta
tan sólo por la garza interrumpido,
ó por buho que anuncia la tormenta
con fatídico, lúgubre chillido,
cuando torna en la tarde cenicienta
de las praderas á su oculto nido;
y el astro de la noche que se encumbra,
como entre ruinas, macilento alumbra.

.....
Cándida aurora en el oriente raya,
y se divisan, entre niebla rota,
los lagos del tranquilo Atchafalaya.
Sobre los pliegues de las aguas flota
de la ninfea la familia gaya,
que entre follaje exuberante brota;
y sobre el grupo que incesante rema
irgue el loto gentil su aurea diadema.

Ostenta el ave matizada pluma,
su rico aroma la magnolia exhala,
el tibio ambiente que la flor perfuma

lánguido de molicie pliega el ala;
y sobre copos de nevada espuma
la pintoresca embarcación resbala
por entre verdes islas nemorosas
bordadas de jazmines y de rosas.

Mientras que Evangelina baja por el gran río, le remonta Gabriel en otro buque salido de la Luisiana. Los dos se buscan, los dos se encuentran; mas ¡ay! no se descubren. En el momento en que los dos buques se cruzan en silencio, el calor del sol sume en reposo á los viajeros. Evangelina y Gabriel duermen, sin conocer que los aproxima el destino: ya les separa mucha distancia, cuando Evangelina despertándose, dice al sacerdote que la acompaña:

«¡Oh P. Feliciano! Siento algo en mi corazón que me dice que Gabriel se halla cerca de mí. ¿Es un sueño insensato, una ociosa y vaga superstición? ¿Ó es que un angel ha pasado junto á mí, y ha revelado á mi alma la verdad?» Luego, sonrojándose, añadió: «¡Ay de mi crédula fantasía! Ya sé que palabras como las que acabo de pronunciar no tienen sentido alguno para vos!»

Sonrió el reverendo sacerdote, y contestó de este modo:

—«¡Hija mía, tus palabras no son ociosas, ni me parecen vacías de sentido. La sensibilidad es á manera de un mar profundo y tranquilo, y la palabra que flota en su superficie es como la agitada boya que revela donde la áncora está oculta. Por tanto, cree á tu corazón; confía en lo que el mundo llama ilusiones. En verdad Gabriel está cerca de ti...» Y reina la majestad del silencio, solamente interrumpido por la estridente nota que lanza el pájaro burlón al internarse en los bosques.

Días después llegan Evangelina y el P. Feliciano á la rica plantación del anciano Basilio, padre de Gabriel. Grande alegría de los acadianos al volver á hallar sus compañeros: grande emoción de Evangelina, que cree encontrar á Gabriel. Pero á sus primeras preguntas: «¡Ay! le dice Basilio con embarazada voz, ¿no habéis encontrado á Gabriel en un buque? Esta mañana misma se ha separado de nosotros, resuelto

para engañar su dolor, á cazar el castor y el bisonte con los salvajes del Norte.» Aquí intercala el poeta una escena de campestre alegría. Los colonos de la Acadia se hallan en el colmo de la felicidad al volverse á ver; solamente Evangelina no participa de ella; solloza y, apenas puede contener los latidos de su corazón que el poeta compara—¡comparación bellísima!—á un nido, de donde han volado los pájaros, y sobre el cual ha caído la nieve.

Con indómita energía, la joven se decide á partir acompañada del sacerdote y de algunos otros para seguir y buscar á Gabriel, viaje que sirve á Longfellow para desplegar su poder verdaderamente mágico de descripción de la naturaleza, y presentar á la atónita vista del lector las diferentes comarcas del Nuevo Mundo.

Pero, por todas partes Gabriel parece huir y desvanecerse ante ella como espejismo faláz. Frecuentemente encuentra calientes aún las cenizas de las fogatas encendidas por él en la soledad. Cree alcanzarle por fin al pie de las montañas Roquizas, cerca de la casa-misión de los jesuitas. «Gabriel, le dicen los buenos Padres, hace seis días que nos ha abandonado, pero aquí volverá para el otoño.» ¡Vana esperanza!

Los campos herbecen, los bosques hojecen, pasan y vuelven á pasar otoños é inviernos sin que Gabriel se haya presentado. Ha partido para los lagos, hanle visto en el Saginaw. Evangelina desafía todos los peligros, todas las privaciones en esta peregrinación infatigable y siempre burlada. Así pasa sus hermosos años; ya está marchita su juventud, ya sus facciones han perdido el brillo, ya sus cabellos se matizan con argentadas tintas. Joven y bella era cuando empezó su viaje: por fin se detiene anciana y desalentada. Fíjase en Filadelfia: el amor vive siempre en ella; solamente ha cambiado de naturaleza; se ha derramado sobre todos los que sufren, en nombre del Señor. Hermana de la Caridad (1)

(1) Perdonemos á Longfellow este anacronismo poético, pues en 1755, año en que por lord Chattam se expidió á los acadianos la brutal orden del destierro, no existían en los Estados Unidos Hermanas de la Caridad. Si nuestra memoria no nos es infiel, en 1805 fué cuando la admirable Isabel Seton,

pasa numerosos años visitando los asilos de la miseria, siempre á la cabecera de los enfermos en los hospitales. Un día cae la fiebre amarilla sobre la ciudad; Evangelina multiplica-se en su caridad. Al verla aparecer, los moribundos tienen el presentimiento de los esplendores divinos, «En sus ojos, dice el poeta, brillan las lámparas de la ciudad celeste y descúbrese que su alma está impaciente por ver abrirse sus puertas.»

En la mañana de un domingo, en una sala del hospital, se aproxima á un lecho, descorre las cortinas. El enfermo se halla en la agonía: le mira, le reconoce, y en piadoso y tierno arrebató, exclama: «¡Oh Gabriel, oh mi adorado!» Al oír este grito el moribundo, presa de delirante sueño, vuelve á ver la blanca casita de su infancia, los ríos festoneados de lujuriente arboleda, las verdes colinas de la Acadia, la aldea y la montaña, y en la misteriosa sombra de los bosques, como en los albores de su juventud, pasar á Evangelina ante sus ojos como una visión espléndida. Intenta pronunciar un nombre, pero se apagan en sus labios balbucientes sonidos. Procura levantarse; su frente helada por el soplo de la muerte cae sobre el hombro de Evangelina arrodillada cerca del lecho. Dulce es su última mirada, pero súbitamente se extingue como lámpara que el viento apaga de repente. ¡Todo, todo había concluído! ¡Esperanza y temores, penas y deseos del corazón, la larga espera inútil, la profunda desesperación, la pesada paciencia! Oprimiendo por última vez la yerta frente sobre su seno, Evangelina muere dulcemente, murmurando: «¡Padre, gracias!»

Esta patética y conmovedora escena, así como todo el poema, terminan con estos hermosos versos, de ritmo grave y lento como fúnebre salmodia (1):

criatura extraordinaria, santa, enérgica y alegre á lo Santa Teresa de Jesús, fundó en Emmestburg, cerca de Baltimore, las primeras Hermanas de la Caridad de los Estados Unidos. Pero, ¿no es una falta feliz de cronología colocar á la intrépida y amorosa Evangelina entre las primeras compañeras de aquella valiente cristiana, que atravesaba la vida parafraseando el *¡Excelsior!* de nuestro poeta con estas palabras: *¿Siempre adelante, nunca hacia atrás, siempre hacia arriba?*

(1) Hemos tomado estos versos que como con llave de oro cierran el

«Tranquila se alza la selva primitiva; pero no lejos de su sombra, el uno al lado del otro, duermen en sus tumbas anónimas los dos amantes. Bajo las humildes paredes del pequeño cementerio católico, en el corazón de la ciudad, descansan desconocidos é ignorados. Diariamente, con las olas de la vida afluyen y refluyen en torno suyo miles de corazones palpitantes, mientras los suyos yacen para siempre; miles de cerebros adoloridos, mientras los suyos ya no piensan; miles de manos trabajadoras, mientras las suyas han cesado de trabajar; miles de piés cansados, mientras los suyos han terminado su jornada.

Tranquila se alza la selva primitiva; bajo la sombra de sus ramas vive otra raza con otras costumbres y otra habla. Sólo á lo largo de la costa del melancólico y brumoso Atlántico quedan unos pocos aldeanos acadienses, cuyos padres, desde el destierro, volvieron en peregrinación á morir en el seno de su suelo natal.

En la choza del pastor aún funcionan el torno y el telar; las jóvenes aún usan sus tocados normandos y las capellinas de tejidos caseros, y á la luz del crepúsculo vespertino se refiere la leyenda de *Evangelina*, en tanto que desde sus cavernas pedregosas la voz profunda del vecino Océano con desconsolados acentos responde al lamento de la selva.»

XXIII.

Tal es este poema, que, por lo noble de la inspiración, la gracia sencilla y conmovedora, la pureza de la forma, digna del pincel de Murillo, puede compararse con las más hermosas y delicadas concepciones del espíritu humano. Idilio tierno y gracioso en su primera parte, deja en el alma su lectura,

poema de Longfellow, del manuscrito en que con escrupulosidad y directamente del inglés ha traducido á *Evangelina* nuestro amigo D. Juan de Izaguirre. La casa *Gaspar Editores* va á dar á luz este poema, precedido de un prólogo, tan concienzudamente pensado, como gallardamente escrito que firma *Macías Coque*.

la placidez, que acompaña siempre al espectáculo de una naturaleza grandiosa, iluminada por sol espléndido, y á las escenas de costumbres campestres, en las que se destaca la sencillez sin grosería y el mutuo afecto sin las hipocresías refinadas de la ciudad culta, donde se ve al Paraíso sin la repugnante serpiente tentadora, pudiéndose aplicar á Longfellow sin violencia alguna los delicados versos de Virgilio (Egloga 5.^a):

*Tale tuum carmen, nobis, divine Poeta,
Quale sopor fessis in gramine; quale per cæstum
Dulcis aquæ saliente sitim restinguere rivo.*

«Tal á nosotros tu cantar, Poeta,
cual al cansado viandante el sueño
reparador sobre mullido césped;
cual por ardiente estío
calmar la sed en la agua cristalina,
del fresco manantial, que puro brota.»

Un crítico respetable, M. Philarete Chasle, á cuya opinión no podemos acostarnos en todas sus partes, ha dicho de *Evangelina*: «Como idilio americano el poema de Longfellow es admirable: lo que falta á su obra es la pasión. La pintura del amor de los desposados, el nacimiento y progreso de este afecto no se indican. Parece que todo el ardor de inspiración de que dispone el autor no puede extenderse en el mismo país y no tiene inspiración sincera sino para aquella naturaleza sublime y original que le rodea.»

¿Que no hay pasión en este poema? Lo concedemos si por tal entiende el crítico francés las violencias y contorsiones de energúmeno, las actitudes arrebatadas que en el vértigo de la locura llaman al infierno, cuando se ven despreciadas del cielo, los acentos de la cólera que impotente se revela en maldiciones, blasfemias ó asesinatos; pero si por pasión debemos entender la emoción que revuelve y agita al alma en sus más profundas entrañas, que se conserva en todos los instantes de la vida á través del tiempo y del espacio, que

persigue incesantemente su objeto, desdeñando los placeres y comodidades que ofrecerle pudieran la renuncia de su ídolo, esto lo hallamos en *Evangelina* escultóricamente estampado. Bella es la ola cuando, sacudida por el aliento del huracán, asciende airada por el espacio, llenando al alma de terror; ¿pero será menos bella, menos poética cuando rizada por la brisa se tiende con manso arrullo por la superficie del mar copiando en su cristal el firmamento?

Semeja entonces, bruñida, inmensa luna veneciana halagando dulcemente al alma, sin retorcernos los nervios, y sin embargo sabemos que incontrastables corrientes la están removiendo en sus profundidades. ¡Ah! el crítico cuyo aserto combatimos no hubiera afirmado tan de plano la carencia de pasión en el inmortal poema de Longfellow, si hubiese tenido presente que así como el músico halla en el silencio de las dulces emociones armonías inmensas (1), quien sabe ver y sentir, encuentra en la tierra inquietud de una mirada, todo un poema de amor; en un suspiro inflamado ó en la lágrima que oscila, al vendabal del infortunio, toda una tragedia; que todas las grandes pasiones, como los grandes dolores, son mudas, pues

«El río, cuanto más lleno,
oculta mejor el fondo,
y á medida que es más hondo
aparece más sereno» (2).

El volcán cubierto de nieve es en *Evangelina*, más que una metáfora brillante, una verdad que palpita en las mismas entrañas del poema; que tal ha sido la intención del poeta, se ve con claridad expresado al final de la introducción, cuando dice:

Los que pensáis que amor en su nobleza
esperar y sufrir sabe paciente,

(1) Del Sr. Morla Vicuña.

(2) Lamartine, citado por el P. Félix en sus *Conferencias sobre el Arte*.

los que admiráis la heroica fortaleza
de la mujer que sus martirios siente,
oid la historia de mortal tristeza
que con voz lastimera y elocuente
refiere el aura acariciando el pino:
es un amor que combatió el destino (1).

XXIV.

Si hermoso es este idilio bajo el aspecto literario, y por la pintura verdaderamente maravillosa que contiene de la naturaleza exuberante de la *joven* América, no menos bello y radiante es bajo el punto de vista moral y religioso: pudiera decirse que es una rosa acompañada de espinas; una alegre sonrisa, coronada por una lágrima, por un acento de dolor resignado, que espera los gozos celestes. Lúgubre parecerá este desenlace, á los que se complacen, en que las novelas y poemas terminen en un vulgar matrimonio, ó en risotadas de báquica orgía; pero tales ficciones no son fieles retratos de la vida, que verdaderamente es una cruz, que debe esmaltar el propio esfuerzo, unido á la gracia de Dios; que si tiene su Thabor, también le acompaña su Calvario.

Supongamos que es muy otro el desenlace del poema *Evangelina*; que en vez de dirigirse á la ciudad de Guillermo Penn, la hija del colono Benito encamina su planta hacia el lago Salado para vivir con los Mormones, *Santos de los últimos días*, que merecen mejor el nombre de Santos de la última estofa. Allí Evangelina encuentra á Gabriel, casado con muchas mujeres, y ya padre de numerosos hijos. Le quiere hablar de su purísimo y fiel amor, de su adorada Patria, del Dios de sus padres, de las torturas de su corazón. Pero, ¡amor! ¿Y qué significa esta palabra, la más dulce del lenguaje humano? ¡Un Dios! ¿Y dónde está? ¡La Patria! ¿Y para qué? ¡Sufrir! ¿Y por qué? ¡Sueños, ficciones de calenturienta fantasía, inútiles tormentos con que se fatiga un loco! ¡Bravo por los

(1) D. Adelardo López de Ayala en el *Nuevo Don Juan*.

ingleses que han despojado á los acadianos: eran los más fuertes! ¡Gabriel ha hecho muy bien en tomar otra mujer, y las palabras que usa Evangelina, no existen en el Diccionario, ni les presta hospitalidad la historia!

Si tal fuese el desenlace, no habría poema, lo que no sería un grave mal, si en esto consistiesen los progresos de la ciencia, que niega lo maravilloso y sobrenatural, intentando reducirnos á la realidad (1). Pero no es la poesía lo que sucumbe bajo los golpes de lo negativo y del positivismo, sino la misma realidad, tan afanosá como ilógicamente defendida por ciertos pretensos doctores. No nos seduce la poesía, sino porque nos hace más amable lo digno de ser amado, más admirable lo que debe ser admirado y más sensible lo que debe ser sentido. La prosa vulgar no tiene razón, y sí el entusiasmo y la fe. Dios y amor, alegría y esfuerzos, lucha y ar-

(1) Nos apasionan los poetas, son los representantes de las más nobles facultades del alma, y quisiéramos hacer á nuestros lectores partícipes de esta pasión; por este motivo, y aun más por ajustarse á nuestro pensamiento, expresado en el texto, no dudamos en fortificar nuestros conceptos, con las estrofas, dignas de Juvenal, que el ilustre vate Sr. Núñez de Arce, lanza como acerada ardentísima flecha, sobre la innoble sectá darwiniana. Hélas aquí:

¡Ay! si es verdad lo que la ciencia enseña,
 ¿por qué se agita y sueña
 el hombre, de su paz fiero enemigo?
 ¿A qué aspira? ¿Qué anhela? ¿Qué es en suma,
 el genio que le abruma?
 ¿Fuerza ó debilidad? ¿Premio ó castigo?

—
 Honor, virtud, ardientes devaneos,
 imposibles deseos,
 loca ambición, estéril esperanza;
 horrible tempestad que eternamente
 perturbas nuestra mente,
 con acentos de amor ó de venganza;

—
 Conciencia del deber que nos oprimes,
 ilusiones sublimes
 que á más alta región tendéis el vuelo;
 ¿qué sois? ¿A dónde vais? ¿Por qué os sentimos?

dor, lágrimas y fidelidad, maravillas del alma y esplendidez de la naturaleza, todas esas palabras, que, como flores brillantes, componen el riquísimo ramillete que se llama *Evangelina*, son las palabras verdaderas, las sacrosantas palabras de la vida. Borrirlas es reemplazar la realidad con sueños; es buscar quimeras abandonando el oro purísimo de la verdad; es mecerse en nubes preñadas de electricidad mortífera. Si valle de lágrimas es la vida, ¿á qué privarla de los bosquecillos, que lo refrescan; de las montañas, que lo coronan; del cielo, que le sirve de espléndido y fortificante pabellón? Seamos justos: dejemos á todas realidades su poético manto, y seamos agradecidos á los poetas que iluminan nuestra alma, con el sol radiante de la admiración.

No es sólo moral y religioso este poema admirable; es, además, católico. ¿Quién personifica elocuentemente el dere-

¿Por qué crimen perdimos
la inocencia *brutal* de nuestro abuelo?

.....

¡Al árbitro del mundo!... ¡Qué sarcasmo!
Perdido el entusiasmo
sin esperanza en Dios, sin fe en sí mismo,
cuando le borre su divino emblema,
esa ciencia blasfema,
como la piedra rodará al abismo.

—

Caerá de sus altares el Derecho
por el turbión deshecho;
la Libertad sucumbirá arrollada.
Que cuando el alma humana se oscurece,
sólo prospera y crece
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

.....

¡Ay, si recuerda que en la selva umbría
la bestia no tenía
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
Entonces la revuelta muchedumbre
quizás, Europa, alumbre
con el voraz incendio tus ciudades.

cho y la dignidad humana, hollados por la fuerza brutal? Un pobre párroco de aldea, sin más armas que un crucifijo de madera, y su palabra llena de unción y mansedumbre. ¿Qué protestas se elevan contra las saturnales del despotismo? Humildes *Padres Nuestros* balbuceados entre sollozos y lágrimas por las víctimas resignadas. ¿Quién sostiene á Evangelina, quién acendra su amor y lo eleva hasta las más sublimes cimas de la abnegación y del sacrificio? El P. Feliciano, que caritativo y prudente, dirige é ilumina su conciencia. ¿Quién la acoge, quién la conforta, con el bálsamo del consuelo, en medio de las angustias de su incesante y siempre burlada peregrinación? Misioneros, jesuitas, avanzadas de la civilización y del progreso en las soledades del Oeste. ¿A qué puerto se refugia su lacerado corazón? Al que le ofrece una comunidad religiosa, para ejercitar la caridad, que rebosa su alma. ¿Y qué escena final corona tan conmoventes cuadros? La agonía y muerte de un anciano en un hospital, acompañado de una hermana de la Caridad, en otro tiempo su amada, que balbucea por y sobre él las últimas plegarias, y muere dando gracias á la bondad divina. ¡Oh sí! este poema es católico; que solamente el catolicismo, inmensa pirámide de luz y de verdad, puede ofrecer tan espléndidas bellezas, maravillas tantas, como las que avaloran á *Evangelina*.

Que el genio de Longfellow era creyente y altamente religioso, lo habrán podido observar nuestros lectores: y no se nos replique que esta tendencia era pasajera; que era un simple accidente exigido por el arte, no; pues siguiendo las huellas de su musa, y á medida que va avanzando más en el camino de la vida, vese acentuar sus creencias religiosas; que las altas cumbres más próximas al cielo, sienten más la atracción de lo infinito.

Véase cómo revela su fe en la inmortalidad, y con qué galanura é imágenes nuevas y brillantes la recama, en la siguiente poesía, rotulada *Resignación*: diríase que alentaba en su corazón la poderosa fe de los siglos medios, expresada por el Hércules de la poesía católica, cuando exclamaba en su *Divina Comedia*:

*¿Non v' accorgete voi che noi siam vermi
nati á formar la angelica farfalla?*

¡La muerte!... ¿Y qué es la muerte?
Una palabra hueca.
Un tránsito es tan solo
lo que esa voz expresa.
¿Qué es más que un pobre barrio,
nuestra vida terrena,
de la ciudad elísea,
de quien la muerte es puerta?

No ha muerto, no, la niña
de nuestro amor: á aquella
escuela subió, donde
el mismo Cristo enseña.

Llevada por su Ángel
custodio, en la serena
reclusión del celeste
convento, no la inquieta
del mundanal pecado
la tentación aviesa.

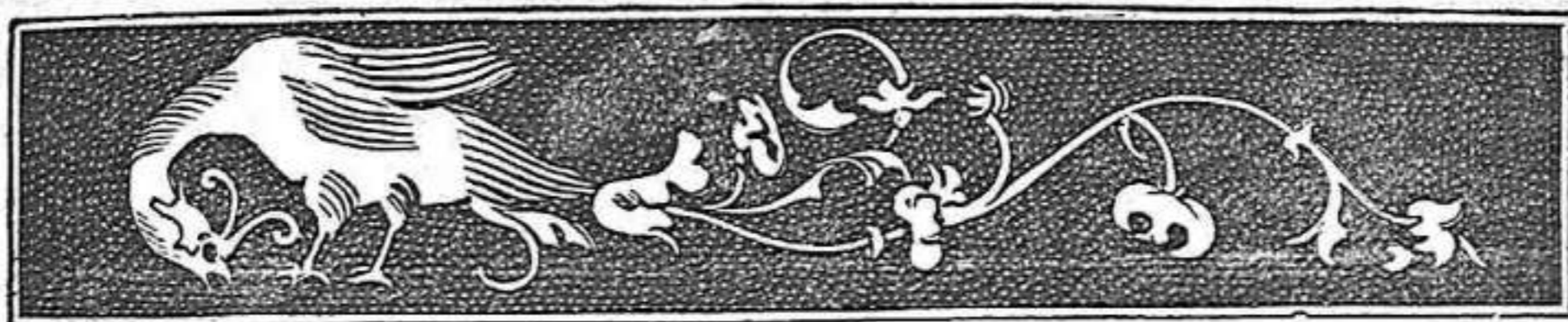
Allí vive dichosa
en la región etérea.
Seguirla allí podemos;
día por día verla,
más firme el tierno paso,
y su gentil belleza
brillar día por día
más pura y más perfecta.

No á hallarla volveremos
graciosa niña tierna;
sino gallarda joven
de hermosura suprema,
adornada con todas
las celestes preseas (1).

VÍCTOR SUAREZ CAPALLEJA.

(*Se continuará.*)

(1) Traducción del Sr. Baquero Almansa.



LA JUVENTUD DORADA⁽¹⁾

EL BARÓN DE MONTBRÚN.



Al comenzar el año 1619, aquel molino que tanto molía no era ni su sombra; sus viejas vigas, no pudiendo sostener el techo, se hundió. En cuanto á las paredes, las lluvias y el sol, combinados, acabaron por abrir anchas grietas. La suerte del molinero no podía ser peor.

Cuando menos lo pensaba, apareció un sér muy singular.

—¿Vendes este molino?—preguntó.

—¡Sí, señor!

—¿Cuánto quieres por él?

—Veinte onzas—respondió tímidamente el molinero, con el fin de obtener la mitad.

—Trato hecho—dijo el desconocido entregándole el dinero.

¿Qué iba á hacer de aquellas ruinas?

Nada, aparentemente, puesto que seis días después de firmar el contrato de venta, una cuadrilla de obreros púsose á trabajar y demolió pieza por pieza el molino erigido por el antiguo molinero. En menos de quince días el solar estaba limpio; mas en seguida llegaron nuevos obreros con

(1) Véase el núm. 17c, pág. 426.

los materiales necesarios. Un mes después, los trabajos habían tomado otra forma: era evidente, para los habitantes, que se edificaba un nuevo molino en el sitio del primero y que reuniría todas las magnificencias del arte moderno.

En efecto, al fin de la estación, un soberbio y vasto establecimiento reemplazaba al caserón desmantelado que descomponía antes las bellezas del paisaje.

Durante ese tiempo, los peones habían desmontado una gran extensión de terreno, en el cual trazaron paseos, donde plantaron macizos canastillos de rosales, flores vivaces, respetando los magníficos castaños que bañaban sus pies en el cristalino río. Una mañana los habitantes fueron despertados por un ruido de que estaban privados cerca de un año; ya habían perdido la costumbre: era el ruido de la rueda que trituraba el grano.

Mientras que los obreros trabajaban, un nuevo comercio había surgido en la aldea, el del posadero: para dar de comer y de beber á los albañiles, carpinteros, pintores, tejeros y otros artífices de todas las profesiones que se habían sucedido durante la estación, un industrial emprendedor había alquilado la casa más grande del pueblo y había puesto su muestra.

Cuando un pueblo tiene un mesón, ya está fundado; por poco listo que sea el hostelero, sabe atraer á sus primeros parroquianos, éstos le recomiendan á sus amigos y conocidos, y la prosperidad sigue.

Así, cuando la primavera siguiente vió afluir al molino á los labradores, cuando el jardín echó las primeras hojas, cuando las platabandas se cubrieron de flores, cuando el sol de mayo vino á alumbrar sus blancas paredes, los habitantes transportáronse de gozo.

Su posada no se desocupaba; las carretas se sucedían sin cesar en el camino, bien cuidado: ¡era un milagro! Jamás, en el tiempo del antiguo molinero, tal cohorte se había precipitado en ese rincón perdido.

Cuando se preguntaba á un labrador dónde llevaba el trigo, respondía:—¡Al molino Galante!—Este nombre linsojeó á los naturales.

Poco á poco y á medida que el pueblo aumentaba, tomó importancia el nombre; se propagó en el País tanto, que aun subsiste, sin saber quizás á que concreto origen se remonta.

¡Este fenómeno de crecimiento se había realizado en menos de quince años! Todo porque á un hombre rico, sin duda, se le ocurrió venir aquí á ejercer su oficio. Los habitantes no estaban aun repuestos de las sorpresas diarias, cuando hacia el comienzo del año 1632 vieron afluir al molino, no solamente labradores, sino caballeros. Era el colmo. ¡Cómo! ¿Gente de esa clase en una casa de un molinero?

Sí, ciertamente, no había medio de engañarse: sus chambergos, sus vestidos de terciopelo, sus tizonas, sus botas adornadas con encajes, revelaban su alta alcurnia.

Cada vez que un recién llegado alzaba el macizo aldabón de hierro, una rueda puesta en medio de la puerta giraba sobre sus goznes, y una cabeza se mostraba detrás de la reja.

—¿Qué queréis?—decía una voz.

—Vengo á traer un saco al molino—respondía el caballero.

—¿Cuánto es?

—Veinte.

Después de este breve y raro diálogo que se había repetido invariablemente durante todo el día, la puerta se abría de par en par para dejar entrar al jinete y al caballo, en seguida se cerraba sobre ellos asegurándola con cerrojo. Ninguno de los que habían entrado, había salido cuando anocheció.

Barthez, guapo mozo, era rico, vivía muy bien, y para que nada le faltase, estaba casado con una mujer buena y bella; para colmo de ventura, les había nacido una niña, ya era mocita entonces; viva, alegre, graciosa, juguetona, era sus delicias.

Su precoz inteligencia, su ingenio, su afición al estudio, decidieron á sus padres á educarla, no con arreglo á su modesta clase, sino como una señorita de calidad. Pronto manifestó que lo merecía, aprendió mucho en poco tiempo, hizo prodigios, obtenía las mejores notas, admirábanla sus

compañeras. Tenía una voz sonora, flexible, bien timbrada; su aire, sus maneras contrastaban con todas las demás; sin embargo, lejos de tenerle envidia, reconocían su superioridad.

Las gentes que no entraban, viendo la afluencia de caballeros y oyendo el estruendo de las fiestas, murmuraban quizás las nupcias de Camila. No estaban al cabo. Al ponerse el sol, se vió desembocar de la carretera un joven caballero, escoltado por un lacayo. Llegados al molino, llamaron, la rejilla se abrió y la misma voz se hizo oír.

—¿Qué preguntáis, qué pedís?

—La hospitalidad para esta noche, mi amigo.

—Idos al diablo—prorrumpió la voz brutalmente.

Furioso el caballero, dijo:

—Si no abres, te prevengo que voy á echar á bajo la puerta.

En vez de temblar ante esta amenaza, la voz se alejó, lanzando una carcajada.

—¡Jacobó!—gritó el caballero cuyo dedo señalaba la puerta á su lacayo.

Bastaba verle para adivinar que ese Jacobo poseía una fuerza hercúlea.

El Barón había amenazado con derribar la puerta, le había mirado, era bastante.

Aquél vaciló algunos instantes, pero al fin se decidió.

No esperaba más Jacobo; tal era su celo ó su condición; sea cualquiera el móvil que le impulsaba, era loable.

A este ruido, los paisanos acudieron.

Cuando vieron que el molino estaba amenazado, miraron tomando una actitud hostil.

Jacobó se volvió apenas.

—¿Qué es eso?—dijo, sin siquiera cambiar de postura.

En cuanto al Barón, no pestañeó.

Después de la avaricia, lo que domina el paisano es la prudencia.

Cuando vieron con qué facilidad esa especie de Alcides ponía en movimiento ese tronco de árbol que seis de ellos no habrían arrancado con gran trabajo, se callaron, sin retirarse.

Poco importaban á Jacobo los sentimientos más ó menos afectuosos que les inspiraba su primer éxito.

Al tercer envite saltó una tabla, rechinaron los cerrojos, torcióse la cerradura. El ruido causado por Jacobo atrajo al molinero.

—¡Alto ahí! ¿creéis que vais á tomar mi molino por asalto?

—No sería el primero—replicó Jacobo.

Estas primeras palabras fueron preludio de un altercado que no hace al caso mencionar; al fin entraron.

—Soy el Barón de Montbrún—dijo el caballero...

Oyendo esto, Barthez y su señora hicieron una profunda reverencia.

Diéronle el mejor aposento.

¡Qué más quería!

Cuando se disponían á cenar, se abrió una puerta y un caballero de grave continente entró en la sala.

—¡Ah! ¿qué pasa?—preguntó severamente.

Remigio alzó la cabeza y echó sobre el molinero una mirada de asombro.

¿Quién era ese personaje? ¿De dónde venía?

Sin embargo no se movió. ¿Por qué?

Porque Barthez le había exigido como condición precisa oír, ver y callar.

Cuando menos lo esperaba, satisfizo su curiosidad.

—¿Quién es ese caballero? ¿Ese señor?—dijo el otro caballero, designando á Remigio con un gesto desdeñoso.

Barthez guardó silencio.

—¿Responderéis?—insistió el caballero.

—¡Dios mío, señor!—balbuceó el molinero,—es un caballero que venía á pedirme hospitalidad, y que hallando la puerta cerrada, se puso á derribarla.

—¿Lo consiguió?

—No enteramente, pero poco faltó.

—¿Vuestros criados no estaban allí para impedirlo?

Remigio se estremeció y su faz se puso pálida.

—¡Criados!—dijo con trémula voz.—¿Es á palos como reciben á los caballeros en vuestra casa?

Como principio de una conversación, las palabras del caballero y la respuesta que había seguido no eran ciertamente para calmar los espíritus.

Remigio y el incógnito se desafiaban ya con la mirada y llevaban la mano á su espada.

—¡Señores! Os imploro—dijo Barthez, que creyó deber intervenir,—¡nada de explicación violenta! Pensad en mi esposa y en mi hija, que están en la pieza inmediata.

—Querido Barthez—contestó el caballero,—en toda circunstancia sabéis que hemos respetado la hospitalidad que nos dais; pero hoy el caso es diferente. No podemos sufrir que un intruso...

—Decididamente—interrumpió Remigio, con una sonrisa que disimulaba mal la cólera que sentía,—¿es un duelo lo que deseáis conmigo?

—Habéis estado lejos de comprenderlo.

—Estáis en un error; siempre me hallo dispuesto á eso. Toda la cuestión es que soy huésped de alguno aquí; ¿estoy en casa de un molinero ó en la vuestra?

—Estáis en la mía—contestó categóricamente Barthez.

—Entonces, ¿qué quiere de mí ese personaje? Nunca le he visto.

—Señor, soy el Vizconde d'Espayrac—dijo el caballero con altanería.

—¿Vos el Vizconde d'Espayrac?—gritó Ramiro dando un paso adelante.

Su faz se contrajo; un relámpago de odio feroz brilló en sus ojos.

—Sí, señor, yo. Diga lo que diga Barthez, tengo tanto derecho de estar aquí como él. Así, no sufiremos que un extranjero se imponga por la violencia en una casa que nuestra sola presencia debía bastar á proteger.

—¿Es que creéis impedírmelo?—preguntó Remigio con voz atronadora.

—Yo y los diez y ocho caballeros que me han enviado contra vos.

—¡Ah! que me place; acéptolo gozoso, siendo por vos por el que yo comience, ¡miserable!—gritó el joven Barón, inca-

paz de contenerse. Lo comprenderéis cuando sepáis quién soy. Yo me llamo el Barón de Montbrún, ¿entendéis?

El Vizconde palideció, retrocedió dos ó tres pasos y tiró de la espada.

Remigio no se hizo rogar para imitarle. Un choque terrible era inminente si no se hubiera abierto la puerta de la pieza contigua. La aparición de la molinera y de su hija lo evitó.

De un golpe de vista apercibieron las dos la hoja de las espadas que ambos caballeros iban á cruzarse.

Camila, por un movimiento más rápido que el pensamiento, se precipitó entre los dos combatientes.

—Yo os lo suplico, señores—dijo;—meted en la vaina vuestras espadas. Hay aquí ciertamente alguna horrible maledicencia. Vosotros no os conocéis, nunca os habéis visto; no puede haber entre vosotros ningún motivo de odio.

—¡Ningún motivo!—gritó Remigio.—¡Ah! Si supiérais, señorita...

—¡Qué! ¿habéis ya encontrado á Mr. d'Espayrac?

—¡Jamás! señorita.

—¡Y bien! entonces...

—Deteneos, señorita—dijo Remigio,—mirad con atención á ese hombre; es el asesino de mi padre y yo vengo desde París para matarle.

Camila retrocedió de horror.

—Yo no he asesinado á Mr. de Montbrún; le he matado en un combate leal.

—¡Mentís! Ese combate no era leal, porque del mismo golpe habéis asesinado á mi madre, muerta de dolor, é hicísteis un huérfano. Además, no ignorabais que mi padre estaba enfermo y no podía sostener la espada.

—¡Una palabra más!—rugió el Vizconde.

—Sí, miserable, yo lo repito—dijo el joven caballero,—porque si se han de creer los rumores del país, la muerte de mi padre no es la sola que tenéis que reprocharos. Sabéis lo que quiero deciros ¿no es verdad? ¡Vamos, seguidme, pues, señor!

—¡Es V. el que lo quiere!—gritó el Vizconde con un tono amenazador.

Camila se había echado delante de Ramiro; la molinera se esforzaba para detener al Vizconde; mas á pesar de sus tentativas, ambos caballeros la iban á rechazar, cuando una tercera puerta se abrió, la del fondo, y una nueva cara apareció sobre el suelo. Era Jacobo.

Jacobo lanzó un suspiro de deshogo y levantó sus ojos al cielo en acción de gracias.

Al mismo tiempo aprovechando la llegada de un personaje, deslizóse detrás del Vizconde y murmuró rápidamente algunas palabras á su oreja.

Mr. d'Espayrac se volvió para mirarle; la noticia que le había dado debía ser inverosímil cuando él dudaba.

Jacobo bajó la cabeza afirmando.

A su vez, el Vizconde pronunció dos ó tres palabras y huyó tapándose la cara con las dos manos.

ADOLFO MENTABERRY.

(Se continuará.)





EL MEFISTÓFELES DE BOITO

I.



PERDÓNENME los ilustrados lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA. Estoy, por lo visto, condenado á las comparaciones.

Ayer se trataba de artistas; hoy se trata de obras. Hoy, como ayer, la presión viene de fuera; hoy, como ayer, otros han comparado antes que yo. Si me lanzo, pues, al ingrato campo del paralelo, es porque á ello me impulsan los que me han precedido en tan desagradable cuanto en esta ocasión inoportuna tarea.

El estreno de la ópera de Boito, titulada *Mefistófeles*, ha dado margen á ello, y la circunstancia de ser el maestro italiano compositor y poeta á la vez, autor del poema al mismo tiempo que de la música, parece dar cierta autoridad á los que tratan de apoyar sus argumentos en la importantísima parte que al libretista corresponde en esta ocasión.

Declaro paladinamente que no me siento con fuerzas para comparar la música del *Fausto* de Gounod, con la del *Mefistófeles* de Boito.

Si hay quien prefiere la segunda á la primera, buen provecho le haga; si hay quien dice que el *Fausto* de Gounod es una *viñeta* al lado del *Mefistófeles* de Boito, llévase el cuadro

en hora buena, que yo con la *aleluya* me quedo. Es cuestión de idiosincrasia artística y no hay jurisprudencia establecida sobre el asunto.

Pero independientemente de estas opiniones más ó menos bizarras, estimo que puede perfectamente discutirse el valor de los dos poemas, para establecer los puntos de comparación que entre una y otra música pueden existir.

Vamos á tratar de eso por ahora; más tarde hablaré largo y tendido de la ópera italiana, que ha sido, como dirían los franceses, *le clou* de la temporada actual.

Respecto al poema de *Mefistófeles*, la frase es sacramental.

—Boito ha condensado en el libreto de su ópera el *Fausto* de Goëthe.

Ni más, ni menos. Esto se ha dicho, esto se ha repetido y esto se ha escrito en caracteres de imprenta.

Vamos á verlo, vamos á examinar el poema de Boito; examinaremos después el de Barbier y Carré, puesto en música por Gounod, y compararemos.

Ante todo, ¿qué es el *Fausto* de Goëthe? Á este propósito, una digresión indispensable.

Es creencia por algunos admitida, que en el mapa de la ilustración y la cultura, España figura con colores negros. Los que tal creen, nos calumnian odiosamente. Prueba al canto.

Abro el *Fausto de Goëthe*, ÚNICA TRADUCCIÓN COMPLETA por *Henri Blaze* (de Bury) (1), y empiezo á leer el extensísimo y luminoso *Ensayo sobre Goëthe y el segundo Fausto*, que figura como prólogo.

Blaze de Bury debuta en las siguientes líneas, sobre las que me permito llamar toda la atención de los lectores. Traduzco libremente, porque una traducción literal es de todo punto imposible.

«Hay obras generosas y fecundas entre todas, pero que parecen al pronto inaccesibles; hasta tal punto produce espanto á primera vista á las inteligencias perezosas, obligán-

(1) París, Charpentier, 1869 (12.^a edición).

dolas á retroceder, la exuberancia de imaginación, que parece prohibir su acceso; obras en que todas las ideas y las formas todas se cruzan mezcladas y flotan sin cesar en luminoso vapor cercano á la claridad. Tan pronto aparece el símbolo que al contacto vespertino mece su flor de loto entreabierta; tan pronto la oda que canta extendiendo en el azul de los cielos sus alas de águila; tan pronto, en fin, la sátira que silba bajo vuestros piés como una serpiente. Todas las cosas del espíritu, todos los tesoros de que el espíritu dispone se encuentran acumulados, como por milagro, en estos mundos del pensamiento. Tal es la segunda parte del *Fausto*.

» Quien abra ese libro, único quizá en el dominio de la poesía, vacilará al principio y renunciará para siempre á la obra maestra, á no estar dotado de esa especie de espontaneidad escéntrica (*sic*) que permite suplir con su propia inteligencia á la oscuridad de un pasaje y arrojar viva é instantánea luz sobre un lugar tenebroso, de tal suerte, que el espíritu pueda continuar su marcha sin obstáculo, amén de poseer además un gran fondo de perseverancia.

» Las dificultades abundan, en efecto, y se multiplican hasta lo infinito; la tentativa gigantesca de un hombre que reúne en la misma epopeya á Elena y Fausto, á Paris y Wagner, los Kabiros y los Vulcanistas modernos, las *ideas* de Platón y las *matrices* de Paracelso; la actitud poderosa de ese Emperador singular, que sostiene al antiguo mundo con una mano y con la otra al mundo moderno, pesándolos tan pronto gravemente, como entreteniéndose en chocarlos entre sí, para jugar más tarde en su fantasía con las mil chispas sonoras que pueden del choque producirse; hay en todo eso algo que asombra y espanta...

» Sucede con este libro como con un templo antiguo, perdido en sagrado bosque, del cual surgen sonoridades brillantes. Los platillos vibran, suenan los clarines, la voz de sacerdotisas delirantes domina al coro. Extraviado el extranjero, que ignora los misterios que allí se celebran, se turba al oír tan desusados acentos; palidece y quiere huir, mientras el iniciado, firme é inmóvil, escucha con recogimiento, apoyada la frente sobre el mármol del pórtico.

»No importa; empezad la lectura de ese gran libro con la firme resolución de no retroceder ante los primeros obstáculos; dejaos distraer, como niño curioso, por los mil detalles que se encuentran; tomadlos por lo que son, tan pronto perlas á orillas del Océano, tan pronto granos de arena sobre el camino. Á través del día ó del crepúsculo, llegad hasta el fin, y cuando hayáis alcanzado la meta, enjugad el sudor de vuestras sienes, tomad aliento un instante, y después... poneos á trabajar de nuevo, volved á empezar.»

Un poco más adelante, y para justificar los inmensos peligros de semejante empresa, Blaze de Bury, añade:

«Á las dificultades de lenguaje, que son inmensas (en ninguna otra parte sufre el estilo de Goëthe una acción más inmediata de su despótica voluntad; en ninguna parte ostenta más ciencia en los períodos, más precisión en los diálogos, más variedad en los ritmos), vienen á unirse los escollos de toda clase que necesariamente surgen para la interpretación de la alegoría y del símbolo. En cuanto se ha vencido la letra, preséntase el espíritu y resiste. Goëthe envuelve en una doble corteza de granito el diamante de su pensamiento, para hacerlo, sin duda, más imperecedero. Á la inteligencia toca ejercer valerosamente el oficio de lapidario.»

Ahora bien: ¿qué diría Blaze de Bury si supiese que en Madrid hay una porción de caballeros particulares, muy apreciables todos, que, en cuanto se presenta una ocasión propicia, hablan del *Fausto*, de Goëthe, con la misma formalidad y despreocupación que si se tratara de la *Mascotte*, del *Boccaccio* ó de *La familia del tío Maroma*?

Sépalo, pues que seguramente lo ignora, el eminente escritor francés que ha dedicado las vigilias de su larga carrera al estudio de Goëthe, de Shakespeare y de Meyerbeer.

Aquí en Madrid, no debe haber por ahora, quien destrozase su preciosa existencia, dedicándola exclusivamente al estudio de una ciencia, ó de un arte cualesquiera; y mucho menos de esos grandes genios, cuyas creaciones son todavía objeto constante de importantísimas investigaciones y luminosos comentarios.

Pero en cambio, causa maravilla ver á tanto escritor y pe-

riodista español que posee el idioma alemán con perfección tan rara que no hay sino oírles para comprender desde luego la envidiable facilidad con que vencen esas inmensas dificultades de idioma, que aun para los mismos alemanes encierran la forma poética de Goethe y de Heine, por no citar más que á estos dos inmortales maestros.

¡Oh! Si Blaze de Bury nos conociera, sabría hasta dónde llegan la ductilidad de nuestro espíritu, las vastísimas proporciones de nuestra inteligencia, el sobrehumano poder de nuestro pensamiento. Sabría que en Madrid hay verdaderos monstruos de talento, capaces de escribir hoy sobre Goethe, mañana sobre Sófocles, pasado mañana sobre la escala alcohólica, al día siguiente sobre el cultivo del garbanzo, dos días después sobre espectrotomía y terminan la semana disertando sobre el silogismo filosófico y las influencias de la coliflor en la economía humana.

¿Y la música? ¡Oh, la música! Todo el mundo tiene derecho para hablar de música. Un par de orejas; es todo lo que se necesita. ¿Quién ha dicho que es el arte más difícil, aquel cuyo tecnicismo es más complicado y más compleja la parte científica? ¿Quién ha dicho eso? Algún pedante. ¿Quién ha dicho que para hablar de música se necesita saber música? Algún mentecato. ¿Quién ha dicho que la música es el arte de conmover por la combinación de los sonidos á ciertas naturalezas organizadas de un modo especial, dotadas de ciertas aptitudes y de cierto temperamento? Berlioz. ¿Berlioz? ¡Valiente estrafalario!

Y guárdese bien cualquiera de tocar en lo más mínimo al tecnicismo musical cuando trata de juzgar una ópera ó un cantante. Acorde de sexta, falsa relación, registro mixto, ritmos superpuestos, etc., etc. ¡Palabrería, pedantería, ridículo alarde!

Pero en cambio, véase á los que tal dicen, véase á esos mismos caballeros oficiar de pontifical en el estreno de un drama ó criticar una obra pictórica. Rimas, tropos, redondillas, metáforas, carnación, tono, escorzo, modelado, perspectiva aérea; todos los géneros del almacén salen revueltos al escaparate.

Eso no es palabrería, ni pedantería, como el acorde de sexta, ó el canon á la octava, pero erigiendo como axioma que la música está al alcance de todos y que todos son aptos para juzgarla y discutirla, aunque no hayan saludado en su vida un pentágono, de esa manera se sale cómodamente del paso y se sienta plaza de crítico musical, desatinando á diestro y siniestro, tratando de una materia que no se entiende, á sabiendas, perfectamente á sabiendas de que no se entiende.

Un poco de fraseología filosófica que hoy está en boga, cuatro lugares comunes y media docena de párrafos mal traducidos y peor ensartados, vengan ó no vengan á cuento; hé ahí la fórmula. Lo demás queda á la ignorancia, cuya osadía, en realidad, no tiene límites.

Y le queda á uno, que es peor, la convicción profunda de su propia insuficiencia. En vano es que un hombre cualquiera, por evidente que sea su pequeñez, dedique todos sus afanes, todos sus desvelos, su vida entera al estudio de la música y de la literatura, por ejemplo. Es inútil pasar noches en blanco deshojando partituras y libros, inútil no pensar ni vivir con otra cosa, inútil hacer del arte y la verdad la única preocupación de su existencia.

Cualquier mozalvete, cualquier advenedizo es nuevo Terencio que habla, entiende y escribe de todo con desparpajo y aires de autoridad irresistibles.

Estamos en plena revolución enciclopédica, estamos sufriendo la insoportable plaga de los omniscientes. ¿Cuándo surgirá una pluma decidida y valiente, que á latigazos arroje del templo de la literatura española á esos intrusos que la desprestigian y prostituyen? Es difícil, lo sé; hace falta un valor á toda prueba para barrer ciertas preocupaciones. Además, los omniscientes son muchos, están organizados jesuíticamente, y dejan oír un clamoreo ensordecedor.

Así únicamente viven, en medio del ruido, de la osadía y del mutuo socorro y propaganda, plantas llenas de vigor en apariencia, pero mustias, entecas y miserables en realidad, que se agarran á la opinión de los necios como la tierra al muro, mientras Pérez Galdós, el revolucionario de la novela,

y Pereda, el primer narrador de este siglo, llegan á traspasar á duras penas la corteza espesísima del vulgo.

¿Dónde está el desinfectante que ha de limpiar nuestra atmósfera literaria de esos miasmas deletéreos? Quisiera ser un gran compositor para saludar su aparición con un himno triunfal titulado: ¡El Mesías!

Volvamos al *Fausto*.

En cuanto á mí personalmente atañe, lo confieso con dolor profundo, cuando hace años quise conocer el inmortal poema de Goëthe, leí el estudio de Blaze de Bury, y me lancé lleno de ardimiento á la pelea.

La primera parte del *Fausto*, escrita como es sabido, por el gran pagano, en la primavera de su vida, me produjo profunda y gratísima impresión, salvo profundidades filosóficas y detalles de forma que están, con rubor lo declaro, fuera de mis pobres alcances.

Pero al penetrar en la segunda parte, al encontrarme ante aquella avalancha de símbolos y alegorías, al mirar el *fiat lux* de Wagner produciendo el *Homínculus*, al contemplar aquellos cortejos de Emperadores, aquellas batallas de hombres y de brujas, aquel kaleidoscopo monumental que realmente no tiene nombre en idioma alguno conocido, sentí helarse la sangre en mis venas y retrocedí asustado, medio muerto de terror.

Entonces tomé una determinación suprema. Comprendí que el trabajo era superior, infinitamente superior á mis fuerzas miserables, enjuagué el sudor que abundante corría por mis sienes, inclinéme respetuoso ante la granítica mole, y me retiré sin haberla entendido.

—Volved á empezar—dice,—Blaze de Bury.

Por mi parte no me quedaron ganas.

Hago esta declaración leal y franca, porque si mortifica grandemente á mi amor propio, viene á demostrar que me está prohibido ocuparme del poema de Goëthe en su totalidad, lo cual no ha de impedirme probar, sin embargo, que el *Mefistófeles* de Boito no da idea, siquiera remota, de aquella inmortal leyenda del genio alemán.

Al escribir las líneas que preceden, he confiado en la be-

nevolencia de los que pudieran quizá juzgarlas con enojo por su aire un tanto desenfadado y soberbio. No ya la benevolencia de los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, cuya ilustración conozco y en cuya amabilidad confío, pero cosas aun más graves se pueden arrostrar por el dulce placer de decir lo que se siente, sin ambages ni rodeos, y tal como se siente. Sea esta mi excusa, y entremos ya de lleno en el objeto principal que motiva este trabajo.

II.

Voy á empezar, comparando el poema del *Mefistófeles* con el del *Fausto*.

Que Boito parece haber tenido la pretensión de condensar en su ópera el poema de Goëthe, es cosa cierta en mi concepto, puesto que el poeta italiano lo da á entender claramente en las notas escritas por él mismo, al final de su libreto.

La nota referente al acto cuarto, dice así:

«El cuarto acto y el epílogo de la ópera están tomados del *segundo Fausto* de Goëthe que es la continuación y el complemento necesario del primero. Sin esta continuación, el drama queda truncado en su desarrollo y en su fin. Una apuesta entre Dios y el demonio: hé aquí el punto de partida del poema goëthiano; si la acción se detiene en la muerte de Margarita, no se realiza la apuesta ni el drama se desenlaza convenientemente. Para que la lucha del dualismo se lleve á efecto, hay que seguirla hasta la muerte de Fausto, *que es el alma de la apuesta.*»

La alusión al poema del *Fausto* de Gounod es clara. Barbier y Carré terminan la ópera con la muerte de Margarita, mientras Fausto se hunde en los abismos con Mefistófeles. Este desenlace es semejante al de la *Damnation de Faust*, de Berlioz, en la cual Mefistófeles y el doctor caen en el *pandemonium*, pocos momentos antes de la apoteosis de Margarita

que pone término á la leyenda dramática del célebre compositor francés.

La ocasión no puede ser más oportuna para citar aquí las atinadas observaciones que Berlioz ha dejado escritas al frente de su gran partitura.

Cuando la *Condenación de Fausto* alcanzó en Alemania el éxito que los franceses negaron á su ilustre compatriota, algunos alemanes le acusaron de haber *mutilado un monumento*.

Berlioz contestó del siguiente modo:

«Sabido es que es absolutamente imposible poner en música un poema de alguna extensión, que no se escribió para ser cantado, sin someterlo á una porción de modificaciones. Y de todos los poemas dramáticos que existen, *Fausto*, sin duda alguna, es el más imposible de cantar íntegramente desde el principio hasta el fin. Pues bien, si conservando la noción del *Fausto* de Goëthe, es menester, para convertirlo en asunto de composición musical, modificar de cien maneras diversas la obra maestra, el crimen de lesa majestad contra el genio, es tan evidente en este como en el otro caso, y merece igual reprobación.

«Dedúcese, entonces, que debería prohibirse á los músicos escoger como temas de sus composiciones poemas ilustres. De esa manera nos veríamos privados del *Don Juan*, de Mozart, libreto en el cual Da Ponte modificó el *Don Juan* de Molière; no poseeríamos tampoco sus *Bodas de Fígaro*, en el cual no se ha respetado, ciertamente, el texto de la comedia de Beaumarchais, ni el del *Barbero de Sevilla*, de Rossini, por la misma razón, ni el *Alceste*, de Gluck, que no es sino una paráfrasis informe de la tragedia de Eurípides; ni su *Ifigenia en Aulide...*; no se hubieran escrito las numerosas óperas que existen sobre dramas de Shakespeare; en fin, Sphor sería quizá condenable por haber producido una obra que lleva también el nombre de Fausto, donde se encuentran los personajes de Fausto, de Mefistófeles, de Margarita y una escena de brujas, y no se parece en nada, sin embargo, al poema de Goëthe...

«La leyenda del Dr. Fausto puede tratarse de todas maneras, es del dominio público; había sido dramatizada

antes de Goëthe y circulaba bajo diversas formas desde mucho tiempo atrás en el mundo literario del Norte de Europa, cuando se apoderó de él el gran poeta alemán. Hasta el Fausto de Marlow gozaba en Inglaterra de una especie de celebridad, de una gloria real, que Goëthe ha hecho palidecer y desaparecer por completo.»

Las razones de Berlioz son incontrovertibles y debían estar al alcance de la inteligencia más vulgar. Por eso sube de punto la sorpresa al ver que Arrigo Boito, un poeta, y un poeta de gran talento, ha incurrido en la puerilidad de querer encerrar en una ópera la esencia del poema goëthiano, como si se tratara de la esencia de zarzaparrilla, ó del jara-be de rábano iodado.

La empresa era absurda, porque si la primera parte del *Fausto* ofrece al libretista todo cuanto de más dramático y humano contiene la leyenda, la segunda parte, en cambio, gira en espacios extra-musicales, envuelta en los misteriosos arcanos del misticismo, en los tupidos y flotantes pliegues de la alegría y el símbolo.

Analícemos rápidamente el poema de *Mefistófeles*.

El prólogo comienza como el de Goëthe, en el cielo. Goëthe se muestra parco en la elección de personajes. El Señor, los arcángeles Rafael, Gabriel y Miguel, y Mefistófeles.

Boito suple á Dios con el *Chorus Mysticus* que aparece en el quinto acto de la segunda parte de la tragedia alemana y agrega á la voz celestial las de los querubines, las de los penitentes y las de tres falanges celestes. Hay que fijarse en este detalle, para cuando lleguemos al epílogo de la ópera.

La apuesta entre el Señor y Mefistófeles se verifica y entramos en la primera parte del poema de Boito. Es el domingo de Pascua; la muchedumbre se espacia alegremente extramuros de Francfort sobre el Mein. Fausto y Wágner aparecen al mismo tiempo que las primeras tintas del crepúsculo. Un fraile gris los sigue.

Boito advierte en las notas que he citado antes, que reemplaza al perro que Goëthe coloca en su *Fausto*, con el fraile gris de que hacen mención las antiguas leyendas.

Fausto mira, desde luego, con desconfianza al citado fraile,

pero no tarda en crecer poco á poco aquélla, hasta convertirse en verdadero terror. Y son de ver los temblores y congojas que le asaltan, como niño asustado por el coco, cuando el mendicante se esconde en la oficina del doctor, y la serenidad jocosa que se apodera del medroso anciano cuando el diablo verdadero surge á su presencia.

—«¡Quieto, chucho!—dice Fausto en la leyenda de Goëthe, dirigiéndose al perro.—No corras de un lado á otro. ¿Qué es lo que olfateas en el dintel de esa puerta? Echate tras esa chimenea. Te doy mi mejor cogín. Allá, en el camino del monte, nos has divertido con tus saltos y brincos. Permite ahora que te instale como huésped bien llegado y apacible.»

Creo que de esto al terror que inspira á Fausto la encarnación frailuna del Mefistófeles de Boito, hay alguna diferencia.

En el cuadro segundo del primer acto, firman el diablo y el doctor su pacto, descorre Mefistófeles su negra capa, lánzanse ambos en el espacio y van á parar, del primer vuelo, al jardín de Margarita.

Aquí el indispensable cuarteto: Fausto y Margarita, Mefistófeles y Marta que se enamoran mutuamente, que mutuamente se persiguen, acaban por estrecharse entre sus brazos y desaparecen, al fin, riéndose los cuatro á mandíbula batiente.

Desde el jardín hasta las cimas espantables del Brocken, desde las alegres carcajadas de las amarteladas parejas hasta los aullidos cavernosos de las brujas, hay considerable distancia, la misma que existe desde el primero hasta el segundo cuadro, en el segundo acto del *Mefistófeles*.

Fausto trepa penosamente hasta la cumbre de la montaña, presencia las evoluciones del aquelarre y se encuentra, de repente, con una aparición sobrenatural. Es Margarita, pálida y triste, que surge, como por encanto, en lo alto de una roca. La infeliz doncella, descubre en su ebúrneo cuello una horrible cuchillada. ¿Quién ha herido tan cruelmente á Margarita?

Mefistófeles se lo dice á Fausto:

*Ha la testa distaccata
Perseo fu che la taglió
Torci il guardo, anima illusa
Dalla testa di Medusa,*

revelación curiosísima, tras de la cual cae el telón en medio de carcajadas y fugas infernales.

Acto tercero.—Muerte de Margarita. La pobre Margarita se muere, y se muere loca, y se muere en la cárcel. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Todo el mundo ha oído, pocos momentos antes, su explosión de hilaridad; algunos la han visto, cinco minutos después, convertida en fantasma, con una gran cicatriz ensangrentada en el cuello, y resulta ahora que ha perdido la razón, que la han metido en la cárcel y que está condenada á muerte. El trabajo de condensación, como se ve, es de primera clase.

En efecto; después de un aria con vocalizaciones, Margarita recibe en la cárcel la visita de Fausto, susurra con éste un dúo de amor, y entrega la cabeza al verdugo en medio de celestiales armonías. Aquí termina la primera parte.

La segunda del poema de *Mefistófeles*, es decir, el cuarto acto de la ópera, comienza por el tercero de la segunda parte de la tragedia de Goëthe, ante el palacio de Menelao en Esparta, con la diferencia de que el lugar de la acción en la ópera es el de la sexta y octava escenas del acto segundo en el poema alemán.

Fausto, que es muy expeditivo en sus amores cuando se trata del romanticismo personificado en Margarita, se muestra á la altura de su reputación ante el clasicismo encarnado en Elena. Enamórase de ésta, con acompañamiento de sirenas, cae en los brazos de la heroína griega y baja el telón ruborosamente ante el edificante cuadro que forman en el teatro Real los dos artistas que en la actualidad interpretan los papeles de Elena y de Fausto.

Hemos llegado al epílogo. Fausto va á morir y no puede hacer mejor cosa, después de las tremendas emociones que ha sufrido en tan poco tiempo. El doctor, anciano decrepito

de nuevo, medita sobre la fragilidad de las cosas humanas y se arrepiente de todos sus pecados. Se oyen los cantos del prólogo, cae sobre el doctor moribundo una lluvia de rosas, y exhala, por fin, el último suspiro, mientras Mefistófeles, vencido en su lucha con el Señor, va á pagar el importe de la apuesta á las profundidades del averno.

Tal es el poema del *Mefistófeles* de Boito, tal es el trabajo del poeta. Creyó, sin duda, que dando entrada en su libreto á Elena y Pantalis (esta última no es más que una insignificante partiquina), que pintando una decoración estilo griego, con el río Peneyos en el fondo, y haciendo morir á Fausto diez minutos después, había penetrado en el fondo del ideal de Goëthe y escrito un libreto de ópera sobre el *Fausto*, más completo que cuantos sobre este asunto se escribieron hasta ahora.

Error crasísimo, que puede decirse constituye el pecado original que la ópera lleva consigo. La primera y segunda parte del *Fausto* representan la eterna lucha del romanticismo y del clasicismo; hay en ellas una idea fundamental, una idea filosófica que forma la esencia del poema entero, y se halla fuera, fuera por completo, fuera en absoluto de los medios musicales.

Prescindiendo de la primera parte, hay en la segunda varios episodios dignos de haber inspirado á un Beethoven ó á un Berlioz, pero dentro del terreno abstracto de la música instrumental. Wágner mismo ha escrito una *sinfonía* titulada *Fausto*, pero querer encerrar en un libreto de ópera lo que se mueve á duras penas en el vasto campo de una tragedia inmensa, pretender dar cuerpo, movimiento y vida á lo que es del dominio de la metafísica, es intentar lo imposible.

Aun desde el punto de vista de la estética teatral, si vale la expresión, resulta el poema de Boito sumamente defectuoso, por la preponderancia exclusiva que tiene el personaje de Mefistófeles. Compréndese, desde luego, que siendo éste la encarnación del mal, necesita el músico sostener su carácter por medio de tintas oscuras y uniformes que necesariamente tienen que traer una monotonía reñida con la armonía de lo bello, dejando en lugar secundario, como sucede

en la obra de Boito, á personajes tan importantes como Margarita y Fausto.

No negaré que el valor intrínseco del poema de *Mefistófeles* sea grande; no negaré que haciendo caso omiso de que se trata de la leyenda alemana, presente excelentes situaciones al compositor; pero, fuera de esto, es un verdadero atentado contra Goëthe y su tragedia inmortal, no resiste á la crítica, es una insensatez.

En cuanto á la forma poética, es admirable de todo punto, desde el principio hasta el fin. Aquí todo elogio es poco; Boito no hace versos, hace poesía musical. Si tuviera espacio copiaría algunos trozos escogidos, en los cuales el sonido palpita como crisálida impaciente.

Un ejemplo nada más.

FAUSTO (inclinándose ante Elena).

*¡Forma ideal purissima
Della Bellezza eterna!
Un uom ti si prosterna
Innamorato al suol.
Volgi vér me la cruna
Di tua pupilla bruna,
Vaga come la luna,
Ardente come il sol.*

Toda la obra está escrita así; es un encanto, una belleza, digna bajo todos conceptos de un poema, más adecuado al teatro y á sus más imperiosas necesidades.

¡Cuán distintos son los procedimientos de que se valieron Barbier y Carré para escribir su *Fausto*, inmortalizado por Gounod! Los libretistas franceses extrajeron todos sus materiales de la primera parte del poema de Goëthe, que es la más humana, la más dramática y ¿á qué no decirlo? la más interesante para la mayoría de los mortales.

El trabajo es tal, que yo estimo el libreto de ese *Fausto* uno de los mejores con que cuenta el teatro lírico moderno. Los principales personajes, Fausto, Margarita y Mefistófeles, tienen cada uno una fisonomía individual; los persona-

jes secundarios, Siebel y Valentín, intervienen en la acción para hacerla más interesante y variada; la marcha del drama es todo lo lógica que puede ser en composiciones de esa especie. Podrá descontentar á los que, como Blaze de Bury, por ejemplo, no quieren separar de Mefistófeles y Fausto la abstracción filosófica, á los que juzgan temeridad vituperable humanizar musicalmente esos dos grandes puntos de apoyo de la leyenda germánica; pero prescindiendo de Goëthe, el poema de Barbièr y Carré está, como vulgarmente se dice, hecho todo de una pieza, y el espectador sigue el hilo de la acción dramática, sin esas absurdas soluciones de continuidad, que hacen del libreto de Boito un verdadero caos.

Además, si el poeta italiano ha seguido el texto de Goëthe, traduciendo á veces literalmente algunas frases del *Fausto*, otro tanto han hecho los libretistas franceses.

El primer acto de éstos comienza exactamente como el de la tragedia de Goëthe; la *Kermesse* del segundo es una refundición de la segunda escena y del chispeante episodio de la taberna de Auerbach en Leipzig; el tercero es el jardín que aparece en Barbièr y Carré y en Boito; el cuarto resume el episodio de la muerte de Valentín después de la serenata de Mefistófeles y la gran escena de la catedral, que se hallan asimismo en el poema inspirador (1). Unicamente, al final, Fausto se hunde con Mefistófeles en los abismos, mientras el coro celeste entona el «Cristo resucitó,» que constituye la escena segunda de la primera parte en la tragedia de Goëthe.

El Sr. Marsillach, en su opúsculo titulado *Enrique Boito y su Mefistófeles*, dice lo siguiente, después de declarar la *Margarita* de Gounod superior á la de Boito:

«Mefistófeles, en cambio, como carácter tiene más consistencia y está más bien delineado en la obra de Boito que en la de Gounod. La llamada escena de las cruces, que tanto efecto produce en el *Fausto*, ni se le ocurrió á Goëthe, ni pudo ocurrírsele, porque implicaría una contradicción inexplic-

(1) Gounod intercaló hace tiempo en su célebre ópera el cuadro de la noche de Walpurgio, que en Madrid no se conoce.

cable en el personaje. ¿Por dónde un diablo culto, que conversa mano á mano con Dios y apuesta con él y á cada paso le nombra sin la menor aprensión, ha de ir á espantarse y á revolverse por el polvo porque le muestren el signo de la cruz?»

¿Por dónde? El mismo Goëthe va á decírnoslo. En los *Paralipómenos* de la tragedia goethiana que sirven de complemento á ésta, desarrollando y *comentando* las más importantes escenas, se encuentra la siguiente:

—«Una cruz en un camino; á la derecha, sobre la colina un castillo en ruinas; en lontananza una cabaña.

FAUSTO.—¿Que es eso, Mefistófeles? ¡Vaya una prisa! ¿Por qué bajas los ojos ante la cruz?

MEFISTÓFELES.—Sé perfectamente que es una preocupación; pero ¿qué quieres? te lo digo de una vez para siempre, *aborrezco la cruz*. Nadie está autorizado á sondear mi conciencia. Tengo muchas veces *vergüenza de mi raza*. Hay quienes piensan *que con decir diablo, han dicho algo que valga la pena.*»

Los *Paralipómenos* terminan, á mayor abundamiento, con las siguientes frases de Mefistófeles:

«MEFISTÓFELES.—No; no se trata ahora de vacilar ó de marcharse. El Gran Vicario (Cristo) está entronizado allá arriba. Conozco ya á él y á los suyos. *Saben arrojarme, como yo arrojé á las ratas.*»

Además, en el *Mefistófeles* de Boito, Fausto exclama en el epílogo, cogiendo el gran libro del Evangelio:

—Teme al cielo, que el Evangelio es mi baluarte.

El Evangelio, es decir, el código cristiano, ó la cruz, es decir, el símbolo del Redentor, creo vienen á ser la misma cosa.

Que Barbier y Carré han inventado una escena que no se halla en la tragedia de Goëthe con el objeto de crear una situación musical de gran efecto, es verdad. Pero que han desnaturalizado el carácter de Mefistófeles, no es cierto. Lo que han hecho es dar representación material á un sentimiento perfecto y claramente encarnado por Goëthe en la entidad diabólica del espíritu del mal. Creo que las citas anteriores no dejan lugar á dudas.

No hay, pues, comparación posible entre el poema de Boito y el de Barbier y Carré, y sería inferir una ofensa á los ilustrados lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, insistir sobre el asunto. Con lo dicho precedentemente basta y sobra para que entremos, desde luego, en el examen de la partitura italiana.

III.

Veamos primeramente los antecedentes históricos de la ópera de Boito. Examinemos el temperamento del *Mefistófeles* antes de tomarle el pulso.

La partitura publicada por el editor Ricordi de Milán dice textualmente: *Mefistófele—Opera di Arrigo Boito—Rappresentata al Teatro Comunitativo di Bologna il 4 Ottobre 1875.*

De esta fecha se deduce que el *Mefistófeles* de Boito que conocemos, no es la primitiva ópera, puesto que ésta se estrenó en Milán el día 5 de Marzo de 1868, é hizo un fiasco ruidosísimo.

De modo que estamos en presencia de una segunda versión, pero tan amplia é importante, que ha dado pretexto al editor de la partitura para bautizar la ópera á su modo. El primer bautizo se verificó en el templo de la Scala de Milán, el día 5 de marzo de 1868, siendo padrino del primer vástago de Boito el público de la capital de Lombardía. El segundo bautizo tuvo efecto el 4 de octubre de 1875 en el Teatro Comunal de Bolonia; es decir, siete años más tarde y en distinta iglesia.

Es conveniente tener en la memoria estas circunstancias para explicarse las rarezas y singularidades con que se tropieza á cada momento, al tratar de Boito y su única producción lírico-dramática, en cuyo rápido análisis entro desde luego.

El prólogo del *Mefistófeles* sirve hasta ahora de salvoconducto á la ópera; tal es la impresión que produce en todos los públicos, sin exceptuar el de Milán, que lo aplaudió con entusiasmo en la desdichada noche del estreno. En realidad,

es un cuadro musical de innegable belleza, trazado con mano desenvuelta y firme, lleno de color, y que tiene cierta grandiosa concisión que se impone de una manera irresistible.

El preludio, llamado tal por su autor, es en realidad una introducción que prepara, en mi concepto, perfectamente la aparición de la nebulosa, y produciría más efecto si el telón se alzara á los pocos compases.

El coro religioso de las penitentes, enlazado con la trompetería celeste, forma la base de esta portada instrumental, en la cual se nota al instante la afición de Boito á introducir en una tonalidad los modos mayor y menor, con intervalos de tiempo insignificantes. Luego hablaremos de esto.

Alzado el telón, óyese tras la nebulosa un lento y breve murmullo de dos falanges celestiales, que saludan al Señor con una armonía penetrante y sencilla, formada por el solo acorde de tónica. En seguida comienzan las mismas falanges el magnífico coral, que es la médula de todo el prólogo.

Este coral es admirable; está compuesto de breves y expresivas frases, que ostentan forma de progresión irregular. El retardo que Boito establece sobre el acorde de sexta, surgiendo, inmediatamente después de la quinta aumentada, da al coral un tinte religioso, marcado y profundo, así como la modulación enarmónica que se establece en el primer período para volver por progresión á la tonalidad de la pieza, mediante un contraste vigoroso de sonoridad, es de un efecto brillantísimo y seguro.

Las voces se espacian al principio libres de traba, acompañadas por sencillos acordes; pero bien pronto el ritmo se acentúa y adquiere gran desarrollo en la orquesta, creciendo en valor é importancia hasta llegar á fundirse voces é instrumentos en el máximum de sonoridad, para decaer en seguida y desaparecer en un tenue murmurio, cortado por las argentinas escalas de las arpas.

Las trompetas de la nebulosa anuncian que la angélica salutación ha terminado. Noto de paso que la trompetería celeste de Boito se asemeja mucho á la armonía ultraterrestre que acompaña al enviado del San Graal en el *Lohengrin* de Wagner.

El *scherzo* instrumental que precede á *Mefistófeles* tiene cierto carácter jocoso y está finamente instrumentado. Dos fagotes dan la quinta, mientras los violines, *pizzicato*, dejan oír la tercera mayor y la tercera menor sucesivamente. Aquí se ve por segunda vez el procedimiento de los dos modos en la misma tonalidad. ¿Significarán quizá una afirmación y una negación, es decir, la duda personificada en *Mefistófeles*? Lo ignoro, porque en Boito es una especie de debilidad ese detalle armónico.

El *debut* de *Mefistófeles* está bien caracterizado por la misma melodía sardónica y jovial del *scherzo*. El trío decae mucho; aquel vals que mugen los bajos, apoyando las fases declamadas del diablo, ofrece un contraste que no admite el personaje en aquel momento, por más que presta variedad al conjunto de la escena. En el final, sin embargo, hay una hermosa serie de acordes tenidos en la frase: *Si, Maestro divino, in bujo fondo—crolla il padron del mondo—e non mi da piu il cuor, tant' é fiaccato—(di tentarlo al mal)*.

El intermedio dramático contiene recitados vigorosos y expresivos de Mefistóles; la frase *e sovra il re del ciel avró vittoria* es hermosa sobre todas. El recitado final no responde, ni mucho menos, al texto, que hace al espíritu infernal mostrarse del Señor. Mas bien parece una salmodia lúgubre que una burla.

El *scherzo* vocal es delicioso, tanto en lo que se refiere al primer coro de querubines, aéreo y vaporoso cual la poesía, como al segundo que es deplorable se haya cortado en el teatro Real. Los procedimientos empleados son sencillísimos y esto aumenta su belleza.

La salmodia final se inicia con un andante religioso acompañado por el órgano, á la cual se unen pronto las voces de los querubines reforzadas ya por la orquesta. Los tresillos de los violines, jugueteando con las espirales cromáticas del segundo coro de querubines (el que precisamente se corta en el regio coliseo), son de un efecto encantador, y las progresiones que establece el autor cortándolos con las graves *Ave María, gratia plena* de las penitentes, aumentan su belleza por el contraste.

El movimiento y la animación no decaen un instante. ¡*Ave, Ave!* exclaman las voces todas en una interesantísima progresión armónica, enérgicamente instrumentada, que prepara grandiosamente la peroración.

Aquí surge de nuevo el coral primero, cuyas armonías flotan en el espacio con una robustez incomparable; van aumentando en fuerza sonora paulatinamente y se desploman, por fin, en una especie de alarido fanático, en que voces y orquesta parecen estallar, presas de sobrehumana exaltación.

La trompetería celeste, á una con toda la masa instrumental, lanza sus armoniosos acentos, mientras los coros sostienen el acorde final y cae el telón majestuosamente.

Tal es el prólogo del *Mefistófeles* de Boito, fragmento hermoso, página irresistible, trazada de mano maestra y que revela un talento superior (1).

Me he detenido algo en su análisis porque valía la pena y quería demostrar que es para mí un placer vivísimo inclinarme respetuosamente ante lo bello.

Difilmente se encontrará una ópera que así comience, y de tal suerte llegue á predisponer favorablemente al público; pero difícilmente también se encontrará otra que más y más completamente defraude sus esperanzas.

El acto primero es un acto de zarzuela. Entendámonos: no vaya á creerse que digo zarzuela despreciativamente, como los egregios abonados al Teatro Real. Uso el sustantivo como sinónimo de ópera cómica, y advierto además, por si cupiera duda, que tenemos en nuestras zarzuelas muchos, pero muchos cuadros populares, que aventajan al del Domingo de Pascua en Francfort del *Mefistófeles* de Boito.

Ni las notas campanudas, que no de campanas, que se oyen en la orquesta, ni aquellos contrastes de tiempo y de ritmo, tan artificiosos como inútiles, ni el baile del Obertas,

(1) La crítica rigurosa podría llamar la atención sobre el desequilibrio de sonoridad que existe evidentemente entre la orquesta y las voces, hasta el extremo de aparecer invertidos los términos, puesto que en la peroración, la primera tiene que ahogar por completo á las segundas. No hago más que señalar el caso para tranquilidad de mi conciencia.

nada hay que destruya las formas abigarradas y poco consistentes de todo aquel cuadro, que resulta antipático ó pueril.

Cito, para no faltar á mi deber, dos buenos detalles: la primera salida de Fausto, y la primera parte de su diálogo con Wagner. En aquella hay una frase bellísima: *il vecchio inverno fugge al monte e il solvallegra e aviva forme e color*. El primer fragmento ostenta una armonía indeterminada, opaca y fría, que da perfecta idea del concepto poético, mientras en el segundo, la aparición, ingeniosamente preparada y pronta del modo mayor, parece derramar en realidad sobre la cadencia la claridad de algún astro luminoso. El procedimiento no es nuevo, pero está admirablemente aplicado.

En el diálogo con Wagner, hay detalles de gran valor:

FAUSTO (á Wagner).

*Sediam su questo sasso. Osserva come
Fulgoreggiano á vespro le capanne
Remotamente. Già declina il giorno.*

WAGNER.

*E l'ora degli spettri; essi sen vanno
Tra il vapor della sera ordendo reti
Sotto il passo dell'uom. Andiam; s' impregna
L'orizzonte di nebbia á notebruna
Torna dolce la casa. A che sogguardi
Nel crepuscolo assorto immobilmente?*

La declamación musical está á la altura de estos hermosos endecasílabos cuya expresión realza una orquestación misteriosa y penetrante.

El terror que el fraile gris inspira á Fausto resulta tan vulgar en la música, como fuera de lugar en el texto. En cambio, los últimos siniestros acordes que preceden al *mutis* del doctor y Wagner acosados por el fraile, tienen mucho colorido, así como la transición musical que se efectúa desde el primer cuadro al segundo, sin solución de continuidad, por medio de notas graves, tenidas *pianissimo* por los contraba-

jos, mientras las voces de las sopranos del coro dejan oír en lontananza los moribundos ecos de la fiesta.

Empieza el cuadro del pacto con un *larghetto* de pura forma italiana que el buen doctor suspira anonadado en sus pensamientos. Es una melodía paráfrasis del andante de la gran sonata en *la* para violín y piano, de Beethoven, pero una melodía deliciosa, llena de recogimiento, de dulcísima expresión y que sería completa sin el inciso musical: *le torve passioni del core-s'assonnano in placido oblio* que, además de ser vulgar, contiene una verdadera puerilidad filosófica.

El primer fragmento de frase está en modo menor, el segundo en mayor, lo cual indica que Boito no expresa el concepto de la frase, sino la significación material de la palabra. Si es este el wagnerismo del maestro italiano, preciso es confesar que, como dice Arrieta, los wagneristas no imitan más que la mueca del célebre reformador.

La balada del Silbido no ofrece novedad alguna, ni como melodía, ni como ritmo, amén de ser el Silbido final un recurso violento y de mal gusto. La melodía de Fausto, que sigue á la balada, recuerda á la legua, como procedimiento, la de Margarita en el final de la catedral, en la ópera de Gounod, y en cuanto al *allegretto* que precede al largo final, entra de lleno en las formas de la ópera cómica y recuerda como ritmo y armonía el primer período de la introducción de nuestro bellísimo *Dominó azul*, del maestro Arrieta.

El cuadro termina fríamente y sin interés, con un diseño melódico á la italiana, sin originalidad alguna, que la orquesta repite ruidosamente.

El episodio del jardín nos transporta de nuevo á la zarzuela. Y no podía ser otra cosa. Aquella Margarita alegre, juguetona y un si es si no es descocada é impúdica, á quien Fausto arranca joviales carcajadas, pellizcándola continuamente, ni más ni menos que si se tratara del Duque de Mantua y Magdalena en el cuarto acto de *Rigoletto*; aquel Mefistófeles y aquel doctor que emprenden la caza de Marta y de la rubia Gretchen, como si cogieran mariposas con volante; aquellas cuatro figuras desquiciadas á modo de horteras y modistas en Capellanes, no pueden soportar ni un momen-

to las proporciones y naturaleza de una música adecuada al poema de Goëthe, ni mucho menos á una ópera llena de grandes pretensiones.

Al expresarme así, me refiero al final de la pieza en que las cuatro voces se unen, porque lo anterior es de lo más pequeño y deshilvanado que puede darse.

Ese final, como trozo vocal é instrumental, tiene un valor intrínseco que no negaré ciertamente. Es bonito, produce mucho efecto y obtiene en muchos teatros los honores de la repetición; pero de ahí á decir que está en carácter con la ópera existe gran diferencia.

Alguien ha escrito que el cuarteto del jardín es idealista en la ópera de Gounod y profundamente real en la de Boito. ¿Profundamente real? Jamás, jamás, jamás. No hay nada más falso que el cuarteto del compositor italiano. Margarita riendo á carcajadas, estrechamente abrazada á Fausto, falso de toda falsedad. Mefistófeles persiguiendo á Marta como enamorado mozalvete y diciéndola ¡te amo! en medio de la mayor hilaridad, falso, falsísimo. Y las cuatro voces rompiendo bruscamente con el movimiento y la animación creciente de la escena, para detenerse en un calderón, como solicitando el aplauso del público, falso, inadmisibile, absurdo.

¿Que la música es encantadora, es preciosa, es irresistible? Me contento con decir que es bonita, dejando libre el parecer de los demás. ¿Pero que es realista? ¡*Jamais de la vie!* Vuelvo á mi tema. Si el autor del inoportuno calderón, del calderón archi-italiano puesto al final del cuarteto del jardín es wagnerista, declaro no comprender ni los rudimentos más elementales de la doctrina wagneriana.

Algo más realistas, pero realistas en el sentido burdo y ordinario de la palabra, son algunas escenas del *Sábado romántico*, que comienza con los acordes de la escena de la iglesia en el *Fausto* de Gounod, contiene una balada desprovista de interés musical y termina en medio de un estrépito insoportable, entre los alaridos del coro, ritmados con uniformidad desesperante y cubiertos por una orquestación borrosa y fea. Lo único que hay en carácter es un conato de fuga que pone fin al cuadro. En esto ha dado Boito una verdadera

muestra de ingenio; nada, en efecto, como la fuga, para representar admirablemente una infernal algarabía. Es lástima que la suya (la fuga) sea tan corta.

El acto tercero encierra el episodio de la muerte de Margarita.

La balada, canción, leyenda, ó como quiera llamarse, de ésta, es una melodía por el estilo de las de Tosti, Denza y Campana; sencilla, sentida y completamente italiana, á cuyo final hay una fermata imitativa de buen gusto, pero de oportunidad sumamente discutible. En medio de todo, es lógico que la que empezó la ópera riendo, concluya por morir vocalizando.

El acto, en general, á despecho de cierta monotonía de tiempo, está trazado con dramática concisión. El *adagio* que Fausto y Margarita susurran, *lontano, lontano, lontano*, tiene mucho color. á pesar de sus entonaciones al descubierto, que son á veces estridentes; pero la terminación del acto adquiere real interés, con la intervención del coral del prólogo que apoya dulcemente la plegaria de Margarita. Para mi gusto es el cuadro musical mejor de la ópera, después del prólogo.

Quien quiera encontrar en la noche del Sábado clásico la grandiosidad de un cuadro pagano, vuelva la hoja y pase adelante. Estamos en Nápoles ó en Florencia, bajo los efluvios luminosos de Rossini, Bellini y Donizetti. Elena es una distinguida soprano y Pantalis una contralto apreciable, que cantan voluptuosa y aérea barcarola.

Fausto es un tenor italiano que cobra por función cinco mil pesetas y dice, acompañado por los violines, que la Grecia le encanta y las griegas le enamoran. Mefistófeles representa un bajo aburrido, que se encuentra allí, sin poder dar una nota, como gallina en corral ajeno.

Hay un baile llamado danza *corea*, que tiene tanto de *corea* como de fandango, cachucha ó seguidilla; un recitado dramático de Elena sobre el *hic Troja fuit*; un andante amoroso de Fausto, que luego se convierte en *pezzo concertato*, muy bien escrito y de buen efecto, y, por último, un duo *con ánima*, construído sobre la base del diseño melódico de Mefistófeles,

cuando al finalizar el cuadro del pacto, extiende el diablo su capa y se lleva en ella por los aires al doctor.

La terminación del acto es preciosa; se verifica por medio de un largo *decrescendo*, que dura aun después de bajado el telón.

Lo repito; como acto que debería presentar el contraste del mundo romántico con el clásico, no existe este acto en la ópera de Boito. Como acto de pura forma italiana, es muy bonito y contiene un final delicado y original, si se quiere; pero no resiste al paralelo con otros muchos actos escritos por los grandes maestros compatriotas del autor.

Vamos al epílogo y terminemos.

Boito tiene la palabra:

«Goëthe, gran adorador de la forma, empieza su poema como lo acaba; la primera y la última palabra del Fausto se resumen en el cielo. «*El motivo glorioso—*escribe el Sr. Blaze de Bury,—*que las inmortales falanges cantan en la introducción de la primera parte de Fausto, vuelve en la terminación envuelto en armonía y vapores místicos. Goëthe ha procedido esta vez como los músicos, como Mozart, que vuelve á colocar en la última escena de Don Juan la imponente frase de la overtura.*» Hemos tratado de realizar, de desarrollar por medio de los sonidos esta aspiración musical de Goëthe, y por eso hemos traído de nuevo al epílogo el tema del prólogo, procurando condensar en lo posible el pensamiento de nuestro poeta.»

Dispéñeme el maestro Boito si me veo precisado á decirle que su buena fe al hacer citas, va á quedar esta vez bastante malparada. Vean los lectores el texto de Blaze de Bury, y díganme si hay diferencia entre lo que Boito le hace decir y lo que en realidad dice el eminente escritor francés. Subrayo de intento algunas frases:

«El quinto acto (de la segunda parte del *Fausto*) es como un epílogo inmenso, en el cual se desenlaza el misterio en el esplendor y el azul del firmamento. El glorioso motivo que las inmortales falanges cantan en la introducción de la primera parte de *Fausto* vuelve aquí, pero VARIADO HASTA LO INFINITO por la sublime orquesta, por las voces sonoras de los querubines en éxtasis que la entonan con arrobamiento; pero MÁS

POMPOSO, MÁS GRANDE, MÁS SOLEMNE, MÁS ENVUELTO *en armonía y vapores místicos.*» (I)

Cotejen ahora los lectores el texto completo de Blaze de Bury y el texto truncado por Boito, y hagan los comentarios que gusten. Por mi parte, no puedo dispensarme de hacer algunos que estimo bastante importantes.

No era posible que el autor de la ópera *Mefistófeles* hiciera completa la citación de Blaze de Bury. ¿Cómo, si le ponía en flagrante contradicción con la conducta que él ha observado en su obra musical? ¿Cómo si lo que ha hecho Arrigo Boito es precisamente todo lo contrario de lo que, según Blaze de Bury, hace Goëthe?

El autor del *Fausto* alemán se contenta con indicar en el prólogo la sublime escena que en el epílogo desarrolla. El prólogo es la crisálida; el epílogo es la mariposa; mariposa á cuyo paso brotan miriadas del insecto alado que turban, fascinan y marean á los que, como yo, no pueden seguir con ánimo sereno sus múltiples y simbólicas evoluciones, pero que manifiestan, sin dejar duda, la idea de Goëthe de encerrar en una fulgurante apoteosis la larva imperceptible de su prólogo.

Pues bien; Arrigo Boito hace todo lo contrario. Empieza la fuga en la peroración y la termina con la presentación del motivo; gasta todas las municiones en el prólogo, dispara un apagado cañonazo al final del cuadro de la muerte de Margarita, y vuelve á descargar la batería toda en el prólogo.

Pero como la gradación y la novedad del principio no existen cuando llega el fin; como ahora aparece una repetición no preparada y en peor situación que antes, de aquí que el disparo final resulte casi nulo, de aquí que el tiro, en lugar de dar en el blanco, no haga gran impresión y se pierda, ó poco menos, en el vacío.

El epílogo del *Mefistófeles* de Boito es, por lo tanto, un cuadro sin vida, un cuadro completamente echado á perder

(1) *Henri Blaze. Le Faust de Goëthe. Seule traduction complète.—Paris Charpentier. 1869. Douzième édition.—Pag. 63. Lín. 15 y siguientes.*

y, lo que es peor, un cuadro trazado en contradicción palmaria con las ideas y propósitos de Goëthe, cuya gran tragedia tiene Boito la pretensión de condensar en su poema lírico.

Si Boito se hubiera callado en la nota explicativa que al epílogo se refiere, podría la crítica seria haberle hecho cargos por tergiversar la idea de Goëthe, pero se conoce que el poeta y compositor italiano confía demasiado en el *numerus infinitus stultorum*, cuando, sin aprensión alguna, pretende justificarse con respetable autoridad, desfigurando á sabiendas las opiniones de ésta y haciéndola figurar como cómplice de los actos de Boito, cuando precisamente los condena de un modo explícito y terminante.

La conducta de Arrigo Boito, en esta ocasión, no tiene nombre, y es realmente original por lo inusitado. Dejo al juicio del lector el calificativo que merece y, después de citar en el epílogo de la ópera una melodía italiana, en *la bemol: giunto sul passo estremo della piu estrema etá*, sentida y elegante, doy por terminado el análisis del *Mefistófeles*.

*
* *

El trabajo analítico de la partitura deja, á no dudarlo, mucho que desear, pero no he querido hacerlo más extenso porque la labor científica es árida de suyo, y hubiera dado al traste con la paciencia del autor y la de sus benévolos lectores.

Creo, sin embargo, haberme extendido lo bastante para dar una idea suficiente tanto del poema de *Mefistófeles*, como de la música compuesta por Boito.

Obra corregida y recompuesta, producto de la fantasía juvenil y ostentando cierto atrevimiento despreocupado, cierta audacia innovadora, reñida en absoluto con la magnitud de la empresa y el talento y experiencia del autor, la ópera de Boito es una masa informe, sin unidad de estilo, sin cohesión y sin interés, en la cual únicamente se destaca, la bellísima página del prólogo.

Mientras el autor está en el cielo oculto tras la nebulosa, parece hallarse en terreno firme, pero en cuanto baja á la tierra, pierde los estribos y se aventura en un dédalo de dificultades que no puede vencer.

Nadie más opuesto que yo á penetrar en esos ridículos cálculos sobre el mayor ó menor grado de espontaneidad que revelan ciertas obras y piezas sueltas de ellas. No soy dado á investigar causas ocultas al ojo más avizor; me contento con juzgar los efectos; pero teniendo en cuenta los antecedentes históricos del *Mefistófeles* de Boito, y leyendo atentamente y estudiando la partitura, se adivina desde luego los trabajos de corrección y de retoque que la forma, no el fondo, ha sufrido.

Por eso hay en la ópera cosas interesantes y bonitas que se refieren á detalles de armonía é instrumentación, sobre todo, pero cosas sueltas al fin, que lejos de destruir lo deslabazado del conjunto, hacen más palpable lo insostenible de la totalidad.

El poema, como condensación de la tragedia de Goëthe, es deplorable; como libreto juzgado independientemente de la creación goethiana es absurdo, no tiene razón de ser. Queda, pues, únicamente la labor poética, que es finísima y bella, pero que resulta desperdiciada por completo y constituye un cargo más, contra el autor de la música.

Dicen que Boito es un wagnerista, un reformador. No lo entiendo, porque si se estiman ciertos detalles de forma que hoy corren graciosamente á cargo del autor de *Lohengrín*, como suficientes para dar diplomas de reformador, hay que confesar que nadie los ha juzgado tales cuando los han empleado antes que Boito otros maestros más antiguos y de mucha más reputación.

Víctor Wilder ha escrito hace poco en el *Ménestrel*, á propósito de las representaciones de los *Nibelungen* de Wagner y del *Mefistófeles* de Boito, en Bruselas, lo siguiente:

«Después de oír los *Nibelungen*, la música del *Mefistófeles* de Boito me ha parecido crema batida.»

Crema batida, en efecto, donde el azúcar italiano destruye por completo el sabor de la leche y de la yema alemanas, ó

deja en el paladar un sabor desagradable, cuando el azúcar se retira. En este caso, la leche de la música, sabe á leche cortada.

Que la partitura de Boito no revela, ni á leguas, una individualidad, inútil es consignarlo. ¿Revela un temperamento musical? Aquí surge una duda. Hace quince años que el maestro italiano no ha producido nada para el teatro. El poeta no ha permanecido inactivo; ha escrito versos, libretos, melodramas, traducciones y novelas. El compositor nada.

Ahora bien, quince años de esterilidad musical, ¿pueden revelar un temperamento? Contesten los músicos, los pintores, los literatos, los poetas, contesten, en una palabra, los artistas.

Los periódicos han dicho que Boito escribe un *Nerón*, que destina al Teatro Real de Madrid. A juzgar por las noticias de la prensa de Bruselas, también parece que Boito ha prometido un *Nerón* al Teatro de la Moneda. Si el maestro sigue prometiéndolo *Nerones* á cuantos teatros representen su *Mefistófeles*, va á tener que poner en música la historia de los Césares de Suetonio. Celebraré que acierte.

Entre tanto, no valdrán al *Mefistófeles* el aparato exterior con que las empresas lo rodean, ni la presencia del maestro en las primeras representaciones, ni la finísima labor, los cuidados exquisitos é impagables, que acreditan una vez más la actividad é inteligencia, el *savoir faire* de uno de los primeros editores del mundo, el Sr. Ricordi, de Milán.

El éxito que ha obtenido en Madrid la ópera de Boito, ha sido tan falso como la obra misma. El abono, es decir, el público *á fortiori*, que es la base de la industria del teatro, ha acudido, como ha acudido á las vergonzosas parodias de otras óperas, pero el verdadero público ha vuelto las espaldas.

Una persona que debe saber mejor quizá que nadie lo que pasa en las cuestiones administrativas de la empresa, decía en el regio coliseo, mientras se verificaba la tercera representación del *Mefistófeles*:

—Todas las entradas que ha dado hasta hoy la ópera de Boito, se podían cambiar por una sola del *Barbero de Sevilla*.

En resumen: todo lo que es verdad, vive; todo lo que es falso, muere. *Mefistófeles*, por tanto, morirá.

Lejos de mí la estúpida pretensión de imponer mis opiniones á nadie. Con emitirlas leal y francamente y razonarlas á mi modo, no me creo obligado á más.

Á los que de distinta manera piensen, contesto con dos palabras:

—Al tiempo.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

9 febrero 1883.



MINISTERIO
DE CULTURA



MOALLAKAS⁽¹⁾

IV.

SUS NEGOCIACIONES CON EL EMPERADOR JUSTINIANO.
LEYENDA DEL PRÍNCIPE ERRANTE.—SU CARÁCTER, SU MUERTE,
ELOGIO PRONUNCIADO POR MAHOMA,
SU RENOMBRE É INFLUENCIA EN LAS LETRAS ÁRABES.

EL mismo Imroulcays, no teniendo ya norte fijo ni asilo donde cobijarse, acudió á la generosidad de su primo Amr, hijo de Moundhir su perseguidor. La madre de Amr era Hind, hija de Harith, tía paterna de Imroulcays, y mandaba por su padre Amr en la villa de Bacca, situada entre Anbary Hit. Sobre brioso alazán Imroulcays, del que hizo numerosas descripciones en sus poesías, fuese cerca de Amr, donde recordándole los lazos de sangre, le dijo algunos versos en su honor, y valiéronle la protección de Amr; mas conociendo Moundhir que se hallaba allí oculto Imroulcays, envió sus emisarios para prenderle, pero advertido á tiempo por su protector escapó del peligro: ¡mísera suerte de la que va milagrosamente salvándose, errando de tribu en tribu, y al cabo de cuya carrera no podría librarse!

(1) Véase la pág. 198 de este tomo.

Llevado así á la ventura, rechazado por unos (1) y recibido por otros (2), hizo sátiras contra sus adversarios, celebrando á la vez con alabanzas las generosidades de sus protectores; era de éstos Sad, hermano también, porque la madre de Sad había sido mujer de Hodjr, quien la había repudiado ignorando que se hallaba embarazada, y perseguido allí por Moundhir, fué Imroulcays hasta el Nadjd, donde acogido por Moalla, uno de los hijos de Taym, en cuyas tiendas entraron tras de Imroulcays los soldados de Moundhir, ausente Moalla, en busca del desgraciado Príncipe, y á cuyas pesquisas sólo pudo escapar merced á los buenos oficios y celo del hijo de Moalla, quien lo salvó, ocultándole entre las mujeres; recibió Imroulcays esta acción con profunda gratitud, que expresó á los Moallas en un poemita que terminó:

«La calma ha sido llevada al corazón de Imroulcays, hijo de Hodjr, por los hijos de Taym, las *antorchas de las tinieblas.*»

Y Moalla y sus hermanos fueron desde entonces designados con el glorioso nombre de *Mecabihezzhalâm*.

Pareció calmarse realmente la extremada agitación de la vida de Imroulcays, permaneciendo por varios años entre los Benou-Tay; casó con Oumm-Djondab; ganó en consideración y se hacía respetable por su talento; así vióse visitado cierto día por el poeta Alcama, y los esparcimientos poéticos hacíanle agradable la vida; recitáronse mutuamente sus composiciones, pugnando por la superioridad y mérito, que en último caso había de juzgar la mujer de Imroulcays, que se hallaba presente; les fijó como tesis una composición de igual rima en la que resplandeciesen las cualidades del caballo; y este animal, que tan generosamente seguía á su jinete en todo momento, recibe en aquel instante el esfuerzo del numen musulmán.

«Amigo, condúceme á casa de Oumm-Djondab, para complacerla, mostrándola el ardiente deseo que consume mi corazón. «Y terminaba describiendo al caballo: «La pierna que

(1) Hasú, hijo de Macàud.

(2) Sad, hijo de Dhabâd.

le oprime inflama su ardor, la fusta precipita su carrera; excitado aun más por la voz, se lanza como un pájaro alargando su cola hacia delante.» Así terminó Imroulcáis sus versos, á que respondió Alcama con un poema en cuyo primer verso decía:

«Me llenas de excesivos rigores, y por lo mismo es simulada toda tu cólera.»

Y en elogio del caballo dijo:

«Inclinando la cabeza sobre la brida que le retiene, vuela con la viveza del antílope, y el sudor le inunda los flancos en su rápida carrera.»

Lid poética de no pocas transcendencias para ambos; decidida la contienda por la mujer de Imroulcáis, y no satisfecho éste de las razones alegadas por la que él había nombrado árbitro, repudióla, complaciéndose en adoptarla por esposa su vencedor Alcama. Valioso por más de un concepto Imroulcáis, siguióle después la desgracia en toda su familia: extinguida con la muerte de sus abuelos, pereció toda su influencia, la caída de la casa de los Akil-el-Morar estaba consumada. No viendo recurso para sostener sus derechos ante los árabes, á fin de tomar la dirección de las tribus maaddicas y luchar contra su poderoso enemigo Moundhir, por un rasgo que le da más color, recordando el antiguo tratado que celebró su antecesor Harith, hijo de Asur-el-Maesour y Atanasio, acudió á los romanos solicitando por un mensaje el apoyo y alianza del Emperador Justiniano. Entonces es cuando nos recuerdan los cronistas de la época Procopio y Nonnosio que por el año 531, Justiniano envió una embajada al Soberano de Abisinia, que le era aliado, y al Virrey que bajo la autoridad del Soberano gobernaba el Yemen; los enviados debían inclinar al Virrey al Príncipe árabe *Cays*, y ayudarle para recobrar el gobierno de los *Maaddenianos*, suministrarle tropas germánicas, para que pudiera ir á combatir (1) los árabes del Irak y entretener con estas operaciones las incursiones del Moundhir en Syria: *Cays*, para garantizar su fide-

(1) Procopio *De bello Pérsico*, lib. I, cap. 20.

lidad al Imperio, envió á Constantinopla en rehenes á su hijo menor Moawía; además *Cays* por su nacimiento tenía derecho á la jefatura de las dos ilustres tribus de los *Kindinianos* y á la de los *Maaddenianos* (1); pero abandonado por todos, llevaba una vida errante y en el desierto: desmembrado hasta por los historiadores de parte de su nombre, figura *Imroulcays*, con la mitad última de su apellido, sin que esto pueda argüir aquí confusión alguna de personajes, porque así persas como árabes, coinciden en muchos puntos indicando á este personaje.

Activa fué la orden de Justiniano, pero ineficaz la promesa del Virrey, por cuyo motivo *Imroulcays* siguió de tribu en tribu variando de asilo. Con varia suerte se ve perseguido en la poca hacienda que poseía, arrojado por sus propios parientes, y expuesto al secuestro en la persona de su hijo *Hind*, lo cual trajo entre *Amir* y *Harith* no pocos disturbios y serias hostilidades. Conociendo el peligro que no podía vencer, *Amr* de la tribu de *Fezara*, á cuyo lado se refugió, expúsole sus grandes deseos, pero que habitando en la llanura érales imposible sostenerle contra la rapacidad de los lobos que devoraban la posteridad de *Cays-Aylân*, por lo cual aconsejóle fuese á un sitio seguro, de cuyo jefe, poderoso y aliado de la corte romana, nada podía temer y le sería además un celoso protector. Conducido á *Samuel*, á quien á su vez saludó con un poema compuesto en su alabanza, recibióle con grandes consideraciones y también á su familia, destinando á su hija una hermosa tienda cubierta de pieles, y á los varones de su séquito una de las salas de audiencia.

XIV.

Pasado algún tiempo pidió á su protector cartas de recomendación para ser presentado al Emperador romano, y en 535, dejando su hija á *Samuel* en depósito, sus corazas

(1) Nonnosio, ap. Pohot, cód. III, pág. 6.

y cuanto poseía, todo al cuidado de su primo Yazid, hijo de Harith, hijo de Moawia-el-Djaun, y llegado á la corte del Emperador, fué recibido favorablemente y tratado con la etiqueta y cortesía debida á su rango: dice Nonnosio que el Emperador le confió el gobierno de Palestina, y los historiadores árabes, que parece ignoran este acontecimiento, se entretienen en discurrir por las últimas desventuras de este Príncipe. Describen con vario estilo sus amores con la hermosa hija de *Caycar* (el Emperador), y por fin su salida al frente de una armada para reconquistar sus antiguas posesiones de familia.

Prescindimos aquí de los rasgos mitológicos que hallamos entre los árabes á propósito de este ilustre personaje en sus amores con la hija del Emperador, la detestable relación de estos amores, por Açad, y la túnica envenenada remitida con las palabras fascinadoras del Emperador, asunto más propio de la mitología griega, imitación de la fábula de Hércules, con la túnica del centauro Nessus; la imaginación de los árabes, sobreexcitada en pro de su ilustre héroe, ha ideado circunstancias extraordinarias en un acontecimiento debido á lo más á una enfermedad cruel y desconocida en Imroulcays, que le ganó el nombre de Dhou-l-Corouh, el *hombre de las úlceras*, aparte del que por el género de su vida se le dió también llamándole El-Malik-Eddhillil, el *Príncipe Errante*.

Desgraciadamente la herencia de su padre nada podía aliviarle la vida de su inmensa pesadumbre; los odios de tribu, las pretensiones de familia se unían á sus rasgos personales, único de valor en su persona; su constancia heroica no pudo salvarle, y en ese género de vida, visitando el País de Ancyra (Angora), vió la tumba de una Princesa que había sido inhumada al pie de la montaña Acib, con cuyo motivo exclamó:

«Oh vecina mía, el tiempo en que he de ir á visitarte está próximo; voy á fijar aquí mi mansión, que jamás abandonaré mientras el monte Acib subsista.»

«Oh hermana mía, somos dos extranjeros en estos lugares, y los extranjeros son parientes recíprocamente.»

Sitio designado por él, y al que no muy tarde, el año 540, descendió, dejando en los romanos un recuerdo noble, á cuya memoria erigieron una estatua, á la que rodeó un aura popular imperecedera.

Ponderó su renombre Mahoma, elogiando al célebre poeta á la vez que le anunció pena eterna, como si no le hubieran sido suficientes tantos desastres recibidos en el curso de la vida. «Imroulcays es ilustre en este mundo, pero desdennado en el otro. El día de la resurrección llevará el estandarte de la muchedumbre de poetas y con ellos será precipitado en el fuego del infierno.» Creyeron hallar algunos en estas palabras del profeta la señal evidente de un profundo sentimiento por las sátiras que había compuesto Imroulcays contra él; pero esta apreciación decae completamente si se tienen presentes otras palabras de Mahoma, que hablando de él dice: «Si yo hubiese vivido en su tiempo, le habría sido útil» (haciéndole conocer la verdadera religión); mas nada adelantó muriendo pagano; tuvo, pues, en esas palabras la sanción de los poetas paganos como corifeo y padre de la poesía árabe.

Su influencia en las letras árabes no podía ser ya desconocida; sus contemporáneos le admiraron; merced á sus improvisaciones obtuvo la repetida protección que de uno y otro magnate se granjeó, no sólo de atenciones personales, sino la fuerza toda que era necesaria para interesarlos hasta los peligros más graves que podían guerrear á tribus enteras; de aquí la importancia de Imroulcays, fama tanto más reconocida en el interior de Arabia y en el extranjero, cuanto venerada también por los labios más autorizados del islamismo; al declararle Mahoma, ilustre en este mundo, corifeo de los poetas árabes, y á quien hubiera querido ser útil y vivir en su tiempo para convertirle á la nueva religión, dicho se está que tenía el gran puesto entre los genios árabes, era digno de consideración, y su historia y su poesía habían de nutrir la imaginación de ese pueblo, ávido de ilusiones con los matices más pintorescos. ¿Qué extraño es que se le considere por todos como padre de la poesía árabe?

Al considerarle en tal concepto, no podemos menos de reconocerle á suprema altura y sus obras modelos para los

poetas posteriores; tal influjo puede decirse ejerció en los árabes, tal admiración ha causado en la posteridad. No otra cosa puede manifestarse al examinar la retórica árabe; Imroulcays está considerado allí como el primero entre los árabes que han establecido las verdaderas reglas de la rima; él es también el que ha ideado esa forma de *cacida*, que ha venido á ser un modelo frecuentemente imitado, y en el cual el poeta, figurando interpelar á dos amigos que le acompañan en el viaje, les invita á detenerse para llorar con él en los lugares donde habitaba su amada, y en el esparcimiento más ardoroso de su amor, pasando así por diversas encendidas descripciones. Son varias las obras de Imroulcays, ya hemos conocido algunas; pero la principal y más extensa, aunque no consta más que de 79 versos, es su Moallaka; cuya composición obtuvo la honra de ser colocada en los muros del templo de la Mekka, como una obra maestra de la poesía árabe.

MOALLAKA DE IMROULCAYS.

Permanezcamos aquí para llorar el recuerdo de mi muy amada, y de esta habitación querida sita en otro tiempo en el lugar donde terminan estas colinas de arena, entre Dakhoul, Haumal.

Taudhih y Micrat; el soplo cruzado de los vientos del Norte y del Mediodía, sostienen aún vivos sus ecos.

Compañeros míos, sensibles á mis penas, detienen sus cabalgaduras. «No te dejes amortiguar, me dicen, por este mortal dolor, y acude á tu valor.»

¡Ah! El único remedio á mis males es verter abundantes lágrimas, ó más bien, de ¿qué me servirán mis lágrimas aun en esta soledad que no presenta á mis ojos más que ruinas borrosas, casi extinguidas?

Así es como he perdido Oumm-el-Hwayrith y su compañia Oumm-Errebab, que amaba en Macel.

Cuando ellas aparecían, el aire se embalsamaba en su derredor como si el céfiro hubiese llevado al odorato el perfume del clavel.

Separado de ellas me he entregado á los pesares; mis llantos inundaron mi seno y bañaron mi tahali.

Mas ¡qué! ¿no he pasado también días venturosos á su lado, cerca de las bellas? Sobre todo este día en Darat-Djoldjold.

¿Dónde he degollado mi camella para ofrecer un banquete á las jóvenes doncellas? ¡Qué idea entusiasta tuvieron entonces de distribuir entre sí la carga de mi montura!

Distribuyéronse los trozos de carne á la que iba adherida cierta sustancia (grasa) parecida á las franjas de un blanco tisú de seda.

Todavía está presente en mi memoria aquel momento, cuando entré en la litera de Oneyza, de mi querida Oneyza. «Que Dios te castigue, dijo ella, tú me obligarás á ir á pie.»

Nuestro peso hizo inclinar el Palanquín: «Imroulcays, déjame, tú destrozas mi camello, bájate.»

Va, le respondí, deja á tu camello la brida flotante y no me prives la ventura de acariciar tus atractivos.

He festeado á más de una belleza como tú; la mujer en cinta me ha recibido la noche en su mansión: la que alentaba un tierno hijo, cuyo cuello estaba guarnecido de amuletos, ha olvidado por mí á su niño.

Si él clamaba quejumbrosos ayes, volviéndose ella de medio lado me abandonaba la mitad de sus encantos.

Un día sobre la colina de arena, mi dueño me reprochó con severidad, y se comprometió por un juramento á no escucharme jamás.

¡Oh, Fatima, no me destruyas con tanto rigor! Si tu resolución de romper conmigo es inalterable, á lo menos no reproches tan cruelmente.

Abusas del imperio que te da sobre mí la pasión que me devora y la sumisión que siempre he tenido á tus voluntades.

Si alguna cosa en mí te ha desplacido, desliga dulcemente mi corazón del tuyo, y devuélvele su libertad.

VICENTE TINAJERO MARTINEZ.

(Se continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



CABA de cumplirse (no es lícito decir de celebrarse) el segundo aniversario de la entrada en el poder de la fusión con todos sus filisteos.

Dos años hace, en efecto, que aquel incongruente conjunto de doctrinas en lucha, antecedentes en oposición y personalidades en acecho, conciliadas todas en aras del presupuesto, escalaron la altura del Gobierno, haciendo cómodo pedestal de contradicciones, arrepentimientos y apostasías. ¡Ah! el País iba á entrar definitivamente en la senda de la libertad y del progreso; caerían por tierra anacrónicos errores y rancias preocupaciones que empequeñecían lastimosamente los destinos de nuestra desventurada Patria. La reforma, piqueta en mano, exhibíase pujante y vigorosa, tras de cada uno de los nuevos Ministros responsables, agrupados alrededor de un insigne estadista, á quien conoce el vulgo de las gentes por D. Práxedes Mateo Sagasta. El partido conservador había sido una calamidad en los dominios oficiales. Era preciso arrojar en ellos la semilla vivificadora de las nuevas ideas, orear las corrientes de la atmósfera, abrir las compuertas de la opinión, anhelosa de expansiones en todas las esferas de la legalidad constituída... No era otra la misión, noble y halagüeña, que llevaba al poder

el bando fusionista. Lo había dicho desde la oposición y en el poder debía cumplir todas sus promesas. Nada de leyes especiales para la prensa: la legislación común y el Jurado; el derecho de sufragio á cuantos sepan leer y escribir y á cuantos, sin saber escribir ni leer, paguen cien reales de contribución por cualquier concepto; profundo respeto al derecho de reunión; escrupulosa moralidad en la administración del Estado; matrimonio civil con todas sus naturales consecuencias; abolición radical del juramento político; imparcialidad absoluta en las elecciones. Ya no gritaban los progresistas de ahora como los de antaño: ¡abajo las quintas! ¡abajo los consumos! ni siquiera ¡abajo los Borbones! Escarmentados por dolorosas experiencias, de las que ha sido el País el primer víctima, abrigaban aspiraciones más modestas, pretendiendo ser y representar un verdadero partido de gobierno, pero un partido de gobierno liberal, avanzado, reformista. ¿Cómo tolerar que sigan vaciándose en los viejos moldes de libertad y orden todas las manifestaciones de la vida social y política? Nosotros, dijeron los fusionistas, somos el programa de las generaciones que vienen; ábranse las tumbas para encerrar á las que se van.

Y dicho y hecho: necesitaban unas Cortes adictas, y don Venancio González, convertido en *Deus ex machina*, trajo al Parlamento una cohorte de ministerialísimos, dispuestos á decir sí ó no, como Posada Herrera les enseñara. La sinceridad electoral brilló desde el principio por su ausencia; con ella, no hubiera sido tan fácil el triunfo de D. Venancio. La bandera fusionista tenía ya un girón en cada punta. Pasó el tiempo; los adictos fueron poco á poco disgregándose como rebaño mal apacentado, y entretanto, ni la legislación de imprenta ha sido modificada, ni el derecho de sufragio ampliado, ni el matrimonio civil restablecido, ni el juramento anulado, ni en la administración pública, en fin, se han introducido variaciones de alguna importancia. La bandera fusionista es ya sólo un retazo que flota á todos los vientos, como padrón de ignominia para los que quisieron cobijarse bajo ella.

Es mas sencillo, sin duda, lo que ha hecho el Sr. Sagas-

ta desde la Presidencia del Consejo de Ministros: olvidarlo todo, prescindir de todo, deberes de consecuencia y solemnes ofrecimientos empeñados á la faz del País. ¿Quién amarga las horas tranquilas y sosegadas que perezosamente discurren, cuando se aspira el ambiente del poder, con el avinagrado recuerdo, tirano insoportable, que demanda soluciones eficaces, actos que correspondan á las palabras? Es, sí, más cómodo prescindir del matrimonio civil, de la libertad de imprenta y de la supresión del juramento, de la voluntad de la Nación y de la moralidad administrativa, de todo lo que puede atraer obstáculos ó constituir peligros para la quieta y pacífica posesión del suspirado mando. El *statu quo*: hé ahí el ideal más lisonjero de todo el que, como el Sr. Sagasta, pertenece por derecho propio al número de aquellos seres felices y envidiados, que lo mismo en la vida política que en la privada, tienen un puesto de honor entre los apáticos, indiferentes y egoístas, novísimamente conocidos por *esculturas de carne*. La apatía, la indiferencia, el *dolce far niente* de los italianos, no hacen de seguro héroes, pero tampoco hacen de seguro mártires.

Bien lo sabe el Sr. Sagasta, y porque conoce el secreto de los escépticos; lo explota á maravilla, á costa, por desgracia, de su reputación política y del bienestar general de todas las clases de Estado.

Así, sin grandes contrariedades, aunque ciertamente sin gloria ni ventaja alguna, han transcurrido estos dos últimos años de encumbramiento fusionista, en los que ni una sola de las promesas aventuradas por el partido constitucional en la oposición han tenido digno cumplimiento en el poder. Así vive el Gobierno, renegando del pasado, que es, sin embargo, el presente, y fiándolo todo al porvenir, cada vez más oscuro y nebuloso. Fuéronse, echados ó arrepentidos, algunos de los Ministros del primer Gabinete Sagasta; entraron á sucederles otros, ni más caracterizados ni más expertos, aunque alguno más significado por sus ideas democráticas, que él mismo se ha encargado de atenuar y desvirtuar cuidadosamente, siempre que para ello ha encontrado pretexto, si no motivo. Y esta es la hora en la cual, á reserva de que en el

seno de la situación alienten antagonismos, más antiestéticos que transcendentales, todo continúa como antes, sin brújula que dirija la nave, ni puerto al que haga rumbo, perdida en la inmensidad del Océano, á merced de las inclemencias del viento y de la lluvia.

No deja, empero, de vislumbrarse en el horizonte, más ó menos lejano, la silueta de una profunda división en las filas de la mayoría, que ha de ocasionar más de un disgusto al Ministerio chico del Sr. Sagasta. El centro, nuevo Lázaro, resucita. No es el Sr. Alonso Martínez de aquellos hombres políticos meticulosos y apacibles, que arrostran resignados la quietud de una adhesión incondicional y sin protesta. Con razón ó sin ella, el exministro de Gracia y Justicia se considera despedido por el Sr. Sagasta; él no promovió la crisis última; surgió ésta por desavenencias entre los Ministros de Hacienda y de Fomento; no fué política, sino administrativa, según declaración expresa del Presidente del Consejo; dos Ministros centralistas, el de la Guerra y el de Estado, continúan prestando á la corona el interesante concurso de sus bien retribuidos servicios... y no obstante, el antiguo jefe del centro, el más importante de los factores de la fusión, uno de los tres ángulos del directorio fusionista, el alma de la situación creada en febrero del 81, la inteligencia suprema, el inspirador áulico del General Martínez Campos, el autor de los proyectos más audazmente reformistas de dos años á esta fecha; el Sr. Alonso Martínez ha sido postergado á un advenedizo en las filas de la monarquía, á un republicano de la víspera, al Sr. Romero Girón, que ninguna fuerza suma ni ningún elemento aporta, ni ningún prestigio añade en la alta dirección de la cosa pública.

El Sr. Alonso Martínez dispone de muchos y muy entusiastas amigos; en torno suyo acampa y vivaquea un núcleo considerable de prosélitos, dispuestos á hacer fuego tan pronto como se les señale puntería. Por respeto á la presencia en el Gabinete de dos antiguos colegas, las hostilidades no han comenzado aún con todo el aparato que el argumento requiere, pero ya se percibe ese murmullo prolongado que denuncia los aprestos de guerra de un cuerpo de ejército; ya

suenan de vez en cuando algún disparo perdido, á manera de cauteloso explorador... El centro se va. ¿Qué hará en este caso el Sr. Sagasta? Dada su idiosincrasia, no hará nada. Dejará que los sucesos sobrevengan, y á ellos encomendará la enojosa tarea de resolver los problemas que planteen. Alguien le aconseja que, si pierde fuerza en la derecha, busque la compensación entre los elementos de la izquierda; que si el Sr. Alonso Martínez le retira su protectorado, solicite el apoyo del Sr. Martos. ¿Ganaría ó perdería de esta suerte el orden de cosas establecido? ¿Arraigaría el Ministerio Sagasta ó tendría que ceder el puesto á la hueste democrática, bajo una ú otra jefatura? Para nosotros es indudable que hay una lógica, á la cual no es permitido faltar impunemente. Ó los destinos del País deben ser dirigidos por las ideas conservadoras, ó ha llegado el momento de encomendar su dirección á la democracia. De cualquier modo, el Sr. Sagasta carece ya de títulos para continuar al frente del Gobierno. Ha podido ser un puente, una tabla levadiza, por donde se ha hecho accesible la comunicación entre dos riberas aisladas; ha contribuído quizá á acercar al trono partidos que de él estaban alejados... Pero, cumplido ese fin, realizada tal empresa, ¿para qué sirve el andamio una vez la casa construída?

Hasta ahora representaba la fusión; separado el Duque de la Torre con todos sus amigos y separado, por otra parte, el Sr. Alonso Martínez con los suyos, las dos grandes basamentos en que aquélla se sustentaba; careciendo además de criterio propio y pordioseando inspiraciones ya democráticas, ya conservadoras, según las conveniencias del momento, ¿qué puede esperarse de un hombre, por importante que sea (y el Sr. Sagasta ha perdido mucha importancia en esta etapa de su dominación), para quien la influencia de los principios nada vale y los consejos de sus correligionarios nada significan, y la consecuencia política es frase que nada dice, y el apego al poder es razón que todo lo cohonesto y apadrina?

El día en que el Presidente del Consejo se incline demasiado hacia la democracia, se quedará la fusión sin derecha. Y aquel día habrá perdido el último baluarte desde donde se

defiende. Habrá perdido ese matiz mixto, que es, en puridad, el secreto de su permanencia en el poder. Si el Sr. Sagasta se echa en brazos de la izquierda, la izquierda, como *El niño de la bola* al abrazar á su amada, le asfixiara entre ellos, sin tolerar que disfrute del poder que se hace derivar de su desinteresado amparo. El desinterés es planta desconocida en la botánica política, como en la flora del amor.

*
* *

Entretanto, el Gobierno procura dar alguna que otra muestra de vida, tal como el proyecto, que discute el Senado, relativo á la organización del Estado Mayor general del ejército. Mediante él, trátase de legalizar la escala de reserva forzosa para el Generalato, creada por un decreto de 7 de mayo de 1879, del General Martínez Campos. Ahora se dice que quedan comprendidos en la nueva ley los Oficiales generales que han pasado al cuadro de reserva, en virtud de dicho decreto. Si alguna duda se pudiera abrigar acerca de la ilegalidad de aquél, esta disposición la haría desaparecer, puesto que se reconoce que para legalizar la medida es preciso que los que han sufrido sus efectos queden comprendidos en las prescripciones de la futura legalidad. La confesión no puede ser más terminante.

Y es que el decreto de 1879 invadía el poder legislativo, maltrataba al ejército y hasta incurría en una irregularidad administrativa, que llevaba consigo responsabilidad pecuniaria, porque otorgaba sueldo, no consignado debidamente en presupuesto.

Por lo demás, la escala de reserva, duramente impugnada en la alta Cámara, responde, en nuestro entender, á un incontrovertible principio de equidad y justicia. La edad no es siempre fallo inapelable de falta de aptitud física ó intelectual para las rudas tareas de la milicia; pero es síntoma seguro de decadencia física. Lo censurable es que no se haya procurado resolver el conflicto que surge fatalmente tan pronto como se instituya la escala de reserva con todas las condiciones de legalidad apetecibles, si no se atiende al interés privado, que aquí puede ser, por fortuna, el interés público,

á la vez que se da satisfacción á las justas exigencias de determinadas clases y funciones. ¿Por qué motivo no ha de proveerse todo mando ó destino, que no requiera especialísimas cualidades de juventud y actividad, en los Oficiales generales de la escala de reserva? Pues qué, ¿dejarán de ser aptos, aunque hayan llegado á edad provecta, y quizá más aptos precisamente por haber llegado, para mandar brigadas ó divisiones *de reserva*, para pertenecer á juntas y á consejos, para auxiliar con sus conocimientos y su experiencia al mejor desenvolvimiento de los planes de organización y movilización, de armamento y defensa, de táctica y legislación militar? Los Generales de la escala de reserva deberían tener opción á ciertos destinos, ya en los cuerpos de reserva, ya en los centros burocráticos militares en general. Así el ejército no se desprendería con desdén é ingratitud, harto perjudiciales, del capital de ilustración y pericia que á interés tan alto puede emplear, atrayendo y no alejando de su seno á los Generales veteranos, adiestrados á costa de muchos años de servicios en las peligrosas empresas del difícil arte de la guerra.

Otro proyecto: el de Jurado. Lo ha leído, también en la alta Cámara, el Sr. Ministro de Gracia y Justicia. El Jurado no conocerá de toda clase de delitos. Esta amplitud sólo se le concede en Inglaterra, los Estados Unidos y algún otro país. En Alemania, en Austria, en Bélgica, en muchos cantones suizos, en Francia, en Italia y en Rusia, su competencia está limitada á mayor ó menor número de aquéllos, pero no se extiende á todos. Ni en España los pocos precedentes que registramos trazan ese camino. No lo tomaron los legisladores de Cádiz; no lo indicaron los de 1854; no lo siguieron los de 1869. Aun así el proyecto avanza mucho sobre la ley de 1872, y permite comparación ventajosa en tal sentido con Bélgica é Italia, naciones muy similares á la nuestra, y con Austria, Alemania y algunos cantones suizos.

El Jurado conocerá del falso testimonio; de juegos prohibidos; de abusos contra la honestidad; de cohecho; de paricidio, asesinato y homicidio; de infanticidio y aborto; de lesiones; del duelo; de violación; de estupro, corrupción de

menores y raptos; de detenciones ilegales, sustracción de menores y abandono de niños; de robo, de hurto, de incendio y otros estragos. Conocerá también de las causas por delitos políticos y electorales; de los cometidos por medio de la imprenta, grabado ú otro medio mecánico de publicación, y de los delitos frustrados, tentativas, complicidad y encubrimiento de cualquiera de los demás cuyo conocimiento se atribuye al Jurado.

El tribunal del Jurado se compondrá de doce jurados y tres magistrados. Los jurados declararán la culpabilidad ó inculpabilidad del procesado, respecto á los hechos objeto de la acusación y de la defensa. Los magistrados calificarán el delito que constituyen los hechos sobre que recaiga la acción de los jurados, circunstancias agravantes ó atenuantes que concurran en los hechos, impondrán las penas y determinarán la responsabilidad civil que corresponda. Podrán declarar la existencia de circunstancias atenuantes independientemente de las previstas en el art. 9.º del Código penal.

Las condiciones para ser jurado son las siguientes: Español, veinticinco años y no pasar de setenta; goce de derechos civiles y políticos; leer y escribir; tener domicilio legal; ser ó haber sido diputado, miembros de academias autorizadas por el Estado y doctores en cualquiera facultad; profesores de enseñanza superior ó secundaria, de escuelas especiales, etc.; diputados provinciales, alcaldes, concejales, empleados del Estado ó corporaciones provinciales ó municipales con 5.000 pesetas ó más de sueldo en el territorio de la Audiencia de Madrid, y 3.000 ó más en las demás Audiencias; contribuyentes por inmuebles, cultivo ó ganadería; cesantes, jubilados ó retirados, etc.

El asunto está llamado á ser muy controvertido. Y es de sospechar no quede ultimado en esta legislatura.

*
**

Otras dos sensibles defunciones hay que añadir á la lista de las que en estos últimos meses han arrebatado al País hombres políticos de alguna significación; las de los señores García y Ruíz y Marqués de Mirabel.

El primero, harto conocido por su filiación republicana, era hombre de ideas templadas, enemigo de los procedimientos de fuerza, antiguo diputado por la provincia de Palencia, de donde procedía, y distinguido escritor. Dirigió durante muchos años el periódico *El Pueblo*, entusiasta paladín de la república unitaria, y fué Ministro de la Gobernación á raíz del golpe de Estado de 3 de enero de 1874.

El segundo, hijo de los Marqueses de Malpica y de Mancera, Duques de Arión y de otros títulos, era abogado, senador del Reino vitalicio, como antes había sido diputado en diferentes legislaturas, y ha vivido los últimos años retirado casi por completo de las agitaciones del mundo.

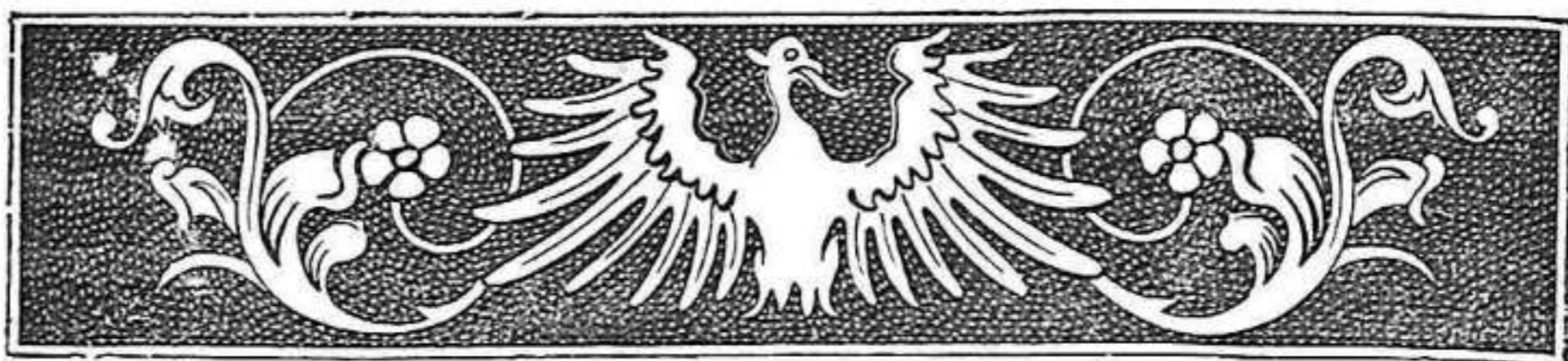
Descansen en paz.

*
*
*

La publicación de un folleto titulado *Defensa de los Duques de la Torre* ha hecho posible el hablar clara y desembarazadamente de otro anterior, al que sirve de contestación, inominado *Los Duques de la Torre y el casamiento de su hijo*. Este es, en efecto, el tema sobre el cual se discute y á él no aludiríamos, si no se tratase de una personalidad tan autorizada en la política española como el General Serrano, contra quien se ha aglomerado todo género de imputaciones. La materia es delicada y ha de sernos permitido deplorar sinceramente que se haya llevado al estadio de la prensa, así por una como por otra parte. Que es tanto más difícil vindicarse de acusaciones de cierta índole, cuanto que, lanzadas á la publicidad,—ya lo dijo el maestro Tellez:

«vuela el mal con pies de pluma;
viene el bien con pies de plomo.»

R.



REVISTA EXTRANJERA

DERÍODOS terribles como una expiación se presentan á veces en la vida de los pueblos, y Dios los permite sin duda para demostrar lo deleznable de los propósitos que no se apoyan en los eternos principios de la justicia y del derecho. Así como la luz tiene su sombra, los pueblos tienen también horas tristes y de vergüenza, y se ven á veces condenados á recorrer, sin resignación, caminos de amargura en cuyo trayecto surge fuerte y seductora la idea de un pasado más dichoso.

Francia se ve hoy castigada por no haber tenido la energía de la primera hora de desgracia. Perdió su floreciente prosperidad, su rico comercio, su libertad y su vida de placeres en costosas aventuras que la desangran y empobrecen. ¿Á dónde va?

Hace poco que no le asustaban las amenazas del socialismo ni las explosiones de la dinamita, que convertía en ruinas antiguos y venerandos monumentos, y se estremeció á la simple voz de un Príncipe del Imperio desaparecido en Sedán. Condenaba aquella voz los desaciertos que todos condenan, y esto ha bastado para que la República, el popular Gobierno de la libertad, conteste pronunciando una palabra fatídica, la palabra proscripción ó destierro contra todos los descendientes de Emperadores ó Reyes.

El castigo del destierro fulminado contra Príncipes á quienes no se reconoce más delito que el de haber nacido en elevada cuna, precisamente por los hombres que amnistiaron y recibieron con júbilo á demagogos y anarquistas condenados por sus crímenes á morir en la Nueva Caledonia, ha producido una sensación profunda.

Y esta sensación se explica. El destierro es uno de los más terribles castigos. Existe siempre en el corazón una ternura instintiva y casi sensual por el País en que hemos nacido. El hombre es hijo de la tierra, y arrancarle de ella es romper las raíces de sus costumbres y de su vida para trasplantarlo á un suelo donde nunca puede aclimatarse; es añadir un cruel sufrimiento físico á los sufrimientos morales.

El destierro es además la pena impuesta por los Gobiernos á personas temidas, y no es raro tampoco ver que éstas acaben por derribar al poder que las expulsó de su patria. Muchos casos presenta de estos hechos la historia. Un hombre encarcelado injustamente puede olvidar; un desterrado no perdona nunca.

*
*
*

En los momentos en que la República se levantó sobre las ruinas del Imperio, y pretendió abolir para siempre la Monarquía en todas sus formas, hubiera podido prohibir la estancia en la patria á todos los individuos de familias que hubiesen reinado en Francia, porque estos ostracismos se comprenden á veces, y hasta se excusan; pero lo que no se excusa ni comprende, es que, después de haber sido los Príncipes mantenidos en su derecho, llegue á desconocerse este mismo derecho, que se otorga, sin embargo, ampliamente á los anarquistas é incendiarios, á los feroces enemigos del capital y de la propiedad, de la industria y del comercio, de la autoridad y de la burguesía.

Era de esperar, cuando menos, que los Ministros republicanos podrían presentar en la tribuna pruebas justificativas que excusasen las medidas arbitrarias que desean; era de esperar que se haría luz en las tenebrosas maquinaciones que

provocan el terror de los patriotas; pero es el caso que la policía no ha podido recoger ni un dato, ni un indicio de culpabilidad en los fantásticos complots que se imaginaban.

El proyecto de Mr. Favre, defendido por el Gobierno, obtuvo mayoría considerable. Y, ¡qué escenas acontecieron! Dejaremos en el olvido los violentos incidentes que estallaron muchas veces; las palabras de los hombres prudentes fueron sofocadas por los alborotadores. Ha triunfado la política del miedo, de la desconfianza, de la delación. Hubo oradores que imprudentemente mezclaron en el debate las opiniones del ejército.

El Gabinete Duclerc había cometido grave falta, manifestándose simpático á la adopción de medidas excepcionales con motivo del manifiesto del Príncipe Jerónimo Napoleón. La opinión se presentaba en Francia contraria á todo lo que tendiera á crear excepciones entre los ciudadanos.

Mr. Duclerc, al día siguiente de conocer el proyecto Floquet, debió explicar la inutilidad, al mismo tiempo que el peligro, de las leyes de proscripción. Las palabras pronunciadas por el general Billot, Ministro de la Guerra, en el seno de la comisión, dan la síntesis del discurso que el Presidente del Consejo debió dirigir al Parlamento. Para demostrar el peligro de la proposición Floquet, bastaba señalarla como capaz de originar la división de la mayoría, tan laboriosamente constituida hace pocos meses, así como su inutilidad se establecía haciendo saber á la Cámara y á la Nación que el Gobierno está autorizado por su derecho de alta policía, para expulsar del territorio á todo el que de un modo ú otro pueda ser peligroso para la paz pública, y, que el Ministro de la Guerra, según las leyes vigentes, puede poner de cuartel á todo Oficial general del Ejército que deba separar del mando que desempeña, así como retirarle su empleo por acuerdo del Consejo de Ministros y por decreto del Presidente de la República. Mr. Duclerc y sus colegas creyeron prudente conceder algo á la excitación de los grupos intransigentes, y deseoso de anular la proposición Floquet, para salvar á los Príncipes presentó un proyecto de ley.

Los Ministros de Guerra y Marina dimitieron, y el Presi-

dente del Consejo les siguió en su retirada para no ser obstáculo á la reconstitución de una mayoría, que una vez más ha demostrado ser ingobernable.

Divídese el partido republicano en los grupos que llevan el nombre de *Centro izquierdo*, *Unión democrática*, *Unión republicana*, *Izquierda radical* y *Extrema izquierda*. Ninguno de esos grupos puede formar por sí solo situación. De ahí que para constituir un Gabinete hay que apelar al sistema de las coaliciones, que, buenas para la oposición, crean obstáculos cuando se llega al poder. El Ministerio Duclerc se componía de individuos de la unión republicana, de la izquierda radical y de la unión democrática. La unidad de criterio no era siempre tan absoluta como fuera de desear entre los Ministros, obligados á satisfacer aspiraciones diversas; se han visto en el caso de ir más allá de lo que ordenaba la prudencia.

Armando Fallieres, Ministro del Interior del Gabinete Duclerc, fué encargado por el anciano Grévy de la presidencia interina del mutilado Ministerio.

¿Quién era Fallieres? Un buen burgués, natural de Mezin, departamento del Lot y Garona, que ha sabido hacer una de las más rápidas carreras de que hay ejemplo. Estudió el derecho, y ejerció la abogacía en Nerac, sin haber obtenido notoriedad, ni desempeñado más que algún cargo concejil hasta que, en 1876, fué elegido diputado. Inscribióse en el grupo de la izquierda republicana, y tomó parte en distintas discusiones, en las que reveló buenas condiciones de orador parlamentario.

Es uno de los 363 reelegidos después del 16 de mayo.

En el Ministerio Ferry desempeñó la subsecretaría del Ministerio del Interior, cargo que tuvo hasta noviembre de 1881, cuando se formó el Gabinete Gambetta. Entonces fué elegido vicepresidente de la Cámara, encargándose de la cartera del Interior cuando en agosto último constituyó Duclerc su Gabinete.

Presentóse Fallieres en la Cámara de los Diputados. Abierta la sesión con numerosa concurrencia, que prestaba, en medio de aquellas graves circunstancias, gran solemnidad al

acto, el Presidente del Consejo se levantó á contestar á monsieur Renault, opuesto á toda medida contra los Príncipes, defendiendo el proyecto de Mr. Favre, entre las continuadas interrupciones de la derecha.

De repente fué acometido de un síncope, que le privó del uso de la palabra. Los Ministros, los diputados y los ugieres se lanzaron á la tribuna para auxiliarle. A los pocos minutos recobró el conocimiento, y apoyado en Mr. Mahy, Ministro de Comercio, salió del salón; pero en el pasillo sufrió una congestión, que puso en grande alarma á cuantos le rodeaban, siendo auxiliado por el Dr. Lionville, que tranquilizó á todos, manifestando que en veinticuatro horas quedaría el Presidente completamente restablecido.

Después de una animadísima sesión de nueve horas, la Cámara de Diputados aprobó, por 373 votos contra 163, el proyecto aceptado por el Gabinete autorizándole para expulsar á los Príncipes é incapacitando á estos últimos para el desempeño de empleos civiles y militares.

Es decir, que el Ministerio Fallieres adopta un temperamento medio, la proposición Favre, en virtud de la cual no se destierra inmediatamente á los Príncipes; pero se faculta al Gobierno para expulsarlos del territorio francés cuando lo juzgue oportuno, prohibiendo á los Príncipes recibir mandato alguno electivo.

No les despoja de sus grados en el ejército, pero les impide ejercer las funciones de los grados que hoy tienen. Es el sistema de balancín elevado á la quinta esencia. Más franca y aceptable era la proposición Floquet.

*
* *

Las leyes de proscripción improvisadas en un acceso de fiebre ardiente, un Gabinete provisional y apresuradamente constituido, una Cámara que prescinde de la enfermedad del Presidente del Consejo de Ministros y se declara en sesión permanente, son circunstancias que revelan cierta locura, y por más que se diga, denotan el miedo que infunde en los ánimos republicanos la debilidad en que indudablemente ha venido á parar la tercera República.

Fué al fin nombrado un Ministro de la Guerra, y este Ministro es hoy, á ruego del Presidente de la República, de Mr. Ferry y de cuantos se interesaban por una solución cualquiera á la crisis, el General Thibaudín, sobre el cual varios periódicos lanzaron terribles acusaciones, afirmando que el General Thibaudín estaba incapacitado de ponerse al frente del ejército francés, como Ministro de la Guerra, porque había faltado á las leyes del honor militar. Se refiere á este propósito que habiendo sido hecho prisionero obtuvo su libertad, comprometiéndose en cambio á no servir contra Alemania; pero que una vez libre tomó el falso nombre de Comagny é hizo la campaña del ejército del Loira, por lo cual un consejo de guerra alemán le condenó á muerte en rebeldía.

Y en tanto que esto ocurría, el Ayuntamiento de París se constituyó en cuerpo político deliberante, poniendo á la orden del día supuestas conspiraciones monárquicas, tratando cuestiones ajenas á su mandato, usurpando atribuciones del poder supremo y exigiendo del Gobierno que reprimiese con mano fuerte toda tentativa antirrepublicana. Esta actitud, grave por todos conceptos, pues su enunciación sola recuerda los tiempos en que la Cámara municipal de París y la *Commune* se imponían á la Asamblea Nacional y á todo el País, ha venido á confirmar que la Nación vecina, presa del delirio de intransigencia, se precipita por un plano inclinado al abismo de los desórdenes.

La prensa republicana, aun la más templada, si bien anatematizando estas tendencias, no les ha dado toda la importancia que en realidad tienen. Y sin embargo, la ingerencia del Municipio en los asuntos políticos que agitan al País no puede tener otra significación distinta de la que hemos señalado. Pero lo más curioso de todo es la forma en que se ha planteado una cuestión tan grave en el Municipio, suscitando dificultades que podían influir en las decisiones del Parlamento.

Será fatalidad y desgracia, pero es lo cierto que las instituciones ultraliberales y republicanas llevan en Europa el estigma de la decadencia, de la perdición y de los grandes

desastres. La primera República francesa quiso ahogarse en sangre, la segunda fué detenida por Bonaparte ante el abismo socialista que abría Ledru-Rollín, y la tercera camina, entre el más lamentable desconcierto, hacia la anarquía.

«No temo una restauración, ha dicho Mr. León Say. ¿Sabéis lo que temo? Pues temo que á fuerza de asustar al País, presentándole con negros colores la situación, llegue á echarse en brazos de un régimen de transacción; esto es, de una República autoritaria y dictatorial. Ahí está el peligro, á mi entender.»

La República está amenazada: la cercan ideas monárquicas que la minan; el pueblo no puede ya con la carga de las contribuciones, se le persuade que cambiando de sistema de gobierno cambiará de fortuna; es pueblo amigo de novedades, tiene numerosísimo ejército; y el día que haya un General intrépido, surgirán dos graves conflictos: la anarquía y la dictadura.

*
* *
*

Ha circulado el rumor, sin fundamento alguno, de que Mr. Grevy pensaba dimitir si el Senado rechazaba el proyecto aprobado por los diputados.

La comisión del Senado rechazó, sin embargo, la ley votada por la Cámara popular. El presidente de esta comisión, Mr. Allou, jurisconsulto eminente, colocó con su informe en su verdadero terreno la cuestión que agita á los franceses de un mes á esta parte.

«Señores, dijo; vuestra comisión ha estudiado el proyecto que le ha sido sometido con el sentimiento profundo del deber que el Senado tenía que cumplir con respecto á la ley gravísima que ha sido aprobada por la Cámara por una gran mayoría, y con la preocupación única del honor é interés de la República.

Ha investigado cómo pudo surgir la idea de estas medidas excepcionales; el incidente que la ha provocado le parece exento de gravedad.

La comisión se ha inspirado en las declaraciones de monsieur Fallieres, y no ha encontrado ninguna revelación. La

comisión se preguntó entonces si la República tenía por qué alarmarse, y si sus inquietudes podían proceder de las medidas propuestas.

La República ha de tener siempre orgullo de no necesitar medidas excepcionales, gobernando con libertad y tolerancia.

La comisión, penetrada de estos principios, se ha encontrado en presencia de un problema de derecho. La ley no prohíbe más que los actos cometidos ó intentados. No tiene derecho á penetrar en la intención, y además, el derecho que se reivindica no pertenece al Gobierno, sino al legislador.

Pero en la proposición hemos visto además indicios de una situación más grave: hemos tenido que convenir en que el proyecto estaba inspirado en un sentimiento nuevo; indica una fórmula, una dirección peligrosa, un rompimiento con las ideas moderadas, un abandono de las ideas prudentes que han contribuído á la fundación de la República.

La República debe ser el Gobierno más liberal de todos.

Cuando se sale del derecho para entrar en lo arbitrario, se presenta una pendiente fatal.

La comisión no ha tenido donde elegir: no había transacción posible.

Se ha hablado de un conflicto. ¿Cómo podía nacer un conflicto del ejercicio legal del Senado, de un derecho que le pertenece? No tenemos la menor inquietud: elevamos nuestra voz de Cámara á Cámara.

Lo que necesita, en resumen, el País, es una dirección firme y no violenta. La Nación pide que el Parlamento haga un estudio minucioso y fijo de las grandes cuestiones.

No obedecemos á un impulso monárquico, sino á un impulso patriótico. Vuestra comisión es republicana y á la República cree servir con la resistencia.»

Mal hizo el Gabinete Fallieres en asociarse á la contraproposición Favre y hacerla suya. Desechada por el Senado, debe el Ministerio desaparecer con ella.

Pero ¿quién sustituirá á Fallieres y á sus colegas? Según las reglas parlamentarias, el Presidente de la República tendrá que ir á buscar nuevos Ministros en las filas de la mayo-

ría victoriosa. Pero ¿dónde está esta mayoría, cuando el triunfo es de la coalición de la derecha con el centro izquierda? Sería absurdo presumir que pudiera entregarse el poder á Julio Simón con una Cámara que no tardaría veinticuatro horas en derrocarlo, y un Ministerio puramente del centro izquierda no podría subsistir tampoco, resultando siempre que la República no puede, hoy por hoy, dar un Gabinete viable.

Los últimos telegramas nos han anunciado que los senadores, en votación solemne, han derrotado al Gobierno y á la Cámara. Es imposible prever lo que pasará ahora en Francia. Ni aun la dimisión de Mr. Grevy resolvería la pavorosa crisis, porque al punto á que han llegado las cosas, nadie se atrevería á afrontar la responsabilidad de los sucesos, y porque aunque se hallara una persona dispuesta á tomar sobre sus hombros la penosa carga, sería difícilísimo reemplazarle con la premura que las circunstancias exigen.

El único medio, no de desatar, sino de cortar el nudo, es la disolución de la Cámara. Pero entonces de las nuevas elecciones saldrá otra de pronunciado matiz rojo, que revisará el Código fundamental, destruirá el Senado y expulsará los Príncipes: una Cámara de la revolución que procederá revolucionariamente.

¿Va á sorprendernos, por el contrario, algún inesperado desenlace? ¿Tiene el problema soluciones no previstas? Nada debe ya extrañarnos.

Le vrai peut quelquefois n'être pas vrai semblable..

* * *

Entretanto, el Príncipe Jerónimo, causa ocasional de los sucesos que en tan graves conflictos ponen á nuestros vecinos, ha salido ya con dirección á Inglaterra, para ir á visitar á la Emperatriz Eugenia y sentar, tal vez, las bases de la unión del partido bonapartista.

El fallo del tribunal que dispuso la excarcelación del Príncipe, detenido en la Conserjería primero y en Auteuil más tarde, ha excitado de tal manera el enojo de la prensa republicana intransigente, que casi todos sus diarios dirigen fu-

ribundos ataques á la magistratura francesa, acusándola de estar vendida á los monárquicos, y de defender su causa en perjuicio de la República.

Y, sin embargo, hubo necesidad de acudir á uno de los decretos más autoritarios del tiempo del Imperio, en defecto de una ley vigente, para motivar las medidas acordadas contra el Príncipe, medidas inspiradas por un temor pueril que ha dado á aquella personalidad una importancia que en realidad antes no tenía. La simple publicación de un programa, mucho menos peligroso que los que diaria é impunemente publica la prensa socialista, era un hecho lícito con arreglo á la ley, y jamás debió considerarse motivo bastante para secuestrar al Príncipe, arrancarle de su casa, procesarle, proceder á registros domiciliarios, pedir á voces poderes arbitrarios y declarar en peligro la Patria y perdida la República.

*
* *

Pero volvamos la vista á otra parte.

Es ya conocido el proyecto, formulado por Lord Dufferin, para la organización política de Egipto.

Según este proyecto, las dos terceras partes de los miembros del Consejo legislativo serán elegidas por las Asambleas provinciales, cuyos miembros serán nombrados por los habitantes de las poblaciones; la otra tercera parte será nombrada por el Khedive, durando su representación tres ó cuatro años.

La Asamblea nacional estará compuesta de unos cuarenta y ocho miembros, elegidos por los delegados de los pueblos.

Según el proyecto de organización judicial de Lord Dufferin, cada tribunal de primera instancia comprenderá un juez europeo y dos indígenas; cada uno de los tribunales de apelación tres consejeros indígenas y dos europeos.

La circular de Lord Granville sobre esta reorganización propuesta por Inglaterra ha sido contestada por cuatro Gabinetes, de los siete á quienes se dirigió; por los de Viena, Berlín, San Petersburgo y Roma.

Austria, Rusia é Italia se han limitado á acusar recibo, reservándose discutir eventualmente los detalles.

Alemania, después de hacer resaltar su desinterés en la

cuestión egipcia, da á entender que estará dispuesta á desempeñar el papel de mediadora, si las circunstancias lo hiciesen necesario.

La respuesta de Turquía se espera pronto. La de Francia promete ser más tardía.

La séptima potencia á que se ha dirigido la circular, es España, reconociendo sus intereses vitales en el canal de Suez. Ya sabemos que nuestro Gobierno se limitó á acusar oportunamente recibo.

Los periódicos ingleses afirman que la reforma judicial que se intenta en Egipto se hará sin menoscabo de las tribunales internacionales por el Gobierno británico.

El Egipto es de Inglaterra, y ésta no tiene ya que pensar más que en el proceso seguido en Dublín á siete individuos acusados de haber asesinado á Lord Cavendish y á su secretario Mr. Burke, que tanto excita la curiosidad pública.

*
* *

El Emperador Guillermo III, cuya avanzadísima edad hace temer una catástrofe, se halla enfermo, y enfermo está también el Príncipe de Bismarck.

Estas desagradables circunstancias hacen que la política esté en calma, á pesar de hallarse abiertas las Cámaras. Pero el interés de la sesiones parlamentarias será pequeñísimo, hasta tanto que se pongan á la orden del día los grandes problemas planteados por Bismarck, y esto es fácil que no se verifique hasta que el canciller haya recobrado por completo la salud, si no puede dirigir personalmente en la Cámara la marcha del debate sobre esas cuestiones, al menos para inspirar á los Ministros y á los jefes de la mayoría del Reichstag y del Landtag.

Las negociaciones para restablecer la paz religiosa en Prusia siguen con actividad entre la curia romana y el Embajador Schläezer, habiendo dado lugar á un cambio de comunicaciones entre el Emperador Guillermo y el Papa León XIII.

Dos obstáculos se han opuesto hasta aquí á un completo acuerdo. La corte pontificia pide al primero la supresión del tribunal heterodoxo y laico que entiende en los asuntos

eclesiásticos, y reclama también la emancipación de los Seminarios actualmente intervenidos por el Estado.

Los alemanes tienen una concepción particular de sus deberes en materia de enseñanza; juzgan que al Estado pertenece el modelar á la juventud para el porvenir, preparándola con una enseñanza especial á desempeñar el papel que sus proyectos meditan en el interior y en el extranjero. Es una exageración pretender que el maestro de escuela prusiano ganó las victorias contra Austria y contra Francia; pero sería también un error no conceder al sistema y al espíritu pedagógicos que reinan en Prusia la legítima parte que les corresponde en las victorias inesperadas.

Por otra parte, si el clero es siempre y en todas partes un elemento poderoso, constituye en Prusia una verdadera fuerza. La vida común entre protestantes y católicos estimula allí la fe religiosa; las convicciones son ardientes, y hasta el dualismo hace que la influencia del pastor protestante y del sacerdote católico sea más importante que en los Estados de unidad confesional, como Francia, Italia ó España.

No cabe ya duda que habrá concesiones por ambas partes; pues el interés actual del Vaticano excluye la idea de una política fundada en el principio, absoluto y generalmente absurdo, de todo ó nada.

* * *

El Ministro de Negocios Extranjeros de Rusia, Mr. de Giers, ha regresado de su expedición por Europa, que á tantos comentarios ha venido dando ocasión á la prensa de todos los países. Con este motivo, todos los periódicos europeos vuelven á tratar extensamente los asuntos que se suponen relacionados con su viaje y acerca de los cuales hemos hablado tanto, que discurrir sobre ello sería exponernos á incurrir en repeticiones.

Al volverse á encargar del Ministerio, su primer acto ha sido dirigir una circular á las potencias, por conducto de los representantes diplomáticos de Rusia, en la cual asegura que las entrevistas celebradas por él, durante su expedición, son muy satisfactorias para Rusia, y una garantía de que no pe-

ligra en lo más mínimo, ni el equilibrio europeo, ni la paz octaviana que reina hoy en nuestro viejo continente.

«Europa, ha dicho el *Golos*, atraviesa al presente uno de esos períodos, en los cuales los más hábiles diplomáticos se abstienen sistemáticamente de tomar resolución de ningún género, que pueda de algún modo coartar en el porvenir su libertad de acción.

En tales momentos, la diplomacia debe, en primer término, evitar la provocación de nuevas complicaciones, y hacer lo posible por que desaparezcan los *quid pro quos*, demostrando que son infundados.

En la actualidad es importante como nunca para Rusia observar esta conducta con Alemania y con Austria, y por eso, solamente por eso, consideramos como un acontecimiento verdaderamente satisfactorio, la cordial acogida que obtuvo en Viena nuestro Ministro de Negocios Extranjeros.»

El mismo día que llegó Mr. de Giers á Petersburgo, fué recibido por el Czar en audiencia privada, y según todas las noticias, es cosa segura que el Soberano se muestra muy satisfecho por la gestión de su Ministro de Negocios Extranjeros.

Por lo que respecta á la situación política interior del Imperio moscovita, los síntomas favorables á la libertad y al orden que comenzaron á observarse hace algún tiempo, se acentúan un tanto, lo cual viene á probar que alguien flaquea en la obstinada lucha que tanto y tanto desastre ha producido.

Confirman esta idea las noticias de la coronación del Czar en el próximo mes de mayo, á cuyo efecto Alejandro III acaba de publicar un elocuente manifiesto, y varios ukases encaminados á dar gran brillo y solemnidad á la ceremonia.

Todo hace concebir la esperanza de que al fin está ya próximo el día en que se declare al fin humillado y vencido el terrible nihilismo, cuyos procedimientos el mundo civilizado execra.

S.